

Como una ruina

Jose Luis Adrados Polo

José Luis Adrados

Como una ruina



Capítulo 1

COMO UNA RUINA

José Luis Adrados Polo

Mi nombre es Man.

Mi nombre es Man. No faltará quien piense que soy de un país distinto a éste, lo pensará por mi nombre, claro, pero sobre todo lo pensará por mi aspecto pues soy *de color*, de color negro. Sin embargo, esta pigmentación tan común en otras latitudes no obedece en mi caso a un origen exótico, ni lejano, y mi nombre, aunque no se corresponda con los estándares habituales, tampoco tiene nada de particular, pues es el resultado de acortar el auténtico: Germán.

Nací, hace ya medio siglo, en un pequeño pueblo de Albacete, lo mismo que mis padres. Un pueblecito de pocas casas alineadas en cuatro calles, rodeado por una extensa llanura tapizada por campos de labor de un cromatismo escaso y cambiante, ocasionalmente verde y las más de las veces de diferentes ocres; un paisaje anodino que no inspiraría ni al más genial de los pintores. Una tierra olvidada y ventosa, condenada a ser plana. Y puesto que esta tierra, cuna de don Quijote, obedece al curioso nombre de La Mancha, diré con una dosis justa de orgullo patrio, que soy manchego.

Llegué a este mundo como tantos en aquella época, en la penumbra de una alcoba mal ventilada, con un parvo mobiliario de estilo desigual y un cortinón recio de cuadros escoceses haciendo las veces de puerta. Mi madre yacía espatarrada sobre un camastro de hierro niquelado, gritando como loca mientras la comadrona, más gritona que ella, le aleccionaba sobre el cómo y el cuándo de los empujones. La comadrona se encargaba igualmente de marcar el ritmo de las respiraciones, sin demasiado éxito, pues, según dicen, los resoplidos que de allí salían recordaban más al bufar de un ballenato que al acto propio de expulsar el aire que solemos practicar los humanos. Todo esto sucedía bajo la atenta mirada de don Ramiro, el médico, que leía el periódico apoyándose en la luz de la ventana, desdibujado bajo la espesa fumarola que salía de su pipa y envuelto en el escándalo de sus propias toses. Don Ramiro echaba un ojo de cuando en cuando por encima de sus lentes de ver para asegurarse de que todo estuviera en orden; sin acercarse demasiado, pero con el rigor y la profesionalidad que se espera de un médico rural. Mientras tanto, en el piso de abajo, mi padre se paseaba arriba y abajo con los nervios desatados de padre primerizo, fumándose hasta el papel de las paredes en un intento vano de controlarlos.

Mi padre se dedicaba a la cría de caracoles, un negocio innovador dentro de la industria agroalimentaria, y próspero por lo escaso de la competencia, tenía un único inconveniente, era el objetivo perfecto para todos los chistes sobre cuernos. Él era hombre afable y solía reírse con la guasa tantas veces repetida, hasta que nació yo y la broma dejó de tener

gracia. Debo aclarar, por si alguien lo dudaba, que mis padres eran católicos, de derechas y más blancos que la cal de la pared. Al principio la noticia de mi nacimiento anduvo lenta entre chismorreos, sin echarle mucha cuenta dada la escasa credibilidad de quienes la transmitían (viejas cotillas en su mayoría), más tarde, y ya con la confirmación del médico, y sobre todo de la comadrona, la noticia corrió como el fuego en un día de Solano. La conmoción fue grande y sus consecuencias no se hicieron esperar: poco tiempo después del alumbramiento mi padre se marchó del pueblo al no poder soportar la humillación. De nada sirvieron los intentos de mi madre por defender su honra.

Me crié sin referente paterno y con una madre que, como consecuencia de lo acontecido, quedó algo mermada psicológicamente. Aunque mi madre siempre fue mujer devota y negó hasta el final el supuesto adulterio, pasado el tiempo dejó de buscar una explicación lógica y aceptó la hipótesis del castigo divino sugerida por el párroco. Don Alfio, un hombre con el corazón tan negro como su sotana, se encargó de meterle esa idea en la cabeza a golpe de rosario. A pesar de todos estos inconvenientes fui creciendo fuerte y sano hasta alcanzar la pubertad.

Ser adolescente en un pequeño pueblo de Albacete (o de donde sea) no es fácil, máxime siendo negro. En aquellos años no abundaba la gente como yo, el único negro que habían visto mis paisanos era José Legrá, un boxeador del peso pluma de origen cubano que ocasionalmente se colaba en los hogares españoles a través de la tele, como éstas eran escasas y además en blanco y negro, los pocos que lo habían visto aseguraban que era más negro que un tizón.

A los dieciocho años empecé a cuestionarme mis orígenes. Intenté sonsacar algo a mi madre, aunque acabé dejándolo por imposible, ya que su retahíla sobre el pecado y sus consecuencias me sacaba de quicio. Nunca acepté, como es lógico, la versión del juicio divino esgrimida por el cura, con querubines sonrosados ejerciendo la acusación y arcángeles emplumados como jurado. Dudé igualmente de la versión paterna de los cuernos (no por boca de mi padre, que seguía desaparecido, pero no le faltaron portavoces en el pueblo para hacerme llegar sus soflamas). Esa inconformidad inherente a la adolescencia me llevó a investigar por mi cuenta y como lo investigado me iba acercando poco a poco al terreno de lo fisiológico, una vez terminado el instituto ingresé en la facultad de medicina para seguir con la investigación, y fue precisamente la Ciencia la que deshizo finalmente el entuerto al revelarme lo caprichosa que puede llegar a ser la naturaleza. Esto fue lo que pasó:

Un antepasado de mi madre marchó del pueblo buscando una vida mejor, a América, como tantos en aquella época, una vez allí se instaló en la costa caribeña y más tarde imbuido por el ambiente tropical se casó con una mulata, algo habitual entre los inmigrantes en aquellas tierras dada la escasez de mujeres casaderas de raza blanca. Tuvieron un hijo que nació con los rasgos de su madre aunque de tez muy clara, mi bisabuelo.

Pasaron los años, sin demasiada prisa como suele ser habitual en esas latitudes. A mi antepasado no le salieron las cosas como esperaba y la fortuna buscada se mostró reacia a tal encuentro, así que mi bisabuelo,

siendo ya un mozo hecho y derecho y tan inquieto como lo fuera antes su padre, mi tatarabuelo, quiso volver al pueblo tantas veces mencionado en las charlas familiares. Estaba convencido de encontrar en ese rincón de La Mancha la esquivada fortuna, una idea peregrina que nos lleva a todos a pensar, estemos donde estemos, que es la distancia la que garantiza el éxito en este tipo de empresas. Con ese pensamiento en la cabeza regresó a España. No encontró lo que buscaba, pero sí una parentela que le acogió bien y pasado un tiempo una mujer con la que formó una familia. De esa unión nació mi abuelo, completamente blanco y más tarde mi madre, más blanca aún si cabe. Nadie se acordaba ya de aquella tatarabuela mulata descendiente de negros africanos a la que nunca conocieron en persona y cuyos genes, regresivos según dicta la rama de la Ciencia que se ocupa de estos temas, afloraron en mí con toda su virulencia. Una simple prueba de paternidad hubiese bastado para solucionar el desaguisado, pero no era el tiempo ni el lugar para ese clase de pruebas y para cuando yo lo descubrí, indagando en mi árbol genealógico aleccionado por un genetista de la facultad, el daño ya estaba hecho. Aunque sin mucha disposición continué con la carrera de medicina, trabajando en lo que me salía para poder costearla, pues en su huida mi padre nos dejó en un cierto desamparo y el dinero no sobraba en casa. Durante el tiempo que duraron mis estudios realicé trabajos de diversa índole, los fines de semana o durante las vacaciones, realizados con el mismo entusiasmo que más tarde demostré por todo. Todos ellos, una vez cumplido su cometido, fueron pasando a la categoría de *extrabajos*: exbotones de hotel, excobrador de facturas en una papelería, expintor de brocha gorda, excamarero en un chiringuito de piscina, excocinero en el mismo chiringuito, expeón de albañil... y por último exproctólogo, ya que, contra todo pronóstico, acabé la carrera de medicina. Me licencié con un aprobado ramplón y sin llegar a entusiasmarme mucho con lo estudiado. Estudie medicina lo mismo que podía haber estudiado ingeniero agrónomo o saltimbanqui, nunca tuve vocación de médico, todo eso de salvar vidas y de juramentos hipocráticos a mí me daba igual. Quizá por eso acepté el primer trabajo que me ofrecieron en una clínica privada llamada "El Leve Suspiro", un modesto centro hospitalario situado a las afueras de Madrid. Cubrí la plaza dejada por un especialista norcoreano despedido de mala manera al descubrirse que ejercía la medicina sin la debida titulación. Cuando se hizo eco del engaño, Yoon, que así se llevaba el impostor, se disculpó diciendo que nadie le había preguntado si era médico. Comencé a trabajar en el Servicio de Digestivo como proctólogo, un nombre muy rimbombante para alguien cuyo trabajo consiste básicamente en meter el dedo en el culo de la gente buscando síntomas de posibles enfermedades, aunque la mayoría de las veces lo que buscaba eran objetos que ellos mismos se introducían allí. Se podía encontrar cualquier cosa, desde botellas de Coca Cola a teléfonos móviles. Ejercí la proctología con profesionalidad durante más de veinte años. Huelga decir que además de lo mencionado, realicé anoscopias, sigmoidoscopias, colonoscopias, traté hemorroides, fístulas y todo aquello

que entraba dentro de mis competencias. Hace dos años perdí mi trabajo después de una regulación de empleo, tantos años palpando culos y ahora era yo el porculizado. A partir de ahí mi vida ha sido una montaña rusa.

¿Y ahora qué?

Esta pregunta me persiguió durante varias semanas, el tiempo suficiente como para adentrarme en las procelosas aguas de la autocomplacencia, paso previo para un estado más peligroso, la autodestrucción; todo ello, y eso es lo curioso, sin salir de una burbuja claramente egocentrista. El despido me afectó más de lo esperado, lo confieso. Como pasa siempre, no aprecié lo que tenía hasta haberlo perdido y pronto comprendí que mi habitual apatía laboral era mejor que la apatía doméstica a la que empecé a ser proclive. Unos ahorros y la prestación de desempleo correspondiente me otorgaban un estatus de privilegiado frente a otros que engrosaban las filas del paro, así que, en lugar de buscar trabajo me dediqué a mirarme los pies y a rascarme la barriga. Pasaba muchas horas en internet, buceando más que navegando en fosas abisales plagadas de monstruos marinos. En un intento por controlar esa abulia galopante me propuse redecorar mi casa, antes de que se me pasara el arrebató me arrastré hasta una tienda de pinturas dispuesto a cambiar el color de las paredes. Ese ímpetu, seguramente condicionado por los programas de bricolaje de la tele, duró apenas dos días y alcanzó tan solo para el pasillo, que dejé a medias con varios tramos pintados en una gama de grises que iban *in crescendo*, muy acorde con mi estado de ánimo. De haber tenido fuerzas suficientes para continuar habría terminado con las paredes tan negras como mi futuro. Apenas salía de casa, me pasaba el día viendo en la tele unos programas abominables y comiendo pizzas que me traían desde una pizzería cercana previa llamada telefónica. Como consecuencia de ese desbarajuste emocional y nutricional empecé a engordar. Nunca me había cuidado demasiado, era sedentario por naturaleza, poco dado a los artificios metrosexuales y más bien parco en el vestir; no obstante, siempre mantuve cierto decoro en el trabajo, necesario para no asustar a mis pacientes. Al verme libre de esa obligación me fui abandonando lenta pero inexorablemente. A los kilos que se fueron acumulando a buen ritmo hubo que sumar un desaliño digno del mejor indigente. Procuraba no pararme delante del espejo y mantenía el televisor encendido todo el día para evitar que la pantalla me devolviera mi reflejo. Un día abrí la puerta al repartidor de la pizzería, el chaval era nuevo y al verme dio un respingo que por poco lo manda escaleras abajo, me alargó la pizza receloso y salió zumbando tan pronto recogió el importe del pedido. Realmente mi aspecto dejaba mucho que desear y ser negro no ayudaba mucho a mejorarlo. Si en los años de mi infancia no abundaban los negros y los pocos que había eran por lo general famosos y ricos, en la España del siglo veintiuno las diferencias entre el norte y el sur habían obligado a muchos africanos a buscarse la vida en el vecino rico. Era común verlos pulular por las calles dedicados a las más diversas actividades, algunas poco edificantes. Creo que en ese momento fui consciente de lo que me esperaba. Aunque no quería reconocerlo estaba tocando fondo y como médico sabía que las consecuencias de un comportamiento autodestructivo podían ser

terribles. Tenía que reaccionar. Me metí en la ducha siguiendo mi propia prescripción facultativa, para que el agua caliente me devolviera lo que el abandono me había quitado. Me afeité la cara, densamente barbada, y ya puesto seguí con la cabeza, nunca antes me la había afeitado, pero desde que vi a Michael Jordan de esa guisa pensé que a mí también me favorecería, además, me estaba quedando calvo por la coronilla y las canas me crecían a corros y en lugar de darme el aspecto distinguido de maduro interesante, en mi caso parecían cagadas de paloma. Sin pararme a ver los resultados me puse unas zapatillas que no recordaba haber estrenado nunca, un chándal que apenas me entraba y salí a la calle dispuesto a correr unos kilómetros. Yo no era muy de hacer deporte, pero mis genes regresivos me habían otorgado un físico privilegiado, especialmente diseñado para la carrera a juzgar por los logros conseguidos por los de mi raza en diferentes disciplinas atléticas. Vivía cerca de la Casa de Campo, así que me fui para allá, a buscar mi dignidad perdida entre paseadores de perros, madres con carritos y putas. Después de cinco minutos corriendo volví a casa arrastrando los pies y resollando como un búfalo herido, al parecer eran mis genes manchegos los que se encargaban de gestionar mi aparato locomotor. En contra de lo que se pudiera esperar no me rendí, seguí corriendo cada día hasta que la actividad física se hizo menos penosa. Cuando conseguí correr media hora seguida sin vomitar empecé a recuperar la talla cuarenta y la autoestima, entonces la conocí.

Valentina.

Durante una de esas carreras por la Casa de Campo coincidí con una chica que daba vueltas al circuito siguiendo mi misma dirección, al principio no pude verle la cara, pero constaté que su culo era firme como una roca, no se le apreciaba ni el más mínimo temblor a pesar del traqueteo de la carrera. Y tuve ocasión de comprobarlo no una, sino tres veces pues en el tiempo que yo empleé en dar dos vueltas ella dio al menos cinco. En la última vuelta volvió a adelantarme como una exhalación, con una osadía que me era desconocida traté de seguirla, mantuve su frenético ritmo durante un minuto que se me hizo eterno, cuando comprendí que estaba fuera de mí alcance (en todos los sentidos) detuve la alocada carrera, justo a tiempo para apoyarme en un banco y, doblado por el esfuerzo, boquear como un pez fuera del agua. Desde mi posición vi como se alejaba con sus zancadas regulares y su bracear perfecto, embutida en unas mallas de licra que no escondían nada por detrás, pero sin haber tenido la oportunidad de verle la cara ni otras partes de su anatomía que a los hombres nos suele gustar contemplar, sobre todo en esas circunstancias. Cuando recuperé el aliento regresé a casa con un caminar cansino, no tanto por la carrera como por la decepción. Aunque había perdido algo de peso y mi nuevo look a lo NBA me sentaba bien, yo no era precisamente un adonis, ¿a quién quería engañar?, tenía cincuenta años, y los hábitos de soltero completamente enquistados. Técnicamente no era soltero, había estado casado, aunque aquello no duró mucho y, además, había pasado tanto tiempo que lo único que cuadraba con mi estado civil era la soltería. Es cierto que no había renunciado totalmente a rehacer mi

vida, pero cuanto más tiempo pasaba las posibilidades de encontrar una mujer se volvían remotas, que fuera joven y guapa, un auténtico milagro. Sin embargo, algo debió de ver en mí el encargado celestial de administrar esas prebendas, o quizá al tramitar eso del karma se dieron cuenta de que por muy malo que hubiese sido en una vida anterior, ya lo había compensado de sobra con la infancia perra que me tocó en suerte y me concedían un respiro. Puede que fuera sólo casualidad, lo cierto es que al llegar al portal, justo cuando me disponía a abrir la puerta una voz a mi espalda me sobresaltó.

—¿Tú estabas corriendo en la Casa de Campo hace un rato, verdad?

—Verdad, aunque lo mío más que correr es un trote cochinerero —respondí aún con cara de sorpresa.

El comentario fue de su agrado a juzgar por la sonrisa esbozada. Se quedó parada delante de mí y viendo que yo no articulaba palabra ni ejecutaba movimiento alguno dijo:

—¿Vas a abrir, o qué? Vivo aquí, me mudé hace un par de días al segundo B.

Deshaciéndome en disculpas sostuve la puerta caballerosamente para que pasara, era la cuarta vez que contemplaba su culo, sólo que en esta ocasión también podía verle la cara. Era preciosa, de facciones sencillas, sin estridencias, con unos grandes ojos azules y el pelo rubio recogido en una coleta, parecía simpática y mucho más joven que yo. Prescindí de cualquier intento de seducción sabedor de las nulas posibilidades que tenía con una chica así, además me había visto correr, por lo que, desde un punto de vista antropológico, la hipotética atracción de la hembra hacía un macho veloz capaz de asegurar el sustento mediante la caza, quedaba descartado. A pesar del descarte, decidí acompañarla hasta su casa, a fin de cuentas yo vivía en el tercero y aunque usaba siempre el ascensor, mentí descaradamente al decir que subía las escaleras como colofón al entrenamiento.

En los escasos dos minutos que nos costó alcanzar su piso me dijo que se llamaba Valentina, trabajaba en su casa ofreciendo un servicio de catering por internet, cocinaba y hacía las entregas a domicilio, aunque el negocio estaba flojo por culpa de la crisis. Y por eso mismo se había mudado a ese piso, más pequeño y también más barato que su anterior domicilio. Yo me presenté como Germán, preferí el nombre completo en lugar de Man, que es como me conocían mis amigos, me abstuve igualmente de explicar los pormenores de mi vida, cuatro tramos de escalera no daban para mucho y en ese momento no me pareció muy indicado presumir de patetismo.

De nuevo a la calle.

Los últimos acontecimientos me animaron a salir de nuevo a la calle, no es que estuviese recluido en casa como un cartujo, lo de salir a la calle era en realidad una metáfora que indicaba un claro cambio en mi actitud. Con el currículum bajo el brazo me presenté en una clínica cercana en busca de trabajo.

Entré con aire decidido hasta la recepción, allí una chica de poco más de veinte años se retocaba la laca de uñas mientras hablaba a través de un pequeño micrófono con auricular conectado a un teléfono móvil, todo ello

sin parar de mascar cicle compulsivamente. No sé si me tranquilizó o me preocupó ver que se seguían cumpliendo los tópicos.

—Buenos días, quisiera ver al gerente —dije en un tono que denotaba seguridad.

—No veas, tía, que fuerte... Espera, que tengo un tío aquí *planta* —se retiró momentáneamente el micro cubriéndolo con la mano y preguntó:

—¿Qué querías?

No me gustó mucho que me tuteara, pero preferí ignorar su exceso de confianza.

—Le decía que quisiera ver al gerente.

—El señor Martín no está, ¿y para qué lo quieres ver?

—Verá, señorita —dije armándome de paciencia— quisiera dejarle mi currículum.

—Se dice currículum, cu-rrí-cu-lum-vi-tae, de todas formas no necesitamos limpiadores ni nada.

Tuve que esforzarme para mantener una sonrisa condescendiente, que la niñata no supo apreciar, antes de decirle:

—En realidad soy médico, ¿y a qué hora volverá el señor Martín?

—No sé, pero déjame el papel a mí y yo se lo doy cuando venga.

Así lo hice sin demasiadas ganas. Al salir pude escuchar a la recepcionista retomando la conversación —... no sé, tía, un negro que dice que es médico y quiere trabajar de limpiador.

Tuve que regresar a casa para buscar otro currículum, esta vez hice varias copias en previsión de sucesos similares al que acababa de tener. Me alegré de haber empezado a hacer deporte, al parecer buscar trabajo exigía estar en buena forma, algo que pude constatar tras varias horas recorriendo la ciudad de clínica en clínica. Fui dejando currículos en cada una de ellas, a recepcionistas, enfermeras, incluso a un celador con acento rumano que parecía estar al frente de la empresa a juzgar por el comentario que hizo después de echarle un vistazo.

—No creo que nos interese.

Por fin, cuando ya me estaba dando por vencido, pude acceder a un despacho. Me recibió el encargado de personal, un tipo bajito con bigote, gafas y frente despejada.

—Veamos...hum... vaya... —treinta segundos de monosílabos y onomatopeyas que desembocaron en un largo suspiro.

Dejó el papel encima de la mesa y se recostó pesadamente sobre su sillón retirándose las gafas para limpiarlas con un pañuelo pulcramente doblado, todo con mucho ceremonial y una parsimonia exasperante, hasta que finalmente se volvió a colocar las gafas, se incorporó ligeramente y dijo:

—¿Esto es todo?

—Pues sí —dije sin entender su pregunta— veinte años en el servicio de proctología, creo que me acreditan como un profesional experimentado.

—Sí, no lo pongo en duda, pero según veo en su currículum no tiene hecha la especialidad, ni cursos, ni seminarios, y no hablemos de algún máster en el extranjero. Por cierto, aquí dice que es usted de Albacete. Pero de Albacete, Albacete —concluyó mirándome de arriba abajo.

Tras diez minutos de charla completamente estéril, salí del despacho con la extraña sensación de haberme pasado los últimos veinte años metido en una cueva. El encargado de personal me dijo que la cosa estaba fatal en la sanidad privada y la poca demanda que había se cubría rápidamente, además, como había mucho paro en el sector sanitario se podían permitir el lujo de contratar por dos duros a médicos jóvenes con varios másteres, con idiomas, conocimientos en informática, incluso con cursos de fontanería y electricidad, por si, llegado el caso, tenían que hacer labores de mantenimiento. Prometió llamarme si salía algo que se ajustase a mi formación y acto seguido dejó el currículum encima de una mesita auxiliar, sospechosamente cerca de una papelera.

Regresé a casa agotado mental y físicamente, era la hora de comer aunque se me había quitado el hambre. Por primera vez en muchos años fui consciente de mi ignorancia, así que me puse delante del ordenador para ponerme al día en todo lo referente a demandas de empleo relacionadas con la sanidad. En la mayoría pedían una especialidad, idiomas, informática, incluso se apuntaba un límite de edad que por supuesto yo superaba con creces. —Clínica Múnich, se busca ginecólogo, imprescindible alemán fluido. Clínica Las Verdes Colinas, se necesita dermatólogo con conocimientos de finlandés. Clínica Agosto, oncólogo con manejo de Java y Excel. Clínica El Desaliento, anestesista entre treinta y cuarentaicinco años—. Una detrás de otra fui leyendo las diferentes demandas que aparecían en pantalla, ninguna se ajustaba a mis características ni de lejos, al parecer haber estudiado medicina no bastaba para ser médico.

Completamente abatido fui pasando páginas en el ordenador sin que las expectativas de encontrar algo decente mejoraran, al final opté por dejarlo estar, las cosas cambiarían con el tiempo, después de todo la crisis no podía durar mucho y pronto se volverían a precisar médicos sin cualificación para cubrir los puestos que los cualificados rechazaban, porque estos siempre podían aspirar a algo mejor. De las ofertas de empleo pasé a otras páginas que también se relacionaban con mi profesión, al menos tenían que ver con la anatomía humana.

Al día siguiente veía las cosas de otra manera. Después de un desayuno equilibrado (decidí tomarme en serio lo del sobrepeso) me senté delante del ordenador con una taza de café humeante y los ánimos bien templados por una dosis adecuada de Lexatin, dispuesto para mandar currículos a todo aquel que estuviera dispuesto a recibirlos. Buscar empleo desde casa era menos cansado y menos humillante. La mayoría de clínicas disponían de página web con su correspondiente apartado para el envío de sugerencias entre las que se debían incluir las de empleo. Así que mandé una veintena de currículos a otras tantas clínicas de la capital. Esto, que se resume en una simple frase, fue en realidad un trabajo ímprobo que me llevó varias horas realizar, pues era necesario rellenar un formulario absurdamente complejo, adjuntar el currículum, la foto y enviarlo todo, entonces, cuando creías haberlo conseguido aparecía en la pantalla un mensajito anunciando que una de las casillas no estaba completa o había sido objeto de error, eso obligaba a realizar todo el proceso de nuevo. Si

tenía suerte y la conexión a internet no fallaba o iba sospechosamente lenta porque algún vecino me estaba pirateando la *wifi*, entonces y sólo entonces conseguía realizar el envío. Todo ese proceso se culminaba en unos veinte minutos de media para algo que inicialmente calculé me llevaría cinco. Veinte minutos por veinte currículos hacían un total de cuatrocientos minutos, que divididos por sesenta daban la bonita cifra de seis horas y media, con una parada para tomar café, otra para comer, otro café y algún paseo por el pasillo para estirar mi maltrecha espalda, la suma total rondaba las ocho horas. Buscar trabajo se había convertido en un auténtico trabajo. Al terminar me puse el chándal y salí a correr, lo necesitaba más que nunca y, sí, confiaba en poder encontrarme con mi vecina, es posible que no pudiera seguir su ritmo, pero me conformaba con un saludo y la breve visión de su magnífico culo mientras me adelantaba a toda velocidad. Ese día no apareció, al regresar a casa después de una carrera más corta de lo habitual, subí las escaleras para pasar por delante de su puerta, con disimulo pegué la oreja a su puerta, en seguida escuché música y algunos ruidos sordos amortiguados por el grosor de la puerta. Sin duda estaba en casa, aplicando una presión mayor intenté distinguir algún sonido revelador que me ofreciera una información más detallada. Tras unos segundos de espera escuché una risa femenina, supuse que la suya, seguida de otra, más grave y varonil de la que no quise suponer nada. Subí a mi casa, me duché, me tomé un vaso de leche con galletas y me metí en la cama dispuesto a dormir diez horas seguidas, para conseguirlo necesitaría una dosis no adecuada de Lexatín.

Una realidad cruda.

Después de unos días esperando podía hacer un balance descorazonador: de todos los currículos enviados, tan solo dos clínicas se dignaron a contestar. Las respuestas fueron negativas, no sé por qué no me sorprendió, redactadas en una jerga amable destinada a mantener la moral alta del rechazado, todo un detalle, aunque su reiteración puede acabar haciendo mella incluso en el más avezado buscador de empleo. Los días se fueron sucediendo sin que hubiese novedades de ningún tipo. Entendí que retomar mi carrera como médico iba a ser complicado, definitivamente me había quedado fuera de juego, tenía que aceptarlo. Barajé la posibilidad de aumentar mi formación, consulté varias academias para hacer algún curso de informática, inglés o chino mandarín, me informé sobre la realización de un máster en proctología, pero su precio era desorbitante y mis dudas sobre su efectividad me hicieron desistir. Empezar a estudiar a los cincuenta me apetecía tanto como someterme a un tacto rectal, así que pasado el tiempo decidí bajar el listón. Empecé a buscar trabajo fuera del sector sanitario, si no podía trabajar en lo mío prefería dedicarme a otra cosa. En una ciudad como Madrid la lista de ofertas era larga, pero si exceptuaba las ofertas relativas al sector servicios, todas las demás tenían que ver con profesionales cualificados en diferentes campos y con acreditada experiencia, como ingenieros o economistas, o bien se centraban en las nuevas tecnologías de las que yo

era un perfecto desconocedor. Al margen de mis incursiones en internet en busca de inspiración y desahogo, mis conocimientos informáticos eran prácticamente nulos, no sabría distinguir un *megabyte* de una taladradora. Si unos días antes pensaba que encontrar trabajo era difícil, ahora estaba convencido de que era imposible.

Llevaba varios días sin ver a mi vecina. Salir a correr cada tarde me ayudaba a mantener a raya la autoestima, pero después de conocer a Valentina mis carreras no tenían otro sentido que verla aunque fuese fugazmente. Una tarde que volvía especialmente derrotado, decidí llamar a su puerta para interesarme por ella. Como no tenía la confianza suficiente pensé que podría utilizar la excusa más recurrente entre vecinos.

—Hola Valentina, no tendrás un poco de sal por casualidad.

Valentina estaba frente a mí, apenas una porción de ella pues la cadenita limitaba la abertura de la puerta dejándola en unos pocos centímetros, los justos para ver uno de sus ojos, un pedacito de boca y una franja de cuerpo, todo bastante difuso entre la ropa amplia y la oscuridad reinante. Tardó unos segundos en contestar, se me hicieron eternos, tanto que a punto estuve de decirle que lo dejara y marcharme a casa a seguir autocompadeciéndome. Estaba abriendo la boca de nuevo cuando ella abrió la suya.

—Ah, hola... si claro, espera un momento —¿dispersa?

Se introdujo en la penumbra del pasillo sin mover la cadena de su sitio, de manera que mi campo visual se mantenía circunscrito a la estrecha tira de oscuro vacío, al cabo de un minuto se oyeron los pasos de Valentina regresando, se colocó en la puerta entreabierta y me tendió un botecito blanco y azul, era un salero de plástico. Repliqué diciendo que con un poco me bastaría, lo justo para unos huevos fritos, Valentina me dijo que me quedara el salero, tenía muchos iguales, se los regalaba un mayorista del sector amigo suyo. Me dijo adiós y cerró la puerta con un leve empujoncito. Adiós y gracias acerté a decir ya con la puerta cerrada. Me quedé mirando el salero con cara de idiota y subí a mi casa arrastrando los pies por la escalera, me esperaba una gran noche.

Al entrar en casa me fui derecho a la cocina, abrí el frigorífico para buscar los ingredientes que hicieran realidad la idea que me rondaba la cabeza: comerme media docena de huevos fritos con un buen montón de patatas, también fritas, beicon, salchichas, una morcilla de Burgos y una barra de pan para empujar todo aquello dentro del abismo que se abría al fondo de mi boca. Pero me contuve. Por suerte el frigorífico no pasaba por su mejor momento, la mayoría de sus estantes eran un erial semejante a la estepa siberiana, tan desolado y frío que por no crecer, no crecían ni los hongos que suelen acompañar a los alimentos relegados al olvido. Desde que empecé con los hábitos saludables, allí sólo prosperaban alimentos bajos en calorías más o menos naturales: fruta, yogures, cereales integrales y algunos productos de la huerta. Ya serenado tras mi ataque de bulimia, y a falta de otra cosa, me preparé un buen tomate abierto por la mitad. Aprovechando mí recién adquirido salero, su aderezo se limitó a una dosis moderada del cloruro sódico contenido en su interior, ni aceite ni nada,

frugal. En cualquier caso y como hacía tiempo que me planteaba variar un poco mi dieta, para el postre me decidí por un par de Orfidales en lugar de los habituales Lexatines. Un capricho.

Esa noche la pasé de un tirón, por desgracia el tirón no alcanzó hasta la madrugada y a eso de las cinco y media de la mañana se me pasó el benéfico efecto del postre, me quedé con los ojos como platos y sin otra cosa que hacer que mirar el inmenso vacío de mi alma. Cansado de la introspección me levanté en busca de algún entretenimiento, opté por la tele. A esa hora sólo encontré pitonisas con y sin turbante y programas de teletienda, prácticamente idénticos en todos los canales. El zapping me proporcionó una diversión pasajera, durante unos minutos pude comprobar que el declive profesional no se limitaba a la proctología, también se había cebado con el mundo de la farándula. En el interior de ese rectángulo impreciso repleto de tecnología me encontré con varios famosos venidos a menos que trataban de vender productos de dudosa eficacia a base de labia. Un cocinero que fue durante años líder de audiencia en las principales cadenas, explicaba con desgana el funcionamiento de un pasapurés de última generación cuyo diseño recordaba vagamente a la nave de Star trek. Un presentador de programas de bricolaje que se mantuvo en antena durante más de veinte años, vendía ahora herramientas fabricadas en Taipéi con una rubia oxigenada como *partner* que parecía haber dejado su esquina apenas unos minutos antes de entrar en el plató. Todo glamour. Fui pasando los canales preguntándome si la utilización de fracasados aferrándose a su patetismo podía contribuir a mejorar las ventas de unos productos por lo demás invendibles. De momento, a lo único que contribuía era a incrementar mi desazón. A eso de las seis conseguí apartar la vista de ese lamentable espectáculo y me fui a buscar un libro. Últimamente no leía mucho. Tenía un libro empezado desde hacía semanas, una novela cómica recomendada por un amigo, humor negro me aseguró, aunque para mí no pasaba de un tibio gris marengo. Supuestamente debía levantarme el ánimo, se titulaba *La patente* y trataba de un grupo de descerebrados dispuestos a todo por apoderarse de un revolucionario invento, después de una veintena de páginas en las que apenas pude esbozar alguna sonrisa cerré el libro alertado por unos ruidos procedentes del piso de abajo. Yo sabía que esos ruidos, golpes en un principio, tenían como protagonista a mi vecina Valentina, quizá por eso pegué la oreja al parqué en busca de algún sonido clarificador. Los golpes no eran rítmicos ni de intensidad regular con tendencia al *crescendo*, algo que no me tranquilizó pero sí me dejó al menos una sensación menor de voyerismo acústico, o como se llamase eso que estaba haciendo. A los golpes le siguieron algunos gritos, el espesor del forjado no me permitía distinguir lo gritado, tan solo pude constatar que mi vecina no gritaba sola y que su acompañante era varón. Estaban discutiendo. Tras unos minutos largos e inquietantes cesó toda actividad. A pesar de la paz que se había instalado, permanecí atento sin alterar mi postura, no muy elegante por cierto, hasta que un fuerte portazo me sobresaltó, busqué la puerta de entrada con premura para seguir escuchando. Volví a pegar la oreja, esta vez a la

repintada puerta, justo a tiempo para oír unos pasos que se alejaban bajando los escalones con rapidez y después nada, un silencio sepulcral. No duró mucho. No porque volviera esa persona, fuese quien fuese, ni porque mi vecina Valentina realizase algún tipo de actividad, el silencio se fue rompiendo gracias a una algarabía que iba en aumento procedente de la calle. En esa misma manzana se ubicaba un mercado, de barrio, de los de toda la vida, con sus pescaderías, sus carnicerías, sus casquerías, sus fruterías... Un mercado en donde los vendedores llamaban por su nombre a los clientes y viceversa, algo que dotaba a las transacciones de un carácter más humano, una rareza en los tiempos que corren. El mercado, bonito y con solera, aguantaba a duras penas la presión de los promotores inmobiliarios empeñados en su demolición para construir eso tan de moda que denominamos *Gran Superficie*, con sus pasillos brillantes y su despliegue lumínico excesivo: multicines, boleras y tiendas de animales; curiosamente suelen albergar en su interior lo mismo que con tanto empeño querían destruir, sólo que ahora, a los modernos establecimientos de alimentación los llamamos con prepotencia Supermercados, como si el colocar la palabra *súper* delante del *mercado* les otorgara unos atributos que antes no tenían.

Allí los proveedores eran muy de madrugar y al ruido de camiones, carretillas y griteríos varios, había que añadir el de las persianas metálicas que al levantarse mancillaban impunemente la madrugada. En condiciones normales yo no habría sido consciente de todo ese jaleo, siempre fui de buen dormir, pero desde que mi nueva realidad me sacudió, el insomnio me acompañaba como un molesto compañero de cuarto y aunque lo paliaba tirando de farmacopea, a esas horas los efectos de las pastillas ya habían desaparecido. El jaleo del mercado duraba poco más de quince minutos, después los sonidos se iban difuminando hasta acabar fundidos con los que preceden al despertar de la ciudadanía, ya dentro de la normalidad. Fue entonces cuando, aprovechándome de esa ligera tregua, pude distinguir un leve llanto subiendo desde el piso de Valentina. Sumando dos más dos se podía llegar fácilmente a una conclusión: no era asunto mío y lo mejor era quedarse al margen. Sólo había un problema, nunca se me dieron bien las matemáticas.

Dos más dos.

Tras haber pasado una noche un tanto extraña la luz diurna me proporcionó cierto sosiego. Es cierto que llevaba dando tumbos por la casa desde antes de las seis, pero acatando fielmente mis costumbres no me consideraba oficialmente levantado hasta que no me quitaba el pijama y me ponía la ropa de estar en casa, que por cierto se parecía bastante a un pijama. Preparé un desayuno equilibrado consistente en zumo de naranja de tetra brik, cereales enriquecidos con vitaminas y minerales, fruta, un yogur de mango y papaya. Una tostada de pan integral con tomate picado y una loncha de jamón serrano daban al ágape un toque definitivamente mediterráneo. Todo esto lo rematé con un café con leche que cada vez tenía más café y menos leche. Me tomé su tiempo en prepararlo y más aún en deglutirlo. Acto seguido, y como consecuencia de esos hábitos alimenticios tan sanos en los que me había instalado, me adentré en la

parte más privada de mi cuarto de baño para obrar (el uso de este verbo como sinónimo de cagar siempre me ha confundido), mis intestinos funcionaban de nuevo a la perfección recuperando una precisión que creía perdida. Todo ese ceremonial, realizado con deliberada parsimonia, sirvió para infundirme un valor que necesitaba; tenía que dar un paso, podía ser importante o un auténtico traspié. Eso estaba por ver. Cambié mi ropa de estar en casa por otra de salir, vaqueros y una camisa a cuadros, lo siguiente fue bajar al piso de abajo. Tras llamar al timbre estuve a punto de salir corriendo, pero aguanté el tipo. Me fui serenando al ver que la puerta no se abría. Volví a llamar, no sé por qué. Al cabo de unos segundos escuché el sonido inconfundible de unos pasos acercándose, de nuevo las pulsaciones se me dispararon, tanto cambio de ritmo no podía ser bueno para la salud.

—Hola, Valentina, perdona que te moleste tan temprano.

Un silencio de lo más incómodo dio paso a un previsible ¿qué quieres? Yo también aposté por un silencio, aunque el mío era fruto de la improvisación, a pesar de lo mucho que había tardado en decidirme, no había preparado la respuesta a una pregunta tan lógica ¿qué quería? Al final le dije por decir:

—Tú y yo apenas nos conocemos y lo lógico sería no meterme en lo que no me llaman, pero últimamente sufro de insomnio y anoche no pude evitar escuchar..., en fin, si puedo ayudarte, quiero que sepas que estoy para lo que sea.

Valentina enarcó las cejas con un gesto que aunaba la sorpresa y puede que también el enfado por lo que apuntaba a una clara intromisión a su intimidad. Incluso abrió la boca para decir algo, supuse que un exabrupto, pero no lo hizo, calló, y mantuvo su mutismo lo suficiente como para dejarme intervenir de nuevo. Sin darle tiempo a pensar en una réplica me lancé a explicarle lo mucho que sentía padecer insomnio, lo mucho que sentía haber escuchado lo que escuché, lo mucho que sentía que tuviese problemas... Fue una retahíla de disculpas que ya empezaban a rozar el sinsentido, en ese punto Valentina levantó la mano indicando que me callara, lo hice, y con gran alivio; mi atropellada locuacidad solía jugarme malas pasadas.

—No es culpa tuya. Siento que no hayas podido dormir. Te agradezco mucho tu preocupación, de verdad, pero si no te importa prefiero estar sola.

Tras esa breve explicación cerró la puerta. Me quedé allí de pie como un pasmarote sin saber qué hacer. Decidí volver a mi piso, un refugio que en ese momento me pareció tan aislado y frío como una cueva del Himalaya. Una vez más fui consciente de mi abrumadora realidad, no tenía futuro, ni ilusiones, ni metas... Poco a poco me asomaba a un profundo agujero negro en el que, con un poco de suerte, caería apareciendo al otro lado del universo, en una galaxia muy, muy lejana. Como casi siempre que uno se refugia en la autodestrucción, puse la tele, algo que suele ayudar a consolidarla. Sólo daban más espacios de teletienda y programas de cotilleo especialmente diseñados para amas de casa sin aspiraciones de ningún tipo, en ese momento me sentí muy cercano a ellas, con una

diferencia, yo no esperaba a un marido que regresa del trabajo, ni a unos hijos, no esperaba a nadie y nadie me esperaba a mí. Me hundí en el sofá para ver una reposición de "Raíces", lo más decente que pude encontrar en la programación. Una serie que me sirvió para echar una siestecita y contribuir de ese modo a incrementar el enorme desajuste de horarios en el que me movía. Me dormí tan profundamente que pronto me encontré convertido en *Kunta Kinte*, el protagonista de la serie. No era la primera vez que mi gen regresivo me introducía en sueños más propios de un africano que de un albaceteño. Para colmo, en éste acababa recogiendo algodón de sol a sol y con el tendón de Aquiles hecho un asco.

Un reiterado golpeteo me sacó del sueño justo cuando iba a recibir unos latigazos, un estremecimiento me recorrió toda la espalda, desde la nuca hasta el coxis. Los golpes seguían insistentes, me costó unos segundos discernir su procedencia, los sentía como una parte de mi sueño hasta que comprendí que alguien estaba llamando a mi puerta. Arrastrando los pies con desgana me acerqué al recibidor, en ese momento cesaron los golpes, mejor; no tenía ánimos para enfrentarme a vendedores de enciclopedias, biblias, aspiradoras o lo que quisieran venir a venderme a esas horas. Ni siquiera sabía qué hora era, el sueño había sido tan profundo que perdí completamente la noción del tiempo. No obstante, me pudo la curiosidad y pegué el ojo a la mirilla. Alcancé a distinguir una figura perdiéndose escaleras abajo, de refilón pude ver una parte de su anatomía que me resultaba muy familiar. Abrí la puerta y grité.

—Valentina.

Mi vecina se volvió remontando los escalones que la separaban del rellano.

—Pensé que no estabas.

—Estaba echando una siesta, ya te dije que últimamente no duermo muy bien que digamos.

—Si lo prefieres puedo volver más tarde.

—No, no... —me apresuré a decir—, estoy bien. Además, me alegra que hayas venido, quería disculparme por lo de antes.

—Soy yo la que debe disculparse, has sido muy amable al preocuparte, pero me has pillado en mal momento, estoy un poco depre.

Valentina se fue acercando a la puerta mientras hablaba. Yo me vi plantado frente a ella con la cara todavía hinchada por ese sueño extemporáneo y la ropa retorcida y arrugada de recién levantado. Una vez más mi aspecto dejaba mucho que desear. Cuando estuvo a un palmo de mí me dijo:

—En realidad quería proponerte una cosa —proponerme una cosa, pensé, ¿a mí?

—Tú me dirás —acerté a decir con un balbuceo apenas controlado.

—¿No me invitas a pasar?

Jamás hubiera imaginado esa posibilidad, a pesar de llevar mucho tiempo soñando con ella, qué contradicción, y qué idiota me sentía. La casa estaba hecha un asco.

—Claro, pasa. Tendrás que disculparme, pero hoy he dado el día libre al servicio —para salir del paso opté por el chiste fácil.

—No te preocupes, no es la primera vez que entró en casa de un soltero —no supe muy bien cómo interpretar ese comentario, de todas formas dejé a mi imaginación con las ganas de seguir lucubrando y me hice a un lado para facilitarle el paso.

Valentina levantó una cajita de cartón de las que se utilizan en los restaurantes cuando queremos llevarnos las sobras de nuestra comida, una costumbre poco arraigada en nuestro país.

—Te he traído algo para picar.

—No hacía falta que te molestaras —a su detalle respondí yo con ese topicazo tan tonto. No se me ocurrió nada mejor que decir.

Tras sortear algunos obstáculos me apresuré a despejar el sofá, con dos manotazos certeros atrapé lo que me pareció más comprometedor: revistas de escaso interés periodístico, un par de latas vacías de cerveza y un exceso, incluso para un médico, de frasquitos con pastillas de colores. En el salón afluían también los restos desahuciados del desayuno y de la cena, ropa sucia que debería estar en un cesto y ropa limpia que por su estado debería volver al mismo cesto. Algunos libros se repartían estratégicamente por la estancia lejos de sus estantes, al menos ese parte del desorden se podía interpretar como una muestra de afinidad por la cultura, aunque en realidad esos libros llevaban mucho tiempo sin recibir por mi parte ni la más mínima atención. Cuando consideré el espacio apto para un uso civilizado, la invité a sentarse, en seguida llegaron las demás muestras de cortesía. ¿Un café?, ¿un refresco?... , agotadas todas con sendas negativas, me senté yo también, lo hice en un sillón para poner algo de distancia, empezaba a ser consciente de lo alterado que estaba. En la tele seguían con las peripecias de *Kunta Kinte*, al parecer reponían la serie al completo. Puse las manos en los brazos del sillón, las quité, entrelacé los dedos, los desentrelacé, incluso intenté meterlas en los bolsillos del pantalón a pesar de lo absurdo que resulta hacerlo estando sentado, además ese sillón era especialmente estrecho y tuve que desistir por lo exiguo del espacio. No sabía qué hacer con las manos. En un rápido vistazo vi el mando a distancia, lo cogí para darle un uso terapéutico y de paso apagar la tele. Una vez apagada no tenía mucho sentido seguir manipulando el mando, así que lo volví a dejar en la mesa y me lancé a por la cajita, de ahí podría sacar algún tema de conversación. En su interior encontré una serie de aperitivos, todos muy elaborados y decorados, un suave y agradable olor me llegó hasta la nariz, el aspecto de esa comida era excelente y así se lo hice saber a Valentina.

—Vaya, eres una cocinera fantástica.

—Gracias. Es sólo una pequeña muestra de lo que ofrezco en mi servicio de catering: caprichos de ibéricos, Mouse de salmón ahumado, paté de avestruz...

La verdad es que tenía una pinta estupenda, pura delicatessen, estuve tentado de hincarle el diente, pero estaba tan nervioso que se me había hecho un nudo en el estómago. En contraste a mi nerviosismo Valentina se mostraba tranquila, al sentarse cruzó las piernas, puso la manos sobre su rodilla más elevada y en esa postura se mantuvo inmóvil esperando a

que cesara mi exasperante baile de san vito. Unos minutos después volví a repetir mi frase inicial:

—Tú me dirás.

La proposición.

Que mi vecina, diosa de magnífico culo, se adentrara en mis dominios de forma voluntaria me parecía algo sorprendente, que la visita incluyera unos pequeños manjares como regalo, todo un detalle; que, además, lo hiciera para hacerme una proposición podría calificarse de milagroso. Era una posibilidad que no habría calculado ni en un millón de años. Yo sabía que la proposición no iba a ser indecente, no era tan iluso, pero fuese lo que fuese lo que me pensara decir, mi respuesta sería afirmativa, estaba seguro, ¿quién se negaría? Así que, con una calma fingida esperé su propuesta. Ésta no se hizo esperar, incluso tuvo algunos preámbulos que fueron de agradecer.

—Últimamente las cosas no me van del todo bien, bueno, para qué te voy a engañar, me van fatal. En lo profesional y en lo afectivo. Lo que has oído esta madrugada no es nuevo. Mi novio y yo mantenemos una relación compleja, los dos tenemos un carácter muy fuerte y ambos somos cabezotas hasta decir basta, eso provoca broncas monumentales que desembocan en separación, al cabo de unos días me pide perdón, me dice cuatro cosas bonitas y yo, como una gilipollas, me las creo y, ale, vuelta a empezar. Tenemos unos días de luna de miel y un par de meses después nos volvemos a pelear y otra vez la misma historia. Estoy atrapada en un bucle y ya empiezo a estar harta. Muy harta, tanto que ya no se va a repetir —el comentario lo hizo mirando a la ventana. Teniendo en cuenta lo sucia que estaba y el escaso interés del paisaje, deduje que aquella era una de esas miradas al vacío que utilizamos cuando nos queremos decir algo a nosotros mismos—. He cortado con mi novio y esta vez no pienso volver con él. Siempre digo lo mismo, pero ahora va en serio y para que no vuelva a pasarme lo de siempre, he decidido marcharme lo más lejos posible.

Hizo una pausa valorativa, yo aproveché el ínterin para mirarme los pies, eso me dejaba en una postura que se relacionaba directamente con mi estado de ánimo. Nuestra amistad se limitaba a cuatro charlas fútiles mientras corríamos por el parque, eran conversaciones entrecortadas por el esfuerzo de la carrera (más el mío que el suyo), en las que nos contábamos, sin entrar en detalles, los pormenores de nuestras respectivas situaciones laborales. Nunca habíamos ido más allá. En cualquier caso, y a pesar de no conocernos demasiado y de ser consciente de su inaccesibilidad, lamentaba profundamente lo de su marcha.

Valentina me gustaba, esperaba que no fuera demasiado evidente, pero así era, no podía evitarlo. Ella era lo mejor que me había pasado en las últimas semanas, y teniendo en cuenta que, pasar pasar, no había pasado nada, quedaba de manifiesto mi estado emocional. Por esa razón la noticia de su marcha me dejó cabizbajo. De todas formas seguía sin entender lo de la proposición. Pronto se despejaron mis dudas. Tras esa pausa, la frase: he decidido marcharme lo más lejos posible, tuvo continuidad, una continuidad que desde luego no esperaba:

—Y quiero que te vengas conmigo —eso dijo, lo juro.

Quería que me fuese con ella. En mi cara se dibujó una sonrisa de oreja a oreja. No sonreía como lo haría alguien con autoestima, no era mi caso; lo hacía como lo hacen los idiotas, pues pensaba que aquella chica tan mona me estaba vacilando y de un momento a otro me iba a decir que todo era una broma. Así que esperé. Unos segundos después y en vista de que se mantenía impertérrita, tuve que preguntar, bueno, no sé si era exactamente una pregunta.

—¿Perdona?

—Pues eso, que quiero irme contigo, si tú quieres, claro —levantó las manos de su rodilla, descruzó las piernas, las volvió a cruzar alterando el orden y acabó dejando de nuevo sus manos perfectamente acopladas sobre la rodilla elevada.

Me costó un mundo articular las palabras que tenía preparadas.

Temblando como un chiquillo al que han pillado robando caramelos le dije:

—¿En calidad de qué?

—De socio.

—Ah, de socio, ¿cómo de socio? —aunque su respuesta me sirvió para descartar cualquier fantasía que pudiera haberme imaginado, seguía estando confundido. Esperé paciente una nueva aclaración.

—Tú estás en el paro y a tu edad te va a costar volver al mercado laboral

—una sentencia la suya que no por cierta era menos dolorosa. Tras dictaminar lo mío continuó con lo suyo—. Yo, por mi parte, tengo cada día menos clientes, con la crisis la gente gasta menos y para colmo la competencia se ha triplicado. Ahora cualquiera se anuncia en Internet para ofrecer comida a domicilio.

—Entiendo tu situación, y créeme que lo siento, pero sabiendo la mía, que, como tú bien dices, no es mucho mejor, no veo cómo puedo encajar yo en tus planes de futuro.

—Muy fácil. Déjame que te lo explique —y así lo hizo dando paso a la explicación—. Yo soy una buena cocinera y me gusta mi trabajo a pesar de desarrollarlo en casa. El hecho de no cocinar en un restaurante no significa que no pueda hacerlo. Es más, aunque me cueste reconocerlo, en el fondo siempre lo he deseado. Es posible que haya llegado el momento de replantearse todo y empezar de cero.

Valentina se puso trascendental, ¿cómo no hacerlo?, toda su vida, la poca que yo conocía, se iba al traste y con ese guarismo tan redondo que es el cero ponía la línea de salida para una nueva andadura en la que, sorprendentemente, me quería a mí como acompañante. Ya descarté la parte más hedonista de esta asociación y puesto que todo apuntaba al puro pragmatismo quise saber cuál era mi papel en esa trama. Tuve que preguntar.

—No quiero parecer puntilloso, pero, ¿qué pinto yo en todo esto?

—En seguida te lo digo. Pero antes necesito que conozcas algo más de mi vida —cambio de postura buscando mayor comodidad y empezó su charla—. Verás, yo nací en León, estudié en una escuela de hostelería y al terminar mis estudios me vine a Madrid para montar mi negocio de catering pensando que tendría más oportunidades en una gran ciudad, de

eso hace más de diez años. Voy a León de vez en cuando para ver a mi familia, allí tengo todavía a mis padres y a un hermano. Es precisamente de mi hermano de quien quiero hablarte. Siempre ha sido un poco raro. Hace unos años le dio por el rollo hippie, tenía la idea romántica de volver al campo para reencontrarse con la madre tierra y chorradas de ese tipo. Y con esa idea compró una casa en un pueblo perdido de la cordillera cantábrica para abrir un centro naturista. Dejó su trabajo como funcionario y se fue al pueblo con su compañera, quería formar una familia, tener muchos hijos y vivir todos en perfecta armonía con la naturaleza, pero la que tenía que ser madre de sus hijos, se lo pensó mejor y al poco tiempo se largó con su profesor de yoga. Se fue a la India a un retiro espiritual y ya no regresó. Mi hermano, al verse solo perdió de golpe el interés por el naturismo, pero ya que estaba allí pensó que podría recuperar el antiguo negocio que había en la casa, un bar de pueblo de los de toda la vida. Estuvo en aquel lugar poco más de un año hasta que se cansó, echó el cierre y se volvió a León para recuperar su puesto en la administración pública al cual había renunciado previa excedencia para embarcarse en aquella aventura trasnochada. Desde entonces me está diciendo que me quede yo con la casa para montar un restaurante. Siempre me ha dicho que la casa es grande y tiene muchas posibilidades. A mí, la idea de abrir un restaurante tan lejos de la civilización no me atraía demasiado, claro que eso era antes, ahora creo que cuanto más lejos mejor —me dedicó una sonrisa de complicidad que yo correspondí con otra y continuó con el soliloquio—. Mi hermano sobrevivió a duras penas con los pocos paisanos que acudían al bar después de realizar las labores del campo. Se juntaban para echarse unos vinos mientras jugaban a las cartas o al dominó. Con eso y las cuatro comidas que daba los fines de semana a los cazadores que reculaban por allí, iba tirando. Esto que te cuento sucedió hace ya algunos años, eso significa que la casa lleva cerrada mucho tiempo. Lo cierto es que aquello ha cambiado mucho. Hace unos años declararon la zona Parque Natural y ahora está lleno de turistas campando por todo el valle. Incluso han abierto un balneario en el mismo pueblo que le está dando mucha vida.

—Bueno, tiene una pinta estupenda —en realidad no sabía si lo tenía, pero se lo dije por cortesía.

—Pues supongo que sí, aunque si te digo la verdad, me da lo mismo. Lo que quiero es salir de Madrid y si tuvieras dos dedos de frente te vendrías conmigo. Tú mismo me has dicho que nada te ata a esta ciudad. Podríamos ser socios y abrir un restaurante, ahora está de moda lo rural y a la gente no le da pereza coger el coche para pasar el día en el campo. Me quedé pensativo. En una de aquellas charlas agónicas mantenidas al trote por la Casa de Campo, le dije que tenía unos ahorros, también le dije que viendo el desalentador panorama existente en el país me estaba planteando abrir algún tipo de negocio, sin especificar ninguno en concreto; claro que todo eso se lo conté porque de algo había que hablar. La realidad era que en esos momentos no me planteaba nada excepto seguir autocompadeciéndome. A pesar de haber hablado poco con ella, tenía la sensación de haberlo hecho más de la cuenta. Valentina me

gustaba, y ese hecho me dejaba en una situación de vulnerabilidad preocupante. Como respuesta a su proposición, tenía dos opciones: o me lo pensaba bien y rechazaba amablemente su oferta, o bien; actuaba de manera irracional, obviando la lógica y cometiendo la mayor estupidez de mi vida. Como era de esperar opté por la segunda.

La casa del pueblo.

Teníamos por delante algo más de cuatrocientos kilómetros, unas cinco horas de viaje según me anunció Valentina. Cinco horas a solas dentro de un coche, el suyo, un minúsculo pero coqueto Fiat 500. Por sorprendente que parezca, yo no tenía coche, ni siquiera tenía carnet, nunca lo había necesitado, mi pragmatismo me había llevado a ser un fiel usuario del tan denostado transporte público, para mí: cómodo y eficaz, y considerablemente más barato que tener un coche. Porque si cogemos papel y lápiz (o una calculadora si se prefiere) y echamos cuentas, nos daremos cuenta de lo poco rentable que resulta. Un coche de precio medio puede rondar los veinte mil euros, a eso hay que sumarle seguros, impuestos, revisiones, cambios de ruedas..., la gasolina aparte. El consumo en ciudad se dispara, y desde mi casa a mi antiguo trabajo podía gastar una media de cincuenta euros semanales, es decir doscientos al mes, por doce meses: dos mil cuatrocientos. Sumando todo lo mencionado, tener un coche supone un gasto de seis mil euros al año, frente a los menos de mil que cuesta mi abono transporte.

Al margen de valoraciones personales, el que Valentina fuera una chica de su tiempo y tuviera coche me parecía bien, que fuese, además, minúsculo, una forma literal de acercamiento. Ese tiempo de enclaustramiento forzoso era un regalo adicional, tendría la oportunidad de conocer un poco mejor a Valentina y ella podría conocerme a mí, aunque no estaba seguro de si esa reciprocidad me beneficiaba. Por primera vez desde que nos conocíamos nuestra conversación se podía desarrollar sin los altibajos producidos por mi agitada respiración. Por fin podíamos hablar como las personas normales, sentados uno junto al otro con la suave música que salía de la radio mediando entre nuestra charla. Después de contarle a Valentina los pormenores de mi origen, omitiendo algunos detalles poco edificantes ocurridos durante mi mocedad y que tenían que ver principalmente con la mala baba de mis compañeros de colegio, ella hizo lo propio con la suya, pero en su caso sin omitir nada. La suya había sido una adolescencia normal, casi todos sus problemas tenían una relación más o menos directa con el exceso de hormonas típico del desarrollo: los disgustillos producidos por el acné, los enamoramientos fugaces y los enconados pulsos mantenidos con sus progenitores. Todo terrible para la mente volátil de una quinceañera, pero nada que ver, en cualquier caso, con las burlas derivadas de mi aspecto de conguito y la chaladura enquistada de mi pobre madre. Pude ver una leve humedad brotando de sus hermosos ojos, una suave película que los hacía brillar aumentando aún más su belleza. Entre los sentimientos que uno espera despertar en una dama no se encuentra precisamente el de la conmiseración, así que traté de escabullirme de tales emociones cambiando de tema. Y puesto que ni mi pasado ni mi presente resultaban

dignos de mención, me decidí por el futuro. Hablar de futuro suele significar hacerlo también de incertidumbre, y me atrevería a decir que en este caso lo era por partida doble, ya que se unían los de ambos, el suyo y el mío, a cual peor. Dos futuros asociados, inciertos y descaradamente convenidos.

—Quid pro quo —pensé en voz alta.

—¿Decías algo? —preguntó Valentina.

—No, nada. Cosas mías.

Antes de iniciar el viaje, Valentina me explicó los pormenores del mismo. Habíamos quedado con su hermano en Las Caldas, así se llamaba el pueblo, una vez allí nos enseñaría la casa y sus posibilidades. Lo único que yo sabía era que estaba dispuesto a dejarnos la casa sin cobrarnos nada hasta que tuviéramos el negocio en marcha, a cambio, nosotros realizaríamos las mejoras que fueran necesarias. Aunque me parecía un trato justo, ignoraba el alcance de esas mejoras. Yo no tenía ninguna experiencia en reformas, ni en restaurantes, ni en nada; ni siquiera, y según había constatado últimamente, en mi campo: la proctología. Con esas dudas más que razonables, pregunté a Valentina por su planteamiento, por si resultaba menos agorero que el mío.

—¿Qué tipo de restaurante tienes en mente?, de potajes y caldos de la abuela o de desestructurados y deconstrucciones.

—Pues, la verdad, no he pensado en nada. Supongo que estoy esperando a llegar a la casa para ver que me sugiere.

Su respuesta sin ser desconcertante fue al menos esclarecedora, me sirvió para hacerme una idea de en dónde me estaba metiendo. Al parecer todo iba a ser fruto de la improvisación, un terreno algo pantanoso para mi gusto, y no es que yo presumiera de planificador, ni tan siquiera de cauto, pero tratándose de algo tan importante hubiera preferido algo más de preparación. Después de todo, y según me aclaró Valentina al proponerme esta sociedad, yo me iba a encargar de las finanzas. Eso implicaba usar mis ahorros para afrontar los gastos que surgieran hasta poner en marcha el negocio, es cierto que entre esos gastos no figuraba el arrendamiento de la casa, algo de agradecer dadas las circunstancias, pero la falta de planificación esgrimida por mi socia me parecía cuanto menos inquietante, claro que eso era porque aún no conocía al hermano de Valentina.

Habíamos quedado a la entrada de Las Caldas. Su hermano insistió en ello para evitarnos un posible extravío, algo fuera de lugar si mirábamos en el mapa las dimensiones del pueblo. Después de abandonar la carretera principal nos adentramos por un sistema de cañones rocosos con paredes verticales que se alzaban varios centenares de metros por encima de nuestras cabezas. Procedentes de aquellas angosturas de vértigo desembocamos en un valle amplio rodeado igualmente en su parte más alta por roquedos afilados como dientes de sierra, quedando la parte baja inundada por las aguas azuladas y quietas de un pantano. Una bonita estampa según me indicó Valentina que alternaba la visión de la carretera con la del entorno en un frenético girar de su cuello. No es que yo fuera ajeno a los encantos del paisaje montañoso, pero después de pasar casi toda mi vida entre edificios tirando a feos, mi capacidad para apreciar

tales eventos estaba algo atrofiada. El pantano tenía un tamaño importante, varios pueblos se acurrucaban en sus orillas ofreciendo un discreto toque urbano al entorno; rural, lo llamaban. Tras cruzar algunos de aquellos pueblos, todos pequeños y semi abandonados, llegamos al nuestro, Las Caldas, no mucho mayor que los que habíamos dejado atrás, aunque en éste al menos se podía apreciar cierto grado de actividad. Para asegurarse el encuentro, el hermano de Valentina nos citó junto a la iglesia, sabedor de que en este país las iglesias son iconos de reconocibles hechuras y por estar ésta en concreto a la entrada misma del pueblo en un lugar preferente. Era pequeña, hecha con la piedra caliza que no faltaba en la comarca, románica, de una sola nave y espadaña bien visible en lontananza. Tenía adosada una fuente con pilón y a su lado un tejo, árbol imponente de tronco enrevesado y fronda color verde oscuro que arrojaba una sombra espesa sobre el chorrillo. Un árbol viejo que competía en edad y en altura con la propia iglesia. Bajo su campanario esperaba Leo, el hermano, recostado sobre su coche, un Ford Mondeo algo destartado. Vestía un chándal de color verde botella con rallas blancas marca Adidas con un enorme logo bordado en la espalda, del cuello le colgaba una gruesa cadena de oro (parecía un proxeneta rumano). Después de fundirse ambos en un fraternal abrazo y de la posterior presentación, noté la primera muestra de afecto hacia mi persona.

—No me habías dicho que era negro.

Valentina obvió el comentario, yo lo mismo, o más. Leo, claramente inquieto, y sin añadir nada a lo dicho, se subió al coche indicándonos con un gesto que le siguiéramos. Así lo hicimos durante poco más de doscientos metros. En el primer cruce y haciendo esquina se ubicaba la casa. Era un edificio de dos plantas con ventanas pequeñas cubiertas con postigos de madera, cornisa con voladizo y cubierta de cuatro aguas con tejas de barro rojo; tenía la fachada pintada de blanco, desgastada y sucia por el paso del tiempo, pero todavía de buen ver. Un rotulo anunciaba el nombre que Leo dio al establecimiento durante su escaso periplo a bordo: el Barecito; nombre que, como él mismo nos aclaró, pensaba cambiar por Ecologicenter, ya que su intención era convertirlo precisamente en eso, aunque su idea quedó truncada a posteriori al quitarse de en medio la que debía ser compañera, a la que se refirió como: "esa mala puta", en la aventura naturista. Siguiendo con el examen visual me fijé en el cerramiento de la finca: una valla de hierro rematada con puntas de lanza, algo oxidada pero funcional, rodeaba la propiedad por uno de los lados delimitando un terreno de unos quinientos metros cuadrados con algunos árboles que no supe identificar. La primera impresión no fue mala, la casa tenía un aspecto robusto y no se apreciaban desperfectos en su estructura, claro que yo no entendía nada de estructuras, como se vería más tarde.

Leo nos invitó a pasar dentro de la propiedad iniciando un recorrido que podría calificarse de antinatural ya que lo hicimos por la parte trasera en lugar de hacerlo por la delantera, como hubiera sido preceptivo. Lejos de poner yo ninguna objeción a su labor de guía, me dispuse a mirar, para

eso estábamos allí. Valentina iba delante mostrando un entusiasmo fingido, yo detrás, sin mostrar nada excepto mi permanente admiración por esa parte de la anatomía situada al sur de la espalda y que en el caso de mi socia alcanzaba una perfección que habría hecho palidecer de envidia a la mismísima Venus de Milo. Empezamos viendo eso que un día pudo ser un jardín, hoy plagado de trastos, hierbajos y escombros. Limitaba en uno de sus lados con la carretera por la que habíamos llegado, por el otro con un río, no muy caudaloso, pero con un porte suficiente como para albergar entre sus aguas buenas truchas arco iris. Un tercer lado lindaba con la propia casa, y puesto que la parcela era triangular, no había más lados que contar. En el vértice del triángulo se adivinaba una piscina, o sus restos fósiles, herencia de los antiguos propietarios. En su interior había de todo menos agua: más trastos, más hierbajos y más escombros; había, además, una enorme cantidad de cables eléctricos quemados; la razón que esgrimió el hermano para justificar esa pila funeraria, fue el intento de liberar el cobre de su cobertura plástica, no añadió nada más. Como consecuencia de la incineración quedó un amasijo ennegrecido y maloliente que la lluvia había extendido por todo el fondo como el vertido de un petrolero. Pregunté si sería posible recuperarla para su función primigenia, la de nadar; contestó que lo dudaba y añadió con cierto optimismo que echando un poco de tierra encima se podría convertir en un laguito, más acorde con su idea de establecimiento rural y considerablemente más barato. Asentí, sin entusiasmo ¿qué otra cosa podía hacer?

—¿Seguimos? —dijo Leo. Una afirmación más que una pregunta. Y así lo hicimos, manteniendo la fila que de una forma totalmente espontánea habíamos formado; en primer lugar Leo, detrás Valentina, y por último yo, a cola para tener una mejor perspectiva de todo. Desde ese patio trasero pasamos al interior de la casa, concretamente a la cocina, pude ver como la cara de Valentina se iluminaba, entrábamos en su territorio. En este caso no hubo sorpresas, lo que constituía una sorpresa en sí, la cocina estaba razonablemente nueva y dotada con todo lo necesario para un uso profesional, incluida una gran cámara frigorífica para guardar alimentos. Leo nos explicó que fue, precisamente ahí, en donde gastó el dinero que tenía previsto gastar. Alicatados hasta el techo, brillante mobiliario de acero inoxidable, cocina industrial con cuatro fuegos y horno; microondas, batidoras, cazuelas y sartenes; todo el aparataje en suma que se espera en una cocina moderna. Valentina se paseaba arriba y abajo por los treinta metros cuadrados de la estancia, haciendo cálculos mentales de sus posibilidades, mientras, yo escrutaba inquisitivamente contenido y continente, intentando cumplir con mi papel de socio capitalista. Abrí y cerré repetidamente los armarios comprobando la solidez de las bisagras, una mueca de aprobación se perfiló en mi cara, funcionaban bien. Di golpecitos en las encimeras, incluso me asomé por debajo en busca de algún defecto en el ensamblaje, como si yo fuese capaz de detectar tal cosa. Del mismo modo abrí uno de los grifos del fregadero para comprobar el flujo de agua, después de un largo e inquietante sonido parecido al lamento de un dinosaurio, salió un hilillo de

agua color chocolate, tras unos borbotones espesos cesó, Leo se acercó, cerró el grifo malhumorado y con un gesto nos indicó que le siguiéramos, no hizo ni el más mínimo comentario sobre la ausencia de un líquido tan fundamental como es el agua. Volvimos a salir al patio trasero, lo cruzamos sorteando cajas vacías de Trinaranjus, botellas de butano y restos de mobiliario cuidadosamente fragmentados, todo dispuesto aleatoriamente, es decir: tirado sin más. Al fondo, una escalera de dos tramos nos condujo a una habitación aislada del resto de la casa, por fuera se veía desangelada y fría, si alguien me hubiera preguntado habría dicho que era siniestra. Leo insistió en enseñarnos esa habitación, llegué a pensar que nuestro anfitrión no difería de mi apreciación, pues no dudó en calificar la habitación de especial, pero me equivoqué. ¿Especial? sí, sí que lo era, no tanto por el espacio como por el uso que se le dio. En ella había instalado un karaoke, y puesto que la habitación era espaciosa, se pudo aprovechar para una doble función utilizándola también como sala de baile, baile de salón, apostilló Leo, su favorito. ¿Chocante?, es posible, pero ¿quién era yo para juzgar los gustos de nadie? Al abandonar la estancia noté como suspiraba, sin duda había pasado allí buenos ratos y se le agolparon los recuerdos. Yo, por mi parte, traté de no evocarlos y respiré con alivio cuando salimos por fin de tan infausto escenario. Que mi aspecto no llame a engaño, no me gusta cantar y mucho menos bailar, y no es el mío un rechazo específico al Tango, el Valls, el Chotis, o lo que quisieran bailar allí, no me gusta ningún tipo de baile. Mi gen regresivo ignoró por completo esa facilidad para los ritmos tan propia de los de mi raza, y yo, que siempre he sido poco inclinado a hacer el ridículo, lo celebro. Puede que no sienta lo mismo al respecto de otros tópicos que se nos atribuyen, pero, nadie es perfecto.

Rodeando la casa salimos a la calle para entrar de nuevo, ahora sí, por la puerta principal, la que daba acceso al bar. Al entrar tuve una sensación extraña, era como realizar un viaje en el tiempo, a un pasado no muy lejano. A pesar de encontrarnos en el norte de España, ese bar era exactamente igual a los que yo había conocido en mi niñez, en la profunda ancestralidad de mi pueblo manchego. La barra, las mesas, las sillas..., todo tenía un aire familiar, con abundancia de formica y skay, materiales que por mor de la síntesis imitaban con generoso fulgor maderas y cueros otorgándoles colores surrealistas. En cualquier caso, todo allí ostentaba un brillo opaco y mortecino, producto de un acusado desgaste por tanto fregoteo. Ahondando en ese viaje al pasado percibí con una nitidez cristalina el tufo de la lejía, un olor perenne que pugnaba con los restos de otros de remota presencia: naipes ensebados, Farias a medio fumar, vino bodeguero derramado sobre la madera reseca..., olores que aún perduraban incrustados en los arrabales de mi memoria. Las paredes forradas parcialmente, a modo de friso, con unos azulejos inclasificables, equilibrada mezcla de tradiciones sevillana y... ¿zulú?, que se alternaban ofreciendo al cliente decoración y desconcierto. Desde la cenefa que remataba el friso subían hasta el techo tiras de papel pintado, sus grecas de enrevesado diseño sepultaban sin pudor cualquier atisbo de buen gusto, y sobre ellas, contribuyendo al caos cromático: cuadros de caza

con ciervos majestuosamente abatidos por perros podencos, banderines del Real Madrid, colecciones de botellas de anís, pedazos semidantescos de animales disecados que en su deterioro parecían extintos o mitológicos, y en medio de ese pretérito desbarajuste, una máquina expendedora de tabaco con los símbolos inconfundibles de los Ideales, de los Celtas y de los Ducados; iconos de un tiempo pasado no necesariamente mejor, todos presentes tras el velo apenas visible de un cristal en ruinas. En conjunto, una monada. Yo lo pensé. Valentina no sé, aunque no dijo nada; no así su hermano, que imbuido en ese ambiente mágico se lanzó a una vehemente perorata. Nos contó los pormenores de su andadura en el Barecito, un tránsito corto pero intenso, según su opinión. Lidiaba a diario con los del pueblo, buena gente, dijo; trabajadora, de campo, rudos, todos con sus conflictos y todos dispuestos a ahogarlos con caldos de la más variada procedencia, los más demandados: los de generosa graduación. Con esas urgencias era fácil predecir cómo acababan sus parroquianos: borrachos como cubas y vociferando al son de las partidas de cartas y el dominó. Leo presumía de saberlos llevar, incluso se jactaba sin modestia de haber mejorado sus vidas siendo paciente y escuchando sus lamentos beodos como un terapeuta escucha las penas de los traumatizados pacientes. Los fines de semana su clientela variaba un poco, de la capital llegaban hordas de cazadores pertrechados con lo último en armamento para la aniquilación selectiva de liebres, perdices y palomas torcaces. Tras la matanza acababan todos en el Barecito, allí comparaban el porte de las piezas cobradas y también el largo de sus respectivos cañones; esto último era, al parecer, un chascarrillo de cazadores, según me explicó Leo al oído para que su hermana no lo escuchara; lo hizo con un guiño que no supe interpretar. Paradójicamente, el que otrora fuera hippie trasnochado estaba encantado con su clientela, lo que no dejaba de ser sorprendente dados sus antecedentes como adalid de la vida alternativa (no quisiera criticar ese cambio, yo mismo estuve vinculado a esos movimientos y tampoco cuajó). El tratar con los cazadores le había abierto los ojos, pues aseguraba haber estado ciego. Esas charlas hasta altas horas de la madrugada sobre temas cinegéticos le fascinaron tanto que acabó comprando una escopeta, y los que fueran clientes pasaron de la noche a la mañana a ser colegas. Vivir para ver. Sí, ya me había comentado Valentina que su hermano era un poco raro, y sí que lo era sí, pero quizá ese adjetivo tan ambiguo no le acababa de hacer justicia. No fui consciente de ello hasta que, siguiendo con el recorrido, llegamos al comedor. Era un espacio de unos cuarenta metros cuadrados que se comunicaba con el bar a través de un pequeño pasillo, allí, además de las consabidas sillas y mesas a juego con las que ya viéramos en el bar, había un elemento decorativo que captó poderosamente mi atención: las paredes estaban cubiertas por textos cuidadosamente enmarcados. Por sus hechuras deduje que eran poesías, mis conocimientos no alcanzaban para saber si aquellos eran sonetos, redondillas o versos alejandrinos, pero al acercarme un poco más para curiosear, escuché a mi espalda la voz de Leo adoptando el característico tono del que recita. Lo que decía

coincidía con lo que yo tenía delante ¡vaya!, pensé, se lo sabe de memoria, nuestro anfitrión es aficionado a la poesía. No sabía hasta que punto, pues todo lo que llenaba las paredes, no sólo del comedor, también en los aseos, eran obra suya: Leo era poeta. De esa concomitancia con los dioses de la poesía, Bragi o Apolo (habrá más, seguramente), surgieron como por ensalmo cientos de rimas; ordenadas y cuidadosamente enmarcadas se podían ahora contemplar y leer a expensas del antiguo ventero. ¡Gratis, yo no trafico con el arte!, dijo reivindicando con vehemencia algo, no sé muy bien qué. Vi de reojo a Valentina, gesticulaba sin entusiasmo dándome a entender que no lo dejara estar, así que me apresuré a decir que estaría encantado de leerlas más adelante, para estar más tranquilo y poder disfrutarlas mejor. En la facultad de Medicina toqué de una forma superficial la psiquiatría y sabía que la mejor forma de tratar a un loco era siguiéndole la corriente, y así lo hice. Leo estaba como una regadera.

Y siguiendo con la visita ¿para qué abundar en detalles?, tan solo diré que el resto de la casa no deparaba sorpresas. El piso de arriba tenía unas habitaciones disponibles para la clientela, no para su alquiler como yo pensé y hubiera sido previsible, no. Las habitaciones se cedían cortésmente a los clientes más perjudicados para que pudieran dormir la mona si llegaba el caso, y por lo visto llegaba a menudo. A pesar de tener un aspecto que difícilmente invitaba al descanso, todas las habitaciones tenían en la puerta un cartel hecho a mano que anunciaba su nombre, a cual más sugerente: "Botticelli", "Raphael", "Leonardo"... , no sabía si pretendía homenajear a los ilustres pintores o a las tortugas ninja. En cualquier caso las alusiones al arte se quedaban en los nombres, a no ser que la diversidad cromática que surgía de las manchas de humedad, las texturas cambiantes de los mohos y el mobiliario improvisado a base de objetos confusos, obedecieran a alguna tendencia de arte moderno que yo desconocía. Toda esa planta estaba tan deteriorada que parecía el escenario de un holocausto nuclear.

—Esto, con cuatro arreglillos queda como nuevo y a los clientes les encanta subir aquí arriba a echar una siestecita después de comer —y lo peor es que seguramente era cierto.

Con ese comentario postrero dimos por finalizada la visita. De allí nos fuimos a dar una vuelta por el pueblo, no había mucho que ver, pero nos pareció un buen plan a falta de otro mejor. Durante el corto paseo pude observar un trato distante entre los hermanos. Valentina no me había hablado apenas de su relación con Leo, en cualquier caso el hecho de cederle su casa para que montara un restaurante me parecía un gesto muy loable por su parte. Yo asistía al encuentro como un invitado de piedra, sí, es cierto que era el socio, aunque ni yo mismo me lo creía mucho. Sabía que mi vecina me estaba utilizando y no me importaba, es más, me encantaba, pero en algún momento tendría que dar mi opinión sobre todo aquello. Mientras eso llegaba me limité a observar y escuchar para así sacar mis propias conclusiones, y de esa forma me pude enterar de algunos detalles que me ayudaron a conocer mejor a nuestro anfitrión. Al igual que yo hiciera con mi nombre, Leo también había acertado el

suyo. Al principio y no sé por qué, quizá por sus inquietudes artísticas, di por sentado que se derivaba de Leonardo; pero ese *Leo* resultó ser el acortamiento de Leoncio, nombre impuesto al nacer como homenaje a un abuelo paterno natural del Bierzo. Las chufas que tuvo que soportar de niño a cuenta del nombrecito forjaron en gran medida su personalidad. El haber compartido una infancia difícil podía contribuir a que yo sintiere una mayor empatía hacia él, pero que va, ni por esas. Leo trabajaba como funcionario, eso ya lo sabía, no obstante, pude aumentar mis conocimientos con un nuevo dato: nuestro amigo era inspector de hacienda; un trabajo que, una vez superada su etapa hippie y según nos refirió, le empezó a cautivar hasta el punto de presumir de ser de los mejores. Aquello me perturbó un tanto, así que preferí no preguntar en qué consistía exactamente esa presunción, aunque supuse que ser bueno en ese campo implicaba aceptar el dualismo absoluto, es decir: ser bueno y malo al mismo tiempo. Supe también que no tenía muchas aficiones, ni siquiera hacía deporte, a pesar de lucir un chándal tan vistoso. Leo era soltero y tras su etapa en el Barecito volvió a vivir en casa de sus padres. Pasaba casi todo su tiempo libre en una biblioteca pública aumentando su cultura; eso es muy meritorio, le referí, él ignoró mi comentario y añadió que se preparaba a conciencia para poder participar en un concurso televisivo de mucho éxito. Ahí, ya no supe que decir. Valentina se revolvía nerviosa con la charla de su hermano y propuso ir a tomar un café.

—El único sitio para tomarlo es el Balneario, pero no sé si os va a gustar, es un poco finolis.

Después de conocer el tipo de clientela que había tenido el Barecito, di por sentado que las personas normales serían para él raras, así que el término finolis se podría encuadrar dentro de esos parámetros. Es cierto que al principio me preparé para cualquier sorpresa, pero al llegar al Balneario se disiparon mis dudas, aquel era un establecimiento de lo más digno.

Elegante y con una acertada mezcla de estilos, allí se combinaba lo moderno y lo rústico con muy buenos resultados. Incluso su clientela gozaba de esa miscelánea, aunque en este caso, y por esa misma razón, los resultados no eran tan alentadores. Nada más entrar en el local reparamos en que, además de hotel y restaurante, ése era el único bar del pueblo. Todo ello sin olvidar su función como lugar de baño favorecido por unas excelentes aguas ferruginosas; aguas que, aunque apestaban lo suyo, gozaban de unas características idóneas para el cuidado de la piel, amén de otras dolencias. Pero era la zona destinada al bar, como digo, la que tenía esa particularidad tan especial que habría sido impagable para un antropólogo. En ese crisol se concentraban algunos miembros de nuestra poliédrica sociedad contemporánea, quizá un espejo en donde mirarse. Convivían en precaria armonía gentes de todo tipo, desde urbanitas adinerados que buscaban el beneficio de las aguas termales, hasta mochileros que se pateaban los alrededores subiendo montañas, descendiendo barrancos o surcando ríos sobre inestables embarcaciones. Junto a todo ese maremagno y destacando sobre manera, los autóctonos, los mismos que con anterioridad frecuentaron el Barecito y que ahora,

tras su cierre, desahogaban sus penas en la barra del Balneario. Varios de estos parroquianos se apresuraron a saludar a Leo.

—Coño, Leo, tú por aquí. Hay que ver cómo nos has abandonado. Con lo bien que estábamos en tu bar. A ver cuando te dejas de tonterías y lo abres otra vez, ¿dónde vas a estar mejor que aquí? —Leo no nos había engañado, realmente existía una gran afinidad entre ellos.

Después de varios palmetazos en la espalda nos vimos rodeados por media docena de paisanos enfundados en monos de trabajo con los distintivos de piensos compuestos y fertilizantes bordados en la pechera. El suave aroma del campo les envolvía como un aura celestial. A pesar de ser temprano llevaban consumidos varios botellines de cerveza, y se notaba pues tardaron casi un minuto en percatarse de la presencia de Valentina, algo que demostraba una clara merma en sus facultades. Pero cuando lo hicieron...

—¿Y esta preciosidad?, ¿de dónde te has sacado esta moza, bribón?

—No os paséis, que es mi hermana pequeña.

Ese comentario bastó para que recularan, mostrando de pronto un recato rayano en la admiración. Qué guapa y qué simpática, ¿de visita?, esto es muy bonito, y muy sano y lo bien que se come, aquí tenemos unos chorizos, tienes que probarlos, mujer, que estás muy flaca, verás que bien te sientan, ¿entonces?, ¿qué?, ¿de visita?, qué guapa y qué simpática. Cuando acabaron con la retahíla se quedaron de pie mirando en silencio, esperando alguna reacción por parte de Valentina. Resultaba curioso cómo al anunciar el parentesco su actitud para con ella había mudado hacia algo parecido al fervor religioso. En los pueblos pequeños perduraba una regla no escrita que parecía condicionar el trato a los familiares femeninos de un amigo: madres, hermanas y esposas, eran intocables. La fragmentación maniqueísta seguía fuertemente arraigada en algunos sectores de la población, sobre todo la rural; la mujer: o santa o puta. Una sentencia que sonaba como una reminiscencia de una época no muy lejana. Resultaba igualmente curioso que nadie hubiera reparado en mi presencia, tampoco Leo se había molestado en presentarme. Me dio por pensar si no habría algún tipo de animadversión hacia los de mi raza, pero seguramente serían cosas mías. Estuvimos confraternizando con los paisanos durante un rato, algo muy conveniente según nos refirió Leo; hay que tratarlos bien, que estos son buenos clientes, dijo tras anunciar a los presentes nuestra intención de reabrir el Barecito. Media hora más tarde teníamos una buena colección de botellines vacíos a nuestro alrededor, de los cuales, al menos a media docena había dado cuenta yo. Si el encargado del Balneario me hubiese ofrecido una habitación en el piso de arriba para echar una siesta, la hubiese aceptado sin dudar; quizá Leo no estaba tan desencaminado. La cuestión es que tras ese ejercicio de intrusismo en las tradiciones ajenas, Leo anunció que tenía que marcharse sin precisar dónde y nosotros aprovechamos para hacer lo mismo. La despedida fue farragosa, los paisanos no aceptaron de buen grado la marcha de los hermanos, no tanto la mía, pues seguían ignorándome. Pero al final logramos salir de allí con alguna promesa de volver flotando en ese aire cargado de efluvios etílicos; entrañable. Nos despedimos

igualmente de Leo, una despedida sorprendentemente corta dadas las circunstancias, dijo que si se daba prisa aún podía encontrar abierta la biblioteca, tenía mucho que aprender. Así era él, anteponía sus ansias de saber al goce de la familia y los amigos.

Nos quedamos solos en mitad de ese pueblo aislado del mundo, rodeados por una naturaleza insultante. Es cierto que no sabía que pensar de todo aquello, el surrealismo nunca había sido mi fuerte, no obstante no me sorprendieron las palabras de Valentina cuando dijo: ¿Qué?, ¿nos lo quedamos? Quizá fue más sorprendente escucharme a mí mismo respondiendo: Por supuesto.

Los pormenores.

Aunque la cordura dicta meditar con detenimiento las cuestiones importantes de la vida, y lo contrario significa obrar con locura; aquí estaba yo, dejándome llevar por un impulso próximo a esa anomalía para complacer a Valentina, una mujer a la que apenas conocía y con quién ni siquiera me estaba acostando (qué más quisiera yo).

—¿Tú estás loco?

La pregunta tenía tintes de afirmación. Su autor era Ruiz, un amigo. Sí, un amigo, no tenía muchos así que, por el momento, Ruiz era la única persona que conocía mis intenciones, y viendo su reacción seguramente seguiría siendo el único.

—¡Joder!, Man, que tienes cincuenta años. Esto es un calentón de adolescente. Te vas a pulir los ahorros en un negocio del que no tienes ni idea y con una mujer a la que apenas conoces; y ni siquiera te la estás tirando —le había puesto al corriente de algunos detalles, ahora me arrepentía.

—Bueno, no adelantemos acontecimientos, quiero decir que ya tendré tiempo para conocerla y de lo otro... ¿por quién me has tomado?, yo no acostumbro a tomar las decisiones con el pito. Además, mi situación laboral empieza a ser preocupante. Quizá no sea tan mala idea esto de la hostelería —ni yo mismo me lo creía.

Mi relación con Ruiz venía de antiguo. Nos conocíamos desde la Universidad. Mi amigo era arquitecto técnico, o sea perito, o aparejador, nunca entendí la correspondencia de estas palabras con la arquitectura. La crisis también se había cebado con él, el sector de la construcción era de los más perjudicados tras el pinchazo de la burbuja y ni los técnicos se habían librado de sus efectos devastadores. Mi amigo sobrevivía gracias al sueldo de su mujer, funcionaria del estado, con eso y con algún proyecto esporádico, casi siempre para pequeñas reformas en viviendas particulares, iban tirando. Por eso cuando le pedí consejo para acometer la obra de el Barecito se mostró entusiasmado.

—Pero, ¿cómo se te ocurre meterte en una obra sin saber?

—Bueno, para eso te tengo a ti, ¿no?

—Mira, si al final te ayudo, y no he dicho que vaya a hacerlo, es para que no la cagues, pero sigo pensando que es una locura.

Yo sabía que Ruiz me ayudaría. Así que, ¿para qué insistir? Me daría la brasa un poco más y después se involucraría como si fuese algo suyo.

Quedamos en vernos en unos días, cuando estuviésemos en disposición

de acometer el proyecto. Antes de llegar a ese punto necesitaba concretar algunas cosas con Valentina: temas legales relacionados con esa sociedad en ciernes que se estaba fraguando; porcentajes, responsabilidades, compromisos..., así que bajé a su casa para hablar del tema. Le propuse visitar a un asesor para que nos pusiera al corriente de esa parte del mercantilismo que nos era ajena, mi vecina me atendió sin mucho entusiasmo, de vez en cuando soltaba algún monosílabo, supongo que para hacerme ver que seguía allí. Al final soltó un —vale, vale—, y me dijo que podíamos hablarlo mientras recogía sus cosas. Su intención era dejar el piso inmediatamente para ahorrarse el alquiler, le dije que eso estaba muy bien, teníamos que reducir gastos, también le pregunté que dónde pensaba vivir mientras tanto y ella me contestó con total naturalidad. —¿Dónde va a ser?, en tu casa.

Dicho y hecho. Veinticuatro horas más tarde Valentina se instalaba en la habitación de invitados, eufemismo que definía a duras penas el cuarto abarrotado de trastos en donde tendría que alojarse. Tuve que emplearme a fondo para recuperar la habitabilidad que ahora requería. Después de un par de horas trajinando di por bueno el espacio resultante. En realidad el cuarto no había cambiado mucho, tan sólo los objetos que contenía, cuya disposición pasó de ser horizontal y rastrera a vertical, una especie de Tetris que llegaba hasta el techo en precario equilibrio. No llegué nunca a los extremos del tal Diógenes, pero eran muchos años de acumular cosas que una vez alcanzada la categoría de inservibles se iban amontonando en dicho cuarto. Durante el zafarrancho descubrí una ventana oculta tras un armario, no recordaba su existencia, de hecho la ignoraba por completo. En cualquier caso fue algo providencial ya que proporcionaba una ventilación necesaria para su nuevo cometido. Valentina incorporó nuevos elementos a mi vida: su ropa, sus útiles de cocina, sus libros; incluso algunos de sus muebles como la cama, un futón que se estiraba sobre una especie de tarima recubierta de fibra de coco, todo ello colocado a ras de suelo en armonía con algo que me explicó y que, como es lógico, yo no entendí. Muy minimalista o zen, no sé.

De la noche a la mañana pasé de vivir solo a vivir con la mujer objeto de mis desvelos, no de la forma que yo hubiera querido, pero no tampoco era cuestión de ponerse tiquismiquis. A pesar de todo me sentía afortunado, Valentina era una mujer con un culo increíble (sí, ya sé que lo repito mucho, tengo una obsesión por los culos que roza lo enfermizo) y a partir de ese momento tuve ocasión de contemplarlo sin muchos impedimentos, ya que Valentina acostumbraba a pasear por la casa en braguitas. Yo, lejos de recriminarle su actitud, la aplaudía, si bien es cierto que ese hábito me producía un creciente desasosiego que parecía estar relacionado con mi condición de macho ibérico, negro, sí, pero ibérico como el que más.

Desde que perdí mi trabajo estaba viviendo en un caos cuyo vórtice giraba justo en el centro de mi piso, yo no era el tío más ordenado del mundo, pero con la llegada de Valentina, ese caos lejos de normalizarse se incrementó; ropa sucia por todas partes, cacharros sin fregar en la cocina..., Valentina era un desastre, no había ninguna duda, y yo estaba

encantado. Se mirase por donde se mirase, mi nuevo caos era mucho mejor que el anterior.

Retomando el tema de la asociación, decidimos (en realidad lo decidió ella) no hacer nada por el momento. Legalizar todo aquello suponía unos gastos que nos podíamos ahorrar si, simplemente, confiábamos el uno en el otro. A falta de notarios, escrituras y demás oficialismos, me tuve que contentar con el gesto más universal empleado jamás entre dos personas: un apretón de manos selló nuestra sociedad. Un pacto de caballeros, un compromiso que se sustentaba en la honradez de los contrayentes. No es que yo me relacione mucho con sinvergüenzas, no más que cualquiera, pero basta ver a diario los informativos para darse cuenta de lo que tenemos a nuestro alrededor. Éste es el nuevo mundo que nos ha tocado en suerte, un mundo en el que algo tan sólido y rotundo como es la honradez se ha convertido en un concepto abstracto. Un comportamiento que debía ser inherente al ser humano, ha pasado a ser una rareza y el honrado: un bicho con tres cabezas y ocho patas que se encuentra en grave peligro de extinción.

Acogiéndonos a esta novedad de fiarnos del prójimo y considerar buena la palabra dada, firmamos (simbólicamente) un contrato de alquiler con Leo. En esta ocasión ni siquiera hubo apretón de manos ya que este acuerdo tripartito se hizo por teléfono. Quedamos en esto: al principio no tendríamos que pagar nada, correríamos con los gastos de las obras y una vez el negocio estuviera en marcha ya se acordaría un precio conveniente para ambas partes. Con el tema contractual zanjado, no tenía sentido demorar más el proyecto, de manera que preparamos las maletas dispuestos a iniciar nuestra aventura. Así se podría definir. Yo metí en la mía unas mudas, unos cuantos pantalones, el mismo número de camisas, y alguna ropa de abrigo, lo que consideré necesario para combatir los rigores de un frío en ciernes. El invierno se acercaba y ni el cambio climático sería capaz de evitar su advenimiento. Y teniendo en cuenta el lugar adonde nos dirigíamos, un valle leonés rodeado de altas montañas, era previsible su dureza. Valentina también hizo su equipaje, quise suponer que pensaba en ese mismo rigor invernal, o lo temía más bien, pues al meter sus maletas en el coche comprobé con estupor que cuadruplicaban en volumen y peso a las mías. Su Fiat 500, tan mono, se vio de pronto rebosante cual cornucopia.

Este segundo viaje me sirvió para seguir conociendo a mi exvecina, socia y, desde ese momento, compañera de piso. Puesto que mi vida carecía de un interés especial, y lo poco que había ya se lo conté en el primer viaje, dejé que fuera ella la que llevase el peso de la conversación. A pesar de ser quince años más joven que yo, era evidente que Valentina había tenido una vida intensa, desde luego, mucho más que la mía, que era como poco anodina. Yo sabía, pues ella misma me lo dijo al conocernos, que llevaba viviendo en Madrid unos diez años y que antes estudio en la escuela de hostelería de su ciudad natal, León. Hasta ahí, había poco que lucubrar. Es cierto que ese resumen era excesivamente somero y cabía pensar que tendría matices. Y los tuvo, tantos que el viaje iba a quedarse corto para conocerlos todos. Empezó refiriendo algunos detalles de su

adolescencia, quizá por establecer un orden cronológico a la narración, y aunque no abundó en los mismos, fueron suficientes para darme cuenta de su precocidad. A los quince bebía como una esponja, fumaba como un carretero y gozaba de una sexualidad saludable con sus diferentes novios, había tenido varios, todos mayores que ella. Con tales destrezas era fácil presagiar que su rendimiento académico dejaría mucho que desear y también que esto último no le quitaría el sueño. Con diecisiete dejó definitivamente el instituto y se fue de mochilera con un libanés errante que conoció en una fiesta, viajaron por toda Europa y cuando este continente se quedó pequeño pusieron rumbo a oriente en busca de esas filosofías tan bonitas cargadas de simbolismos y flores en el pelo que nunca pasan de moda. Empezaron a alternar las prácticas religiosas con unos vicios más o menos pintorescos, infusiones, hongos y cosas por el estilo, alucinógenos que se podían considerar dentro de lo normal en ese ambiente anaranjado ya de por sí cuajado de alucinados. El problema vino cuando quisieron hacer viajes más duraderos y pasaron de las túnicas y los colorines a la sordidez de un submundo plagado de monstruos que no suele faltar en ningún rincón del mundo, menos aún en esas latitudes. Para conseguir algo más fuerte que té y setas, se metieron en un chanchullo con un holandés y un belga, dos crápulas que les ofrecieron un dinero fácil por llevar un paquete desde Bangkok a Ámsterdam. La cantidad que iban a cobrar les permitiría seguir con su ritmo de vida una temporada, pero una vez se disipó la nube en la que estaban envueltos, todo cambió. Valentina recibió la mayoría de edad rodeada de mujeres famélicas y desdentadas, autóctonas y foráneas, inquilinas todas ellas de una cárcel tailandesa. Estuvo encarcelada tres semanas acusada de tráfico de drogas, por fortuna ella no llevaba nada encima cuando fueron detenidos en el aeropuerto con quinientos gramos de heroína. A pesar de la declaración exculpatoria del libanés, que en un gesto de nobleza, o de colgado, la exoneró de todo, tuvo que permanecer en prisión hasta que fructificaron las gestiones realizadas desde la embajada española. Con eso y la intervención de un abogado tailandés especializado en sacar a extranjeros condenados por drogas, pagado por sus padres, logró salir de allí sin excesivas secuelas. Como experiencia podía pasar, pero fue tan traumática que se le quitaron las ganas de seguir viajando, en cualquiera de sus acepciones.

—Regresé a León dispuesta a ser una buena chica —dijo esbozando una sonrisa maliciosa. Yo le contesté que no era para tanto, una chiquillada. Tras ese comentario estúpido por mi parte, dejé que continuara, la cosa se estaba poniendo interesante.

Después del incidente y con la deuda adquirida con sus padres, lo del abogado costó una pequeña fortuna, no tuvo valor para contradecirles en su empeño de que volviera a estudiar. Y lo hizo, eso sí, en lo que ella quiso y como no quería estudiar nada, encontró en la Escuela de Hostelería un pasatiempo más que una obligación. Es verdad que pasado un tiempo le fue cogiendo el gusto y ya más centrada se especializó en cocina creativa, eso que luego se llamó *de autor*. Se podría pensar que Valentina se había rehabilitado, que se había convertido en una buena

chica tal como dijo; yo lo pensé, ¿por qué no? Pero la realidad era otra, al menos desde el punto de vista de los padres, ellos pertenecían a otra generación (no muy alejada de la mía, por cierto) y según su apreciación: fumar marihuana, beber tequila y follar como una loca no era, precisamente, ser una buena chica. Por esa razón, hizo lo posible para que no conocieran sus andanzas. Si en algo cambió realmente el carácter de Valentina, fue en la discreción, aprendió a ser discreta para evitarles el disgusto a sus padres y ellos, en base a la confianza mutua, le fueron condonando la deuda del marrón tailandés. Como la fórmula funcionaba bien aprendió a llevar una doble vida, en casa y en la Escuela era la buena chica que todos apreciaban, guapa y lista, y encima ahora buena cocinera, una joyita. Sin embargo, fuera de esos ambientes salía la chica rebelde y pizpireta, más comedida que en el pasado, ella misma lo reconoció así, pero dispuesta a disfrutar de la vida a su manera.

Yo no dije gran cosa, su narración estaba llena de alusiones a su intimidad que no encajaban en mi sencillo estilo de vida, me producía cierto vértigo. Sin ser un mojigato, bueno quizá un poco sí, ahora me daba cuenta, las cosas que me contaba no se ajustaban precisamente a mi idea de compañera ideal y candidata a madre de mis hijos; es un decir, claro, ese barco ya zarpó. Ese curioso pensamiento me trajo algún que otro recuerdo, tiempos pasados que no volverán ni falta que hace. Valentina no se parecía en nada a mi exmujer, eso me gustaba, desde luego, pero teniendo en cuenta las pocas mujeres que habían pasado por mi vida, el cambio era como pasar del cero al infinito (ya sé que Valentina no era mi mujer, pero todo el mundo tiene fantasías). No tengo costumbre de hablar de mi exmujer, con Valentina tampoco lo hice, no me apetecía. Llevaba separado más de quince años y aunque no fue una separación agresiva, tampoco la definiría como civilizada, lo dejaré en comedida. La cuestión es que oír hablar a Valentina de sus devaneos amorosos y sus excesos con el alcohol y las drogas me hizo recordar algunos aspectos de mi pasado. No pretendía comparar, no podría, lo cierto es que sin pretenderlo me vi escuchando su charla y pensando en mi exmujer al mismo tiempo, ¿curioso, no?

Raquel, mi ex, es médico o médica, ella lo sigue siendo. En realidad yo también, estar sin trabajo no te hace perder tus conocimientos ni tu título, sólo tu dignidad. Raquel trabajaba en el hospital La Paz cuando nos conocimos y según creo, sigue trabajando allí. El nuestro fue un encuentro fortuito, todos suelen serlo, pero en nuestro caso y al ser colegas cabría pensar en otra cosa. Aquello tuvo gracia, antes no me lo parecía, ahora se la empiezo a ver y eso sí que tiene gracia. Una noche, después de una opípara cena con unos amigos, acabé en urgencias. Tuve una reacción alérgica causada, al parecer, por unos mejillones. Se me puso la cara como la de un boxeador aficionado después de una pelea con Mike Tyson. Raquel estaba de guardia esa noche y tras una espera razonable pasé a su consulta, al verme hizo un gesto como de asco, no digo que no estuviera justificada, pero empezábamos mal. Quizá fue una señal que no pude ver por culpa de mis ojos hinchados. Después de un examen superficial y las preguntas de rigor: ¿qué has comido?, ¿eres alérgico a tal o cual cosa?,

me inyectó una generosa dosis de Urbasón y me dejó en observación hasta que fuese remitiendo la inflamación. Cada media hora se pasaba para ver la evolución de mi cara, hasta que en la última, con unas facciones ya dentro de lo razonable, se le ocurrió hacer una broma: —Vaya, no eres tan feo —intenté reírle la gracia, pero todavía me tiraba la piel en la comisura de los labios. Por aquel entonces yo no estaba mal, como decirlo sin parecer presuntuoso, bueno, sólo eso, no estaba mal. Era joven, con estudios, un metro ochenta de estatura y el exotismo propio de los de mi raza; eso tenía, y lo que no tenía en aquella época no me importaba. Raquel se quedó después de su turno para asegurarse que la reacción alérgica había remitido por completo, yo pensé que se quedaba porque le gustaba. Lo cierto es que Raquel se tomaba muy en serio su trabajo y no se había planteado nada que trascendiese lo estrictamente profesional. Y yo, que solía equivocarme mucho con aquello de las señales, propuse ir a tomar un café convencido de que había ligado. Ella aceptó y yo lo interpreté como una nueva e inequívoca señal, volví a errar. Al salir de su turno se paraba en un bar cercano a tomar café, ni siquiera varió su rutina ya que entramos en su bar habitual. Debí darme cuenta al ver que el camarero se dirigía a ella por su nombre de pila, y ella hacía lo propio con el camarero; cómo estaría de obnubilado, que ni me fijé. Tras esa primera cita, que no fue ni cita ni nada, dejamos de vernos.

Valentina seguía con su animada charla, los kilómetros se sucedían a buen ritmo sin que mi compañera diese muestras de cansancio. Nuestra primera parada, obligada pues teníamos que poner gasolina, se produjo en la salida 102 de la AP-6, a la altura de Sanchidrián, no estaba seguro si estábamos en Segovia, Ávila o Valladolid (luego me enteré que en Ávila). Aprovechamos la parada para tomar un tentempié; podemos acercarnos al pueblo, dijo tras repostar. Eso implicaba dejar momentáneamente la autovía y recorrer dos o tres kilómetros por una vía de servicio hasta llegar al pueblo, algo que nos retrasaría y así se lo hice saber. No obstante, Valentina insistió, quería algo con más *glamour* que una gasolinera, un bar en condiciones, dijo, de pueblo, de los de toda la vida. Entendí que ese empeño podía obedecer a una deformación profesional, como futura propietaria de un restaurante querría fijarse en la competencia y sacar ideas de aquello que resultara interesante, y puesto que yo mismo me encontraba subido en ese barco, reflexioné y me pareció que esa demora podía estar justificada, además, bien pensado, no teníamos prisa por llegar a nuestro destino.

Entramos en el casco viejo, hasta el mismo centro de la localidad y una vez allí, tras de un ligero escrutinio, nos decantamos por una tasca rústica, con mucha piedra en sus muros y barricas de vino flanqueando la entrada. Aunque sólo llevábamos dos horas de viaje, la hora, pasaba de las dos, nos animó a comer algo más que un simple aperitivo antes de seguir. Pedimos una ración de tortilla, morcilla de Burgos y un revuelto de setas de cardo, todo regado con un Ribera del Duero crianza de buen paladar. Comimos y bebimos con moderación ya que aún nos quedaban al menos tres horas de viaje y una comida copiosa podía ser incompatible

con una conducción responsable, a mí como copiloto me daba igual, pero me producía cierta aprensión saber que Valentina andaba mermada de facultades. No fue así, como digo, apenas tomamos una copa de vino y las tres raciones no resultaron en ningún caso nada excesivo.

—Muy bueno el revuelto de setas —apostilló.

—Buenísimo —confirmé con total sinceridad.

Tras ese comentario esperé algo más, puede que algo alusivo a nuestro común proyecto, quizá contemplar ese manjar como parte del futuro menú en nuestro restaurante. Pero no, no dijo nada más. Nos tomamos un café, yo con leche, ella doble por aquello de despejarse para la conducción, y continuamos el viaje.

Salimos del pueblo para recuperar la autovía. Casi al instante, y sin que yo le instara a ello, Valentina volvió sobre el relato de su pasado, que sin ser tan escabroso como lo acontecido en Tailandia, no dejaría indiferente a nadie. Sus ganas de experimentar la llevaron a probar todo tipo de drogas y como las habituales ya las había probado, recaló en las de diseño. Enumeró algunas pastillas de las que no había oído hablar jamás, ni siquiera mis conocimientos en farmacopea pudieron ayudarme. De ese ambiente enrarecido se derivaba otro más sugerente, pero que igualmente acostumbra a desatar reacciones adversas entre los más conservadores. Ella sin hacerle ascos a nada se acostaba con chicos, con chicas, todos juntos o por separado, participaba en orgias o se complacía a sí misma con juguetes de envidiable envergadura. A medida que iba conociendo las aficiones de mi socia, más me alejaba yo de mis fantasías, es curioso cómo actúa la mente humana, al menos la de este humano. Tanto es así, que en lugar de escuchar su historia con una atención no exenta de morbo, dejé que mi mente siguiera divagando por los intersticios de mi memoria, comparando, o mejor dicho, compensando comportamientos que eran cuanto menos antagónicos.

Volví a ver a Raquel pasado un mes de nuestro primer encuentro, en esa ocasión el encuentro no tuvo nada de fortuito. Desde que tuve la reacción alérgica miraba los mejillones con cierta nostalgia. Ese rico molusco me había proporcionado la oportunidad de conocerla y de no ser por el riesgo que suponía un nuevo ataque que podría cerrarme la epiglotis con fatales consecuencias, me hubiera zampado con ganas una docenita de los mencionados bivalvos. Entonces se me ocurrió una forma menos lesiva de volverla a ver. A través de un compañero de la facultad que trabajaba como interno en el mismo hospital que Raquel, conseguí su número de teléfono. Puesto que soy de naturaleza pesimista no me hice muchas ilusiones, llamé, sí, pero convencido de que rechazaría la invitación con cualquier excusa, cuál no sería mi sorpresa cuando al otro lado de la línea escuché su voz diciendo: encantada. Quedamos en vernos al día siguiente para cenar en un *vegetariano*, fue idea suya, al aceptar le dije que cualquier sitio estaría bien, con tal de que no sirvieran mejillones. La broma no me pareció tan mala, por eso me extrañó su lacónica respuesta: es que yo no como animales. Llegué temprano, el restaurante estaba bastante lejos de mi casa y eso me obligó a realizar varios trasbordos de metro. El depender del transporte público supone que lo mismo llegas

tarde a una cita, que te presentas con una antelación desmesurada. Para compensar la espera fui mirando el menú, como era de esperar había un despliegue importante de ensaladas, legumbres, verduras y en general todo lo que solemos aprovechar de ese reino paralelo al nuestro como es el vegetal. Encontré una sección enfocada a carnívoros compulsivos, no era mi caso, pero eché un vistazo con curiosidad. Todos los platos de esa parte del menú estaban elaborados con soja, se incluían hamburguesas, lasañas, canelones y otros platos que tradicionalmente se elaboran con carne picada. Aquello no dejaba de tener gracia, ya que eran más abundantes los platos de imitación que los puramente vegetarianos. Pregunté al camarero si tenían cerveza y me dijo que sí, pregunté si ésta era normal y al ver su cara comprendí que quizá no tenía tanta gracia como yo había pensado, en aquella época pensaba que era gracioso, pero se ve que no. Estaba saboreando mi cerveza normal cuando por la puerta apareció Raquel, giró la cabeza de izquierda a derecha realizando varios barridos por la sala, no había mucha gente y yo me encontraba dentro de su trayectoria, no entendía por qué seguía mirando de un lado a otro. Opté por levantarme para hacerme más visible, incluso agité la mano para llamar su atención, de pronto vi como le mudaba el gesto y su cara escudriñadora pasó a ser una cara de desconcierto. Por fin se acercó hasta la mesa y al oír su comentario el desconcertado fui yo.

—Perdona, ¿he quedado contigo?

—Pues eso pensaba yo, pero empiezo a tener mis dudas.

—Pero, ¿eres tú el que me ha llamado por teléfono?, el de la alergia.

—¿Quién si no? —le dije sin salir de mi asombro.

Aún le costó unos segundos reaccionar y cuando lo hizo fue para deshacerse en disculpas aludiendo a su despiste. Me explicó que trataba muchas alergias en su trabajo y que al llamar dándole únicamente ese dato me había confundido con otra persona, otro alérgico, uno que por lo visto sí le gustaba. La situación le hizo tanta gracia que decidió quedarse a pesar del error. Yo decidí que me tragara la tierra, pero me tuve que resignar y permanecer allí con una sonrisa de total y absoluto idiota. Ya he mencionado que interpreto mal las señales, incluso aquellas que parecían salidas de un faro. Paradójicamente la cena fue bien, debo reconocer que la carne falsa no estaba tan mal. Al margen de lo puramente nutricional, que aunque considero importante no era en ese momento mi prioridad, diré que Raquel era una mujer atractiva. Tenía unas facciones marcadas que le daban carácter, gafas redondas de metal y una melena de pelo negro y rizado. Su forma de vestir era desenfadada, ropa amplia y colorida que escondía un cuerpo bien proporcionado, sin llegar a ser escandaloso en cuanto a curvas, se podía considerar un buen cuerpo, incluso su culo, parte de la anatomía femenina por la que, como ya ha quedado claro, siento especial predilección, estaba bastante bien. La conversación empezó como suelen hacerlo todas, desplegando un amplio repertorio de banalidades. Hablamos del tiempo, luego de la comida, de animales, no de los que se comen, de los otros; me preguntó si me gustaban y antes de que pudiera hacer un chiste que obviamente no habría tenido gracia, se contestó a sí misma: yo tengo un gato, un

siamés, ¡es más malo! En fin un poco de todo, nimiedades sin otro interés que el de ir rompiendo el hielo. Pensé que podíamos cambiar de tema, a ver si así la conversación fluía y se ponía más interesante, conseguí darle un giro definitivo cuando le dije que era proctólogo, empezó a reírse y a decir que era un tramposo o algo parecido. No supe a qué se refería, algo que se convirtió en una constante.

Después de aquella confusa cita tuvimos otras, y como el roce hace el cariño, pasados unos meses nos casamos, con gran sorpresa de propios y extraños. Yo aún sigo estando sorprendido por ello.

—Germán, despierta, estamos llegando —dijo Valentina agitándose como una hucha.

—Ah, bien, no estaba dormido —sí que lo estaba.

La idea inicial era empezar cuanto antes con la reforma, contratar un par de albañiles del pueblo, explicarles lo que había que hacer y una vez la cosa estuviese encarrilada regresar a Madrid. Después, con venir una vez cada quince días para controlar las obras sería suficiente. Como el Barecito no reunía las condiciones mínimas de habitabilidad, esa noche la pasaríamos en el Balneario, un poco caro, pero por un día, pensé. Había convencido a mi amigo Ruiz para que viniera a echar un ojo al edificio, por si él, como profesional, veía alguna cosa que nos pudiera interesar, pura formalidad. Ruiz estaba llevando una obra en Santander a la que iba una vez al mes, no solía trabajar fuera de Madrid, pero eran malos tiempos para los profesionales del sector de la construcción y no podía hacerle ascos a nada, así que aceptó el trabajo. Adelantó su visita mensual para coincidir con nosotros, unos días antes le expliqué sobre el mapa como llegar hasta el pueblo de Las Caldas, se tendría que desviar unos kilómetros de su ruta, en realidad bastantes kilómetros, refunfuñó un poco y como siempre acabó accediendo. Buen tipo este Ruiz.

Antes de dirigirnos al Balneario para el alojamiento nos pasamos por el Barecito, no había pasado mucho tiempo desde que estuvimos allí con Leo, pese a ello, tenía la sensación de estar rememorando algo que no era real, algo que parecía salido de un sueño, claro que también podía ser que siguiera amodorrado por la siesta que me acababa de echar en el coche. Leo quedó en dejarnos la llave en casa de unos amigos, una pareja de Oviedo instalados en el pueblo desde hacía unos años, regentaban un negocio de turismo activo, ya he mencionado lo excelsa que era la naturaleza en aquel valle. Leo nos explicó también que sus amigos eran unos profesionales de los deportes de aventura, entre sus ofertas estaba el piragüismo, el barranquismo, el senderismo, la escalada, las rutas en bicicleta de montaña, el tiro con arco y otras actividades de las que nunca había oído hablar como el teambuilding o el outdoor training. Durante el verano tenían mucho trabajo con los turistas más jóvenes y aguerridos, pero en esa época del año bajaba considerablemente el flujo de aventureros y se dedicaban a hacer jabones que luego vendían a través de internet. Su casa estaba saliendo del pueblo, pegada al río, tanto que a veces las crecidas se les metían dentro y tenían que tapiar la entrada principal y entrar por una escalera acoplada a la ventana del dormitorio en el piso de arriba.

—¡Hola! —gritó Valentina.

Unos segundos más tarde vimos una cabeza de mujer asomando por la ventana.

—¿Sí?

—Hola —repitió Valentina—, soy la hermana de Leo, creo que os ha dejado unas llaves para mí.

—Claro que sí, Leo nos dijo que vendrías. Pero no os quedéis ahí, subid. La invitación implicaba trepar por una escalera vertical hasta la misma ventana por la que se estaba asomando nuestra anfitriona, al parecer era época de lluvias. Dejé que Valentina subiera primero en contra de lo que dicta la buena educación, una regla no escrita (bueno, quizá sí que lo está) que determina el orden entre un hombre y una mujer para acceder a un lugar en función de dónde se encuentre éste, normalmente tiene que ver con el grado de inclinación de dicho acceso. Si es escasa o nula la mujer pasa primero, por ejemplo: la entrada a una casa o a un local. Si el acceso, por el contrario, está inclinado, por ejemplo: una escalera, es el hombre el que debe pasar primero para evitar miradas inoportunas que pudieran incomodar a la dama en cuestión. Siempre he pensado que algunas normas son ridículas, de todas maneras y en este caso en concreto, no fue idea mía. Ella se adelantó sin que yo pudiera hacer otra cosa que sujetarle la escalera observando sus evoluciones por si tenía que echarle una mano. Llevaba un bonito vestido. Después subí yo, algo más torpe, pero con suficiencia. Una vez dentro, la mujer nos mostró un lugar para acomodarnos, su propia cama, el mobiliario era escaso. Un niño de unos cuatro años dormía plácidamente sobre el colchón, eso nos obligó a tomar precauciones para no despertarlo, al menos yo me obligué, los niños no me molestan especialmente, siempre y cuando estén dormidos. El dormitorio era funcional, una cama, unas mesillas, un armario y una silla, había también un barreño y un montón de frascos por el suelo, deduje que eran los útiles e ingredientes que usaban para hacer los jabones y su presencia allí sería puramente circunstancial.

—Alberto llegará en un momento, ha ido a buscar leña para la estufa.

Ciertamente la habitación estaba caldeada, un tubo ancho de metal indicaba que la estufa se encontraba en el piso de abajo y gracias a esa chimenea la calefacción estaba garantizada en toda la vivienda, pequeña y muy acogedora según pudimos constatar, aunque de dudoso acceso. No nos habíamos presentado así que tomé la iniciativa.

—Yo soy Germán, aunque mis amigos me llaman Man, y ella es Valentina

—dije con un gesto de la mano que tal vez sobraba—, ¿y tú eres?

—Petra, y el renacuajo es Ciro —se apresuró a decir mirando a su retoño dormido.

—¿Ciro? —dije yo—, curioso nombre, poco común.

—Es verdad que no se oye mucho, por eso nos gusta.

—Fue un rey persa, ¿no?

—En realidad hubo varios reyes con ese nombre, pero fue Ciro II, fundador del Imperio persa aqueménida, el más importante de todos.

—Ah, qué interesante —le dije dando por sentado que el nombre de su hijo se debía al segundo de los ciros.

—Entonces, ¿Cómo prefieres que te llame, Germán o Man?

Le dije que Germán, y con el tiempo ya veríamos. Como no vi aparecer una sonrisa en su cara tuve que aclarar que se trataba de una broma. Definitivamente tenía que dejar de intentar ser gracioso, o serlo de verdad. En cualquier caso, prefería que me llamara Germán, dejar atrás el diminutivo me ayudaba a olvidar el pasado, era como si empezara de nuevo, partiendo de cero.

Valentina hizo buenas migas con Petra, es posible que esa empatía se debiese a su condición de fémina, puede incluso que la presencia del niño hubiese puesto en marcha su reloj biológico, aunque me costaba creer que mi amiga, socia y compañera de piso, se dejase embaucar por ese tipo de maquinaria. Pero si me preguntaba por el verdadero motivo de tanta afinidad, la respuesta no se hizo esperar. Petra sacó una cajita de madera primorosamente taraceada que contenía unos buenos cogollos de maría, dispuso unos papelillos, una generosa cantidad de cannabis de la mejor calidad y haciendo gala de la misma habilidad con la que elaboraba jabones lió un canuto de proporciones bíblicas. Dios los cría y ellos se juntan.

Fumar drogas nunca había formado parte de mis aficiones, ni siquiera de joven. Empezar ahora me parecía fuera de lugar, por eso, cuando Petra me pasó el porro y empecé a fumar, el único sorprendido fui yo. Me encontraba en un proceso de cambio, de aceptación, de adaptación, de dejar atrás viejos prejuicios, muchas cosas estaban cambiando en mi vida, desde luego, pero eso era algo que mis pulmones aún no sabían. Un violento ataque de tos me sacó de golpe de mis reflexiones, devolví el porro a Petra mientras Valentina me aporreaba violentamente la espalda.

—Muy buena esta mierda —dije entre toses. Lo había oído en alguna película.

A pesar de la tos, debí tragar suficiente humo como para que éste se mezclara con mi sangre a través del complejo entramado del sistema respiratorio, porque al cabo de un par de minutos empecé a notar la cabeza ligera, luego pesada y por último revolucionada, pues me daba vueltas a una velocidad de vértigo. Mientras mis amigas seguían fumando yo trataba de disimular ese torbellino mirando por la ventana. En eso estaba cuando apareció justo a su pie un individuo bajito, barbado y con una gran mochila a la espalda.

—Me echas una mano, colega —dijo, supuse que refiriéndose a mí.

No me vi capaz de articular palabra, de manera que le indiqué con un gesto que subiera y yo le ayudaría, si podía. Así lo hizo, con dificultad debido al peso de la mochila, que parecía importante, y a la verticalidad de la escalera, era obvio que la gravedad jugaba en su contra. En cuanto estuvo al alcance de mi mano le agarré de la parte trasera del macuto y jalé con todas mis fuerzas. Como consecuencia del jalón perdí pie, después barriga, que se apoyaba en el alfeizar de la ventana, y por último todo asidero posible. Aunque no recuerdo muy bien los detalles, sé que emprendí un vuelo corto pero suficiente como para envidiar la gracilidad de las aves y su facilidad para el planeo. Volé por encima del tipo de la mochila, sintiendo la brisa invernal acariciándome la cara, desde la

ventana hasta el suelo. Durante el vuelo pude contemplar maravillado el paisaje: las copas de los árboles desprovistas de follaje, las ovejas que pastaban la hierba fresca de la ribera, las casas del pueblo alineándose ante mis ojos, el río, las nubes y por último la propia ventana en la que, apenas unos instantes antes, yo estaba encaramado. Pude apreciar todo esto y más durante unos segundos, ora boca abajo, ora boca arriba..., dejando que mi cuerpo girase en el aire lo mismo que mi mente giraba unos metros por encima percibiéndolo todo con una nitidez asombrosa. Después me sumí en una oscuridad profunda y reparadora.

Me desperté con un terrible dolor de cabeza, lo cual fue una suerte, ya que de no haber sido por eso me habría percatado del fuerte dolor que como consecuencia del impacto tenía en la espalda. Todavía estaba un poco colocado, un efecto anestésico que también ayudaba a mitigar los efectos del golpe. Entre vaivenes de consciencia pude distinguir una sábana blanca cubriendo una camilla y a su lado, o sea a mi lado, una bata blanca con alguien en su interior. Como lo último que recordaba era que alguien me llamaba colega, por un momento creí que seguía en la ventana y que todo lo que había pasado era producto de mi imaginación auspiciada por los alcaloides de la marihuana.

—Colega, ¿cómo se encuentra?

La voz me llegaba cercana y lejana al mismo tiempo, todavía no era capaz de precisar a qué se debía ese desconcertante fenómeno. Forzando al máximo mi grado de percepción, me di cuenta que la voz pertenecía al tipo de la bata.

—Colega, dígame cuantos dedos tengo aquí —dijo el tipo colocándose unos dedos frente a la cara.

—¿Tres? —contesté confuso.

—Bueno, parece que va remitiendo la conmoción. De todas formas deberían llevarlo a un hospital para que le hagan pruebas más completas. Se ha llevado un buen golpe.

Aunque tardé un poco en darme cuenta, al final lo vi claro. Sí, me había caído por la ventana. El que hablaba era un médico, literalmente un colega, responsable de un pequeño dispensario en un pueblo cercano (Las Caldas carecía de servicio médico) a donde me llevaron temiéndose lo peor. Entre todos me explicaron lo del vuelo y posterior aterrizaje. La orilla enfangada del río amortiguó considerablemente el impacto, eso explicaba que no me hubiera roto la crisma y también los pegotones de barro que tenía dentro de las orejas.

—Hola, soy Alberto —era Alberto, el de la mochila.

Nos presentamos ya que antes no tuvimos ocasión de hacerlo, él de pie, yo recostado. Alberto era un joven de unos treinta años, no muy alto pero fornido, además de la frondosa barba lucía una abundante melena recogida en una coleta. El tipo parecía simpático, una de esas personas afables de sonrisa contagiosa. Llevaba al niño en brazos, al salir disparados para el dispensario lo cogieron todavía dormido y allí se había despertado tan aturdido como yo mismo. Miraba fascinado todo a su alrededor, sobre todo a mí; no paraba de repetir al oído de su padre, bajito pero perfectamente entendible: —papa, ese señor está calvo—. Es

curioso como su atención se centraba en mi brillante cabeza y no en el color de mi piel, estoy seguro que en un mundo de niños jamás hubiera existido el racismo.

Después de un tiempo prudencial determiné, lo hice autoevaluando mi estado, que estaba bien y no era necesario acudir a un hospital, tal y como había sugerido el médico. Pensé que bastarían unos analgésicos, antiinflamatorios y algo de reposo, para recuperarme del batacazo. Al despedirme de mi colega, le di las gracias sinceramente y le dije con mi mejor sonrisa: —bueno, si alguna vez necesitas un tacto rectal, no dudes en llamarme—, era un chiste de proctólogos; esbozó una extraña mueca y me dio la mano con recelo.

Regresamos a la casa del río, nuestros nuevos amigos insistieron en que nos quedásemos allí, no podían permitir que sus futuros vecinos se alojaran en un hotel, menos aún en uno tan pijo como el Balneario. Yo nunca me había considerado un pijo, y era difícil que alguien lo hiciera viendo mi aspecto, pero en ese momento no me hubiese importado mucho confraternizar con ellos en uno de sus lugares de reunión. Ni siquiera el aliciente de ahorrarme una noche de hotel me confortaba, cualquier cosa antes que dormir en una casa por cuya entrada acababa de salir volando apenas una hora antes. Pero mi educación me impedía hacerles un feo y la propia Valentina se mostró encantada, no tanto por las comodidades que pudieran ofrecernos como por la magnífica hierba de la que disponían nuestros anfitriones.

Subir de nuevo aquella escalera fue todo un reto, pero una vez dentro las cosas no se veían tan mal. Cenamos con moderación algunos de los productos que ofrecía esa comarca. Truchas arcoíris recién pescadas en el río por Alberto y patatas asadas recogidas del huerto, de postre Valentina nos deleitó con una especialidad muy acorde con el ambiente en el que nos encontrábamos: tarta de moras aderezada con la rica marihuana que crecía abundante en el mismo huerto junto a los tubérculos, y de la que ya tuve ocasión de probar sus bondades con nefastos resultados.

Consideré aquella receta como parte de mi tratamiento para calmar el dolor de espalda y con esa premisa me zampé una buena porción de tarta; al cabo de unos minutos retomaba mi reciente afición por el vuelo. Por fortuna esta vez fue únicamente mi mente la que salió de la habitación para darse un reconfortante garbeo, el resto de mi cuerpo se hallaba cómodamente aplastado sobre un colchón que hacía las veces de sofá.

Me desperté con la cara entumecida, al principio asocié ese síntoma con la caída, quizá alguna nueva inflamación me presionaba un nervio provocando el molesto adormecimiento facial. Pronto me percaté de que aquello no tenía nada que ver con el golpe del día anterior y sí con los efectos sedantes de la tarta de moras, había dormido profundamente con la cara apoyada en mi teléfono móvil. Eso me recordó que tenía que llamar a Ruiz, mi amigo pasaría por Las Caldas de camino a Santander al mediodía, no quería entretenerlo mucho, así que trate de espabilar a Valentina para ponernos en marcha. Ella permanecía dormida en un colchón contiguo abrazada al barreño de los jabones.

A las doce en punto estábamos en el Barecito esperando a Ruiz, no tardaría en llegar. Con lo que nos dijera mi amigo buscaríamos a alguien para que se hiciera cargo de las reformas, cuanto antes estuviera todo listo mejor. Alberto se ofreció para ayudarnos, conocía a todos en el pueblo y con la crisis del ladrillo no sería difícil encontrar albañiles para trabajar, él mismo podría echar una mano, en invierno tenía pocos clientes y Petra se bastaba sola para elaborar los jabones. Estábamos de suerte, todo parecía salir a pedir de boca, si no había ningún problema en un par de semanas tendríamos el restaurante listo para la inauguración. Si no había ningún problema, eso es lo que pensé mientras esperaba a Ruiz, una frase sin importancia que adquirió un nuevo significado en cuanto mi amigo entró en la casa.

—Esto es una ruina.

—No te entiendo —le dije, aunque le había entendido perfectamente.

—¡Joder!, Man, esto se cae a pedazos. Para abrir un restaurante aquí necesitaréis una remodelación completa, pero no sólo por una cuestión legal: permisos de apertura, de sanidad, etc..., es, sobre todo, por vuestra propia seguridad, las vigas de la estructura están podridas, es un milagro que no se haya hundido toda la cubierta.

Al comentario poco alentador de las vigas en cuestión, añadió otras perlas: el tejado tenía goteras por todas partes (algo que no vimos pues llevaba semanas sin llover), faltaban tejas y algunas zonas de la cornisa estaban sueltas, las vigas a las que se refirió nada más llegar tenían termitas, que se habían extendido a ventanas y puertas, el forjado estaba hundido, la instalación eléctrica no tenía cableado (recordé el amasijo negruzco que vimos en la piscina en nuestra anterior visita), la fontanería era de plomo y los desagües de hormigón (además de obsoleta, al parecer era también ilegal, un tema de normativas). La lista seguía y seguía, resultaba sorprendente que en una inspección de apenas cinco minutos pudiera salir tanto deterioro. Es cierto que según nos iba relatando la ruina nosotros mismos empezábamos a ser conscientes de ella. Es curioso cómo vemos sólo lo que queremos ver y aunque supongo que a Valentina le pasó algo parecido, hablo sobre todo por mí, porque reconozco que en la primera visita lo que vi me gustó, incluso pensé que la casa era sólida y de buena construcción, paradojas de la vida. Y hablando de paradojas, aún nos quedaba una por descubrir. Cuanto más hundido se está en la mierda, mayor es la facilidad para adentrarse en ella.

—Bueno, pues habrá que ponerse a trabajar cuanto antes —dije sin dar crédito a lo que salía de mi boca.

El préstamo.

Empezar una obra es fácil, normalmente tomamos una decisión, ponemos una fecha y, ¡zas!, colocamos la primera piedra (metafóricamente hablando). Sí, empezar es fácil, lo difícil es terminar, saber cuándo acaba una obra, eso es lo realmente difícil, el final. Existen ejemplos notables de obras que se prolongaron y se prolongan en el tiempo: El Monasterio del Escorial, La catedral de Segovia, La Sagrada Familia... Si los responsables de algunas obras hubiesen sabido la fecha de su conclusión, incluso si éstas tendrían conclusión, seguramente habrían desistido en el intento de

llevarlas a cabo. Nuestro caso tenía todos los visos de ser similar, con una salvedad, lo apuntado al comienzo de este capítulo, eso de: lo fácil es empezar, resultó ser igualmente una falacia. Nunca imaginé lo complicado que iba a ser empezar la obra, sobre todo cuando el presupuesto para su ejecución es diez veces mayor de lo calculado en un principio. Si tuviese gracia me reiría.

Desde el principio Ruiz trató de convencerme para que desistiera en el intento, pero yo, tozudo y claramente obnubilado, insistí en llevar a buen término un sueño que no era mío, un sueño ajeno, adoptado para la ocasión, y manteniendo para ello esa sociedad más idealizada que idílica en la que me había embarcado. Al final mi amigo accedió al asesoramiento, y algo más, pues también insistí en que fuera él el encargado del proyecto y supervisión de las obras; que, de simples y fugaces, aquello de: "esto con cuatro arreglillos", había pasado a: "joder, Man, en menudo fregado te estás metiendo". Cierto, no tenía mucha lógica. ¿Por qué, sabiendo ya lo que sabía, seguía adelante? No era un calentón, ni un enamoramiento anacrónico, ni siquiera ansiaba los favores de mi socia una vez conocida su intimidante promiscuidad. No, nada de eso tenía que ver con la realidad. A mi edad y en contra de lo que pudiera parecer, ya tenía dominados a algunos fantasmas y las bajas pasiones eran un recuerdo, una tiranía de la que poco a poco me iba liberando. No las desdeñaba si acaso llegaban, por supuesto, pero no era eso lo que me movía pues tales movimientos suelen ser tan inútiles como los de una rata que corre en el interior de una rueda. Mis motivos resultaron ser egoístas y altruistas al mismo tiempo. ¿iSe puede ser más contradictorio!? Se puede, y yo lo demostraré más allá de toda duda razonable. Egoístamente quería un futuro que se me volvía esquivo y puesto que no veía otro en lontananza, aposté por éste; altruistamente, sí, porque realmente quería ayudar a Valentina por encima de cualquier interés personal y cuestionable, dejando a un lado aquello de ser un iluso y, sí, también lo del magnánimo culo ¡qué no, coño, qué no es eso! Había algo más, siempre lo hay, porque si no, ¿cómo se explica esto?:

—Pues así a ojo de buen cubero, unos cien mil euros —soltó Ruiz a bocajarro—, y eso es sólo una estimación, hasta que no tenga el proyecto no te puedo dar una cifra exacta.

Cien mil, bonita cifra, y abultada, más que mis ahorros, un capital sensiblemente inferior que ascendía a veintidós mil euros, los mismos que pensaba dedicar a esta descabellada empresa, a ese futuro del que hablaba antes. No estaba mal, aunque después de toda una vida de trabajo salpicado de austeridad, no parecía mucho. ¿Por qué entonces dilapidarlo de esta manera? Es más, ¿por qué aumentar la cifra hasta multiplicarla por cinco? (más o menos) Preguntas que tendrían que esperar ya que ni yo mismo sabía la respuesta. La ecuación era simple, tal y como sentenció con profesionalidad mi amigo Ruiz, necesitábamos otros ochenta mil euros para poder llevar a cabo la restauración de la casa. De manera que, mientras él se afanaba en la elaboración del proyecto, yo debía afanarme en conseguir el dinero. Es cierto que Valentina como socia mía, también se implicaría en esa búsqueda, pero desde el principio me

dejó muy claro que tenía ciertas limitaciones. Sus años de mala vida, incluso sus años de una vida más o menos decente, habían dejado unas secuelas que le impedían introducirse en el complejo entramado financiero impuesto por nuestra magnífica sociedad de consumo. Valentina llevaba varios años incluso en una lista de morosos, un hándicap que no le hacía apta para la obtención de un crédito bancario como al resto de los mortales (bueno, al menos antes así era). Del mismo modo, tendríamos que descartar a sus padres, ya que, si bien su relación se había estabilizado y no era del todo mala, hacía mucho tiempo que le habían cerrado el grifo. Sobre todo después de haberla avalado en un préstamo que al final y por cuestiones que no merece la pena mencionar, dejó de pagar. Los padres de Valentina sufragaban religiosamente el pufo adquirido, obligados por la legislación vigente. Otro aval por su parte se me antojaba poco menos que una quimera. Tendría que apañármelas solo, eso sí, contaba con su apoyo incondicional, moral, pero apoyo a fin de cuentas. Con esta perspectiva me lancé a las calles nuevamente, dispuesto a recorrer entidades bancarias en busca del ansiado crédito. Esa acción me trajo algunos recuerdos, no muy buenos, la verdad. La última vez que realicé algo parecido fue tras casarme. El casado casa quiere. Y claro:

Eran otros tiempos, y entonces, los banqueros no hacían ascos a dos médicos recién casados que querían adquirir una vivienda. En esos años los préstamos hipotecarios rondaban un interés cercano al diecisiete por ciento, buen negocio para los bancos, no tanto para nosotros que devolvíamos una cantidad muy superior a lo prestado. Gracias a nuestras respectivas nóminas conseguimos la hipoteca para comprar la casa soñada, soñada por Raquel, a mí me daba igual. Ella quería una casa en el centro, en el Madrid de los Austrias, concretamente en la Plaza Mayor. Una casa en un sitio tan exclusivo costaba un dineral y amueblarla otro tanto. Paradójicamente el mobiliario escogido era escaso, minimalista para ser exactos, pero sus componentes naturales hacían que esos artículos fueran extraordinariamente caros: fibras de coco, maderas nobles, algodones egipcios, un sofisticado equipo de música para escuchar con total fidelidad el canto de las ballenas, cuadros de artistas reconocidos que no guardaban relación entre su precio y la cantidad de pintura empleada... Todo ese despliegue, muy en la línea de mi encantadora mujer supuso un desembolso del que me costó mucho tiempo recuperarme. Mucho más, desde luego, que el matrimonio propiamente dicho, que se fue deteriorando a una velocidad de vértigo una vez superado el toque snob que le supuso casarse con un negro; lo cierto es que el matrimonio empezó a hacer aguas el mismo día que le confesé que yo no era negro realmente. Mi anecdótico gen regresivo le resultó una broma de mal gusto y mi origen manchego una vulgaridad, nada que ver con ser somalí o zimbabuense. Dijo sentirse estafada. ¿Cómo iba a presentarme a sus amigos en unas condiciones tan poco étnicas? De manera que no lo hizo, decidió que yo no encajaba en su idílico mundo de intelectuales, artistas, poetas y gurús de las más pintorescas religiones adoptadas de lejanos países. En el fondo me hacía un favor, porque, es cierto que yo no

encajaba en su vida y a pesar de lo torpe que era para esas cosas, no me costó mucho darme cuenta. La primera señal llegó cuando, sin haber podido desarrollarlo como es debido, me vi obligado a dejar el soso pero eficiente sexo tradicional, por otro denominado tántrico que llevaba implícita la retroeyaculación. Su práctica obligaba, mediante una manipulación más o menos compleja del escroto, a conservar el semen dentro del cuerpo en lugar de expulsarlo como suele ser habitual y natural, algo así como eyacular hacia dentro beneficiándome yo mismo de esa fuente de vida. Nunca noté esos beneficios, la verdad, no digo que no los tenga, pero probablemente había algo que yo no hacía bien. Hubo más señales, unas más visibles que otras. En el tiempo que duró nuestro matrimonio tuve que dejar de comer carne, sustituir mi ropa de siempre por otra confeccionada con algodón cien por cien, o lana cien por cien, o lino cien por cien... Gracias a sus muchos amigos (amigos que me ignoraban tanto o más que ella misma) mantuve todo mi ser en perfecto estado de revista, desde los chakras, que una vez somos conscientes de su existencia hay que mantener alineados, hasta las caderas. Una vez me trató un osteópata por recomendación de Raquel, decía que tenía andares de patizambo y el problema estaba localizado en mi osamenta; el tipo, un místico que meditaba desnudo todas las mañanas en el balcón de su casa, dijo que tenía la pelvis descompensada, tras tumbarme boca abajo me colocó unas cuñas de goma en un par de puntos para recolocarla, ¿ya está?, ¿así de fácil?. Por culpa de esa desviación, me aseguró, todo mi cuerpo se había resentido: rodillas, tobillos, caderas..., pasado el tiempo descubrí cuán común debe ser esta anomalía en los humanos (incluso en perros y gatos) a juzgar por la afición de estos terapeutas a usar las jodidas cuñas en todos sus pacientes. Fue una época con mucho equilibrio. Al separarnos vendimos la casa, al principio temí que quisiera conservarla, por suerte en ese tiempo se dio cuenta que debía comulgar más con la naturaleza y se fue a vivir con un grupo alternativo a los alrededores de La Pedriza, a unos treinta kilómetros de Madrid, en plena sierra, todo lleno de peñascos de granito. Allí la energía fluía de las piedras como si fuese agua bendita brotando de un manantial. En fin, no hablaré más de mi exmujer, no vaya a ser que alguien piense que tengo algún tipo de obsesión. Aquí acaba este discurso.

Tras vender el piso recuperamos casi toda la inversión, descontando la parte engordada para cubrir el gasto de los muebles (que se quedó ella, claro) y la enorme penalización que nos hizo el banco por cancelar la hipoteca antes de un plazo que al parecer estaba estipulado. A pesar de la sangría renegocié con ellos una nueva hipoteca y adquirí una modesta vivienda, la mía, en un barrio normalito. Una hipoteca que mantuve hasta hace poco, cuando, felizmente, terminé de pagarla. A ese mismo banco, del que fui cliente modélico durante veinte años, volvía ahora para pedir una nueva hipoteca, con la convicción de que no me la negarían, faltaría más.

—A ver, y dice que quiere hipotecar su casa —me dijo con cierto distanciamiento el director del banco. Antes me llamaba señor Antolínez (mi nombre completo es: Germán Antolínez García).

El director, un tipo bien trajeado, más gordo de lo que recordaba y con la misma melenita rubia que se había mantenido inmutable durante todos esos años, me mandó directamente a una mesa donde me darían una lista con todo lo necesario para presentar dicha solicitud. Así lo hice despidiéndome del director con un "gracias, muy amable". En la mesa un fulano malcarado en mangas de camisa que hasta hacía poco tiempo también me llamaba de usted, me hizo esperar un tiempo extraordinariamente largo mientras tecleaba algo en su ordenador y atendía varias llamadas telefónicas, entre otras una de su mujer que le recordaba con insistencia que comprara pañales para el niño. Me entretuve mirando unos folletos apilados en un expositor en los que la entidad ofrecía unos préstamos a muy bajo interés, era casi como si te regalaran el dinero, créditos personales para cambiar de coche, de casa, de muebles, hasta de cuerpo si uno estaba dispuesto a pasar por el quirófano. Cuando terminé de revisar los folletos me centré en el paisaje. La oficina era calcada a todas las de esa entidad, suelos de mármol blanco, paredes en tonos grises, paneles rojo vivo, litografías de Miró y Tapies dispuestas entre potos tan exuberantes que parecían de plástico. Una fila de unas diez personas aguardaban frente a la única ventanilla abierta mientras en la de al lado un tipo se afanaba en contar montones de billetes en una maquinita. El golpe del auricular al volver a su posición original me sacó de mi escrutinio. El de la mesa fue directamente al grano.

—¿Nómina?

Le dije que no tenía.

—Pues, sin nómina, va a ser imposible.

Después de algunos argumentos de peso por mi parte, como ser un cliente fiel durante veinte años, me dijo que si quería podía presentar toda la documentación, pero iba a ser una pérdida de tiempo. Cuando le amenacé con irme a otro banco, casi le da un ataque de risa. La cosa no pintaba bien.

En los siguientes días realicé una infructuosa peregrinación por todas las oficinas bancarias de Madrid, en algunas conseguí presentar algunos papeles con la promesa de sus responsables de que los estudiarían, aunque fueron los menos. En la mayoría de bancos me decían directamente que no, incluso hubo quien se molestó por hacer semejante petición, porque ¿quién pide hoy en día un préstamo?, la respuesta es simple: tan sólo aquellos que no lo necesitan realmente. Definitivamente la cosa pintaba mal, muy mal. ¿Qué hacer? Valentina no decía nada, estaba consternada, tan cerca y tan lejos. Al parecer la única forma de obtener dinero de un banco era robándolo, pero no me veía yo muy ducho en esas mañas. Tendría que pensar otra cosa.

Descartada la opción del préstamo hipotecario, o de cualquier tipo de préstamo que pudiera conceder un banco, tuvimos que buscar otra solución. En este punto Valentina sí tuvo ocasión de intervenir. Gracias a las selectas amistades atesoradas durante su oneroso pasado, consiguió el teléfono de un prestamista lituano que no era muy exigente con el papeleo. Tras una llamada de tanteo, concertamos una entrevista.

—¿Petras?

Petras Landsbergis, natural de Vilna, capital de la pequeña república Báltica de Lituania, uno de esos países que, al menos yo, era incapaz de situar en el mapa. La oficina de Petras se encontraba al final de la calle Arturo Soria, justo a la entrada de San Blas. Al llegar a la altura del número proporcionado vimos que éste se correspondía con los bajos de una bolera. Todo un clásico, pensé. Tras identificarnos nos llegó la tosca invitación del portero (vamos a llamarlo así) para que pasáramos, así lo hicimos, pasando al interior de una habitación con una iluminación similar al cuarto oscuro de un fotógrafo, allí, procedente del piso superior y amplificadas por la reverberación, nos llegaba la inconfundible escandalera de los bolos al ser derribados. A pesar de la oscuridad que imperaba en esa especie de cueva, Petras nos recibió con unas enormes gafas de sol de montura dorada, lo poco que quedaba visible de su cara se podía calificar de anodino. El pelo lacio con un largo flequillo peinado hacia un lado, supuse que para disimular una prematura calvicie (el tipo no tendría más de treinta años), un bigotillo afilado que se conformaba con unos pocos pelos de color rojizo alineados por encima de un labio delgado, y un prominente mentón con un ligero hoyuelo en el centro. Vestía un traje cruzado algo pasado de moda que le comprimía el voluminoso abdomen de una forma preocupante, su cuerpo orondo contrastaba con su cabeza, más bien pequeña y alargada. Era como un muñeco montado con las piezas equivocadas. Al estirar la mano flácida para estrechársela a Valentina, un puñado de gruesos anillos de oro brillaron entre sus dedos. —¿Qué hace aquí el moreno? —preguntó obviando mi presencia en un castellano marcado por un fuerte acento.

Su pregunta no sugería nada bueno y una vez que mi vista se adaptó a la penumbra, pude apreciar entre la decoración algunos distintivos que parecían relacionados con la ultraderecha centro europea. ¡Fantástico, estábamos en el cubil de un neonazi!

—Yo no hago negocios con negros —insistió. Empezaba a ser un poco ofensivo.

Valentina tuvo que aclararle mi origen manchego y como lo del gen regresivo resultaba demasiado complejo de explicar, le dijo que tenía una enfermedad en la piel que me daba ese color tan oscuro. El lituano me miró de arriba abajo y con un gesto desdeñoso pareció aceptar de mala gana aquella tontería.

—El maletín —pidió al tipo que nos había abierto la puerta.

El portero se acercó con un maletín que se veía minúsculo entre sus manazas, todo él era enorme y la cabeza rapada le daba un aspecto aún más aterrador. Es cierto que yo mismo llevaba un peinado idéntico, aunque dudaba que en mi caso eso pudiera intimidar a nadie. Petras cogió el maletín y con otro gesto indicó al esbirro que esperara fuera, a pesar de saberle al otro lado de la puerta, fue un alivio ver salir a ese mastodonte. En el interior del maletín se amontonaban unos cuantos fajos de billetes, la visión del dinero tuvo un efecto curioso en el prestamista, de repente se volvió locuaz, se podría decir que incluso intentaba ser dicharachero. Nos contó que salió de su país con apenas dieciocho años, pasó una

temporada en Polonia, de ahí pasó a Grecia, y finalmente unos amigos le propusieron un negocio en España y se vino para acá, llevaba doce años viviendo en Madrid, aquí decía sentirse como en casa. Yo no conocía Lituania, pero me costaba imaginar algún paralelismo entre el Báltico y el Mediterráneo. Su oficina estaba engalanada con varias banderas, supuse que de Lituania, además de alguna esvástica y fotografías de personajes siniestros de aspecto poco sociable, ni sabía ni quería saber quiénes eran. Nos dijo que algún día pensaba regresar a su país, pero no había prisa, como consecuencia de la crisis los bancos habían cerrado el grifo y eso había estimulado claramente su negocio, no era cuestión de dejarlo en un momento tan bueno. Aguantaría unos años más y después regresaría a Lituania para realizar su sueño, quería montar el mayor prostíbulo de Europa, tenía buenos contactos, incluso dijo ser primo lejano de un alto cargo, uno de los primeros que tuvo Lituania tras independizarse de la antigua Unión Soviética. De pronto se quedó callado mirando los billetes de quinientos euros, levantó la vista, y agitando esa mano regordeta llena de sortijas, dijo:

—Los papeles.

Los papeles a los que se refería Petras no eran otra cosa que las escrituras de mi casa, nada de declaraciones de la renta, ni nóminas, ni otros documentos que garantizaran el blindaje del préstamo. Lo suyo era una cuestión de confianza, un pacto entre caballeros, claro que esa muestra de confianza hacía que el interés fuese algo mayor que el ofrecido por otras entidades, sobre un veinte por ciento y a devolver en un año. Las cláusulas eran muy simples, si nos retrasábamos en el pago un mes nos cobraría dos como penalización y si nos volvíamos a retrasar se quedaría con mi casa, luego añadió con una sonrisa que desveló un diente de oro, que si eso pasaba y aunque yo fuese de Albacete, me rompería esa geta de negro junto a otras partes de mi cuerpo. Quise decir que éramos gente honrada, pero no conseguí articular palabra. Él, sin embargo, siguió hablando.

—A la señorita, como viene recomendada, sólo le rompería el culo. Tú ya me entiendes, verdad, rubia.

Dimos por finalizada la transacción y la charla y salimos lo más rápido que pudimos de aquel cuchitril, con ochenta mil euros en billetes de quinientos dentro de una bolsa del Mercadona y la sensación de habernos metido en un berenjenal de consecuencias imprevisibles. Valentina, que sorprendentemente se mantenía tranquila, me dijo que no teníamos de qué preocuparnos, en cuanto tuviéramos el restaurante en marcha pediríamos un crédito poniendo el negocio como aval y le devolveríamos el dinero al mafioso. Todo iba a salir bien, me aseguró haciéndome una seductora carantoña. No sé si me lo creí como mecanismo de defensa o porque una vez perdida la autoestima ya todo me daba igual. O puede que fuese simplemente porque era tonto de solemnidad.

Las obras.

Un par de días después de nuestro encuentro con el bueno de Petras, Ruiz llamó para enseñarnos el proyecto, quería hacernos algunas sugerencias antes de su resolución definitiva. De manera que nos reunimos en mi casa

para estudiar esas propuestas, y en cuanto se solventara todo, estaríamos en condiciones de presentarlo en el ayuntamiento de Las Caldas para solicitar los pertinentes permisos de obra. En el proyecto figuraban todos los arreglos que se iban a realizar en la casa: estructura, cubierta, instalación eléctrica, fontanería..., pero eran los detalles relativos a la parte más visible los que quería repasar con nosotros, después de todo, en un negocio de cara al público la cuestión estética podía ser fundamental. Es aspecto del local influiría notablemente en la clientela. —Bien, la parte técnica está en las primeras páginas, puro formalismo —dijo Ruiz pasando las hojas mencionadas—. En el apartado de calidades y acabados tendremos que determinar ciertos detalles, suelos, revestimientos..., en fin, todo lo relativo al diseño, materiales, colores... ¿tenéis algún decorador?

Valentina y yo nos miramos con una media sonrisa y acto seguido se la dedicamos a Ruiz.

—Mejor. Un decorador supondría muchos gastos y no estáis para lujos. Además una vez visto el proyecto he pensado que deberías plantearos un cambio importante —nuestro silencio le animó a seguir—. Teniendo en cuenta las dimensiones de la casa y el volumen de obras que tenéis que llevar a cabo, si lo ajustamos todo bien y ahorramos en cosas superfluas, creo que sería mucho más rentable hacer un hotel. Por supuesto la parte del restaurante tendría prioridad, sería la parte fuerte del negocio —se apresuró a decir sabedor del interés de Valentina por la cocina—, ya me ha dicho Man que eres una *chef* excelente.

Me sorprendió que Ruiz, que desde el principio fue reacio al proyecto, se involucrara de esa manera, en cualquier caso la idea nos pareció bien, y ya puestos, qué más daba embarcarnos un poco más. Sobre los planos nos explicó una distribución bastante lógica, en la planta superior podrían salir diez habitaciones, sería un hotel pequeñito, pero precisamente esa era una baza a nuestro favor, ya que se podría plantear como algo exclusivo dentro del turismo rural tan de moda en estos tiempos. Y lo más interesante, nos dijo que de esa forma podríamos acceder a algún tipo de subvención. Bueno, no todo iba a ser malas noticias. El planteamiento parecía bueno y aunque tendríamos que cambiar algunas cosas del proyecto se podrían empezar las obras en cuanto el ayuntamiento nos diese los permisos. En ese punto, y tras una llamada de teléfono, el hermano de Valentina se ofreció a mediar en el asunto, el alcalde era cazador y fue cliente habitual del Barecito antes de su cierre, estaría encantado con la reapertura y seguro que podría acelerar los trámites. No teníamos muy claro si era buena idea, pero aceptamos su ofrecimiento con resignación. Antes de terminar la reunión, Ruiz nos hizo una última sugerencia, aunque él se pasaría por el pueblo de vez en cuando para ver como se desarrollaban las obras, nos recomendaba que estuviéramos nosotros controlando las mismas, “el ojo del amo engorda al caballo”, sentenció. Debía tratarse de algún aforismo de uso ganadero, en cualquier caso dejaba claro el sentido que Ruiz quería dar a la cita. Tras una corta deliberación decidimos trasladarnos a Las Caldas, nada nos retenía en Madrid y ya puestos siempre podríamos trabajar en la obra haciendo lo

que fuera, yo no era muy aficionado al bricolaje, pero viendo los programas de la tele, tampoco podía ser tan complicado. Estaba decidido. Declinamos amablemente la invitación de alojarnos en su casa hecha por nuestros recién adquiridos amigos, Petra y Alberto. La idea de quedarnos en una vivienda cuya entrada yo había utilizado como plataforma de lanzamiento no me seducía, además, la casa era demasiado pequeña para cuatro adultos y un niño. Reconozco que por un momento se me pasó por la cabeza coger una habitación en el Balneario, pero al final se impuso la cordura, como responsable de las finanzas tenía que evitar los extras, puede que la visión del lituano retorciéndome la tráquea también influyera un poco. El Barecito no reunía condiciones de habitabilidad, eso sin contar que en breve se iba a dismantelar todo como consecuencia de las obras. Entonces recordé la habitación en donde se ubicaba el karaoke, estaba aislada del edificio principal y su estructura parecía sólida, contaba además con un pequeño cuarto de baño; con una estufa y cuatro detalles se podría pasar allí una temporada. Es cierto que me sentía apurado por Valentina, aunque ya vivíamos juntos (que no revueltos) las circunstancias eran otras, en mi casa disponía de una habitación para ella sola y gozaba de total independencia. ¿Qué opinaría de ese alojamiento tan precario? Las mujeres necesitan un mínimo de condiciones para estar cómodas, por cuestiones de higiene íntima principalmente, en fin. Mis dudas se disiparon solas, tan pronto Valentina asomó por la puerta y sin llegar a entrar siquiera dijo: he vivido en sitios peores. Estaba claro que su pasado tarambana había rebajado mucho su nivel de exigencia. No sería yo quien le pusiera ni un pero.

Una vez resuelto el tema del alojamiento, hicimos una visita al consistorio, teníamos una cita que nos permitiría valorar debidamente a su principal gestor. Preguntamos al conserje por el señor alcalde, él, sin apenas moverse de su silla y sin abrir la boca, nos señaló en dirección a la calle. Un hombre de estatura media, ataviado con pantalón de pana marrón y camisa a cuadros que le daba un aspecto de leñador canadiense, venía caminando a buen ritmo. Según se acercaba sus rasgos se fueron haciendo más visibles. El pelo negro azabache le nacía tan abajo que apenas tenía frente. Su cara, a pesar de estar bien rasurada, mostraba una sombra oscura que le llegaba hasta los ojos por arriba, mientras por abajo se fundía con el bello del pecho, aquel tipo debía ser tan peludo como un oso. Y, precisamente, por ese aspecto era difícil no acordarse de él, en cuanto lo tuvimos a unos metros nos dimos cuenta de que ya nos conocíamos. El alcalde era uno de los parroquianos con los que tuvimos ocasión de confraternizar en el Balneario durante nuestra primera visita a Las Caldas. La llamada de Leo le había puesto en antecedentes, por eso, nada más entrar en el ayuntamiento se vino hacia nosotros para darnos una calurosa bienvenida.

—Pero hombre, cuanto bueno por aquí. Ya me ha dicho tu hermano que al final os habéis decidido a abrir de nuevo el Barecito —el alcalde le plantó dos besos a Valentina—, eso está pero que muy bien. Los buenos ratos que hemos pasado allí con Leo, pero buenos de verdad. ¿Y usted era...?

—dijo girándose hacia mí. En su momento no fuimos presentados, de hecho me sorprendía que se acordase de mí.

—Germán, Germán Antolínez, pero

—Yo soy del 82 octavo —comentó el alcalde en alusión a su año de incorporación a filas—, pero no sabía que vosotros los...

Al ver el desconcierto reflejado en su cara, tuve que aclarar una vez más mi origen manchego y luego, intentando ser gracioso, le dije que los de Albacete también hacíamos la mili. Esperaba que se diese por satisfecho, pero me equivoqué.

—¿Y dónde serviste? A mí me mandaron a Barcelona y, la verdad, no me puedo quejar, yo lo pasé estupendamente allí. Estuve de cabo furrier y ni guardias ni nada, oye, y todas las tardes de paseo por las Ramblas, arriba y abajo, y al barrio chino, a vacilarle a las putas. Buenos tiempos aquellos. Vamos, yo, si fuese más joven, repetía.

Pensé que con su charla nostálgica la pregunta inicial pasaría a ser retórica, pero insistió, así que tuve que contestar.

—Pues yo estuve en Ceuta.

—Hostia, que chungo.

—Sí, pero al final no fue para tanto.

Mentí, no quería entrar en detalles, lo que me faltaba, hablar de la mili con un desconocido que, además, me confesaba haberlo pasado bien. Desde luego no era mi caso. A pesar de incorporarme a los veinticinco años después de agotar las prorrogas de estudios y de hacerlo entrando como médico en el botiquín del regimiento, las pasé canutas. Durante los primeros meses soporté todo tipo de novatadas, todos los nuevos reclutas las sufrían, auténticas animaladas que mandaron a más de uno al hospital con lesiones que en algunos casos llegaban a tener cierta importancia. Los únicos que podían pasarlo bien en ese ambiente eran los veteranos, que una vez alcanzaban ese estatus se volvían unos cafres. Como prefería no rememorar aquello, traté de desviar el tema en otra dirección, la que nos interesaba.

—Leo nos ha dicho que podríamos ir empezando la obra —le dije aprovechando la complicidad chusquera.

—Claro, hombre. Aquí somos cuatro gatos y hay confianza. Cuando esté el proyecto se presenta y listo; seguro que estará todo en orden, así que, para qué vais a esperar. Además, mi cuñado es constructor y el hombre ahora mismo está paradillo. A ver, a ver, que yo con esto no quiero decir nada, vosotros contratáis a quien os parezca, este alcalde simplemente os recomiendo a un buen profesional que conoce los entresijos de las obras en esta zona. No vayáis a pensar otra cosa, no estoy pidiendo ningún favor, que tal y como está el patio en seguida tengo ahí a la oposición acusándome de prevaricador.

—Pero hombre, cómo vamos a pensar eso. Que no, que no, que lo de su cuñado va para adelante. Si nosotros lo que necesitamos es precisamente eso, un buen profesional que nos haga un trabajo fino —me sorprendí a mi mismo lidiando con un político de tú a tú.

—Pues nada, lo dicho. Yo le digo que se pase por la obra y ya vosotros le explicáis lo que tiene que hacer. Cuanto antes esté listo mejor para todos.

Se echa en falta un sitio en condiciones para tomarse unos cubatas después de pegar unos tiros.

No quisimos quitarle la ilusión, para qué decirle que nuestra idea se alejaba un poco de lo que en su momento fue el Barecito, y, si bien, todos los clientes serían bien recibidos, una caterva de cazadores borrachos no era, precisamente, lo que nosotros entendíamos por una clientela selecta. Salimos del ayuntamiento sin saber el nombre de nuestro interlocutor, ya que en todo momento se refirió a sí mismo como *este alcalde*, pero con la convicción de contar con su apoyo incondicional. Cuando llegamos a la casa, apenas cinco minutos más tarde, una persona nos esperaba en la puerta.

—Hola —dijo alargando la mano—, soy Sánchez, el cuñado del alcalde. ¿Qué, cuándo empezamos?

¡Caramba, qué rapidez! Allí estaba el cuñado y constructor. Resultaba sorprendente tanta celeridad, en cualquier caso, el pueblo era pequeño y con una simple llamada entre los cuñados se podía entender. Un rápido vistazo bastó para ver que Sánchez no era el típico magnate de la construcción que anda de despacho en despacho cargado con maletines, no el que uno se imagina; es posible que los noticiarios nos hubieran dejado una imagen de constructores un tanto estereotipada: tipos adustos trajeados de Armani que conducen coches de lujo mientras hablan por sus iPhone. Eso sí, siempre se ve a estos personajes cerca de algún juzgado con una cohorte de abogados revoloteando a su alrededor, casi siempre como imputados en los más variados casos de corrupción urbanística. Lo de Sánchez era otra cosa, llevaba puesto un mono azul sucio y desgastado, olía a humo y a estiércol fresco y al estrechar su mano tuve la sensación de agarrar un trozo de madera. Desde luego que, esas manos, no estaban acostumbradas a sesiones de manicura ni a pañuelos de seda. Era un currante de los de toda la vida. Difícil imaginar a Sánchez dando pelotazos urbanísticos. Su empresa de construcción no era otra cosa que él mismo y su hijo que le hacía de peón, un mocetón de unos dieciséis años grande como un castillo y con pinta de ser más bruto que un arado, como pudimos comprobar cuando se bajó de la furgoneta de mala gana apremiado por su padre. Bueno, estaba claro que allí las cosas funcionaban así, Valentina me explicó que toda esa gente era de confianza y más barato que buscar una empresa de fuera. Tenía razón, desde luego, y aunque no estaba acostumbrado a moverme por las obras, yo también prefería a la Constructora Sánchez (según rezaba el rótulo de su Berlingo), que a Dragados y Construcciones.

Al día siguiente nos despertaron unos golpes que retumbaban por todo el edificio como el preludio de un cataclismo, habíamos pasado una noche de perros. Todavía no teníamos instalada la estufa y a pesar de las mantas que nos habían prestado nuestros amigos, fue imposible entrar en calor en aquella desolada habitación que podría servir perfectamente como cámara frigorífica. Parecíamos dos animalillos saliendo de su madriguera. Arrebuajados aún con las mantas buscamos a los causantes del estruendo. Eran las siete de la mañana, la luz era escasa y el frío intenso. Encaramados a una escalera de mano nos encontramos a los Sánchez,

padre e hijo, armados con grandes martillos de picapedrero. Sacudían porrazos a diestro y siniestro para reducir a escombros el tejado, con cada golpe dejaban escapar un gemido gutural, una comportamiento que se aproximaba bastante a la pura barbarie. En el suelo, recogiendo los cascotes que caían desde arriba, estaban Alberto y otro paisano del que no teníamos ninguna referencia. Es cierto que Alberto se ofreció a ayudar y dimos por sentado que hablaría con Sánchez para incorporarse a la obra, pero, no sé por qué, pensé que estaríamos informados en todo momento de cuanto aconteciera allí. Tampoco recordaba haber enseñado a Sánchez, ni a nadie, los planos proporcionados por Ruiz y por consiguiente no entendía que ya estuvieran demoliendo sin saber exactamente qué había que demoler. Mi desconcierto contrastaba un poco con la pasividad de Valentina que tras pedir a los obreros que no hicieran tanto ruido, subió de nuevo al karaoke con la intención de seguir durmiendo.

—Cuidado Germán, no te vaya a caer un cascajo en la cabeza —me advirtió Alberto apartándome simbólicamente con un movimiento de la mano.

Alberto cargaba los escombros con ayuda de una pala en la carretilla que después volcaba el otro obrero en un contenedor instalado en el jardín, ¿cuándo habían llevado todo eso allí? Su apremio para empezar las obras me parecía bien, para qué esperar, ya lo dijo el alcalde. No obstante, antes de dejar que siguieran con la demolición, necesitaba tener una charla con Sánchez.

—Sánchez, perdone que le moleste. Podría bajar un momentito.

El constructor me miró desde lo alto de la escalera y sin decir nada bajó los peldaños hasta el suelo sin soltar en ningún momento el martillo. A pesar de su tamaño, lo manejaba como si fuera una pluma, era como una versión rústica del dios Thor.

—Tú me dirás.

—No quisiera ser puntilloso, pero quizá sería bueno que vieses los planos antes de seguir —le dije pensando que ése sería el procedimiento normal.

—¿Para qué? —me preguntó sin dejar de blandir el martillo de un lado a otro.

—Pues, no sé. Supongo que es lo que se hace en las obras.

—Ah, no te preocupes, no hace falta. Primero se rompe y luego se arregla. Es siempre lo mismo. Aquí estamos hartos de restaurar casas como ésta. Haciendo caso omiso de mi recomendación, me dio una palmadita en la espalda, incluso detecté algo de condescendencia en el gesto, después volvió a subir por esa escalera, ejemplo de inestabilidad, y siguió martilleando. No quería ser pesado y menos viendo el poco caso que me hacía Sánchez, pero me veía en la obligación de insistir y le dije si no era necesario un andamio, y arneses de seguridad, y cascos, y esas cosas que evitan que uno se caiga y se rompa la crisma. Sánchez miró a su hijo, luego a Alberto, al otro (seguía sin saber su nombre) y todos juntos empezaron a reírse.

—Los de aquí tenemos la cabeza más dura que las piedras —dijo cuando le aflojó la risa.

Empezaba a darme cuenta de que sí, la tenían. Una afirmación que podía estar hecha en sentido figurado o ser en esencia literal, probablemente ambas cosas. Me preguntaba en qué momento dejé de ser un profesional respetado para convertirme en el individuo medio lelo que provocaba la risa con sus comentarios, y como creía conocer la respuesta, callé. Lo mejor era seguir a mis instintos y dejarlo correr, después de todo, qué me importaba a mí si rompían más o menos, o si el techo quedaba más alto o más bajo. Cuando me embarqué en esta aventura absurda no me planteé nada, lo hice por complacer a Valentina, sí, pero sobre todo, lo hice porque me daba todo igual, ¿por qué razón iba a empezar a ahora a preocuparme? Volver a dormir no parecía una opción, así que al subir al karaoke no buscaba retomar un sueño ya de por sí esquivo, de momento sólo buscaba quitarme el envoltorio de mantas que me hacía parecer una enorme crisálida, y ponerme algo decente, lo suficiente como para infundir un poco más de respeto entre los obreros; a lo mejor era eso, la vestimenta. Me puse unos vaqueros, una camiseta de manga corta y otra de manga larga, un suéter ligero y un abrigo más ligero todavía, todo sin hacer ruido para no despertar a Valentina que, sorprendentemente, dormía a pierna suelta a pesar del atronador ruido de la demolición. No había traído mucha ropa, no es que yo tuviese un gran fondo de armario, pero con ese frío y a falta de un chaquetón en condiciones, tendría que combatirlo a base de capas.

—Joder que frío, ¿no? —dije al salir de nuevo a la calle.

Una vez más me miraron con una sonrisa excesiva ¡qué gente tan simpática! Esta vez fue Alberto el que me ilustró:

—Esto no es nada, ya verás cuando llegue el invierno.

Yo pensaba que ya estábamos en invierno, al menos oficialmente, pero por lo visto el calendario no era de fiar, no en los últimos tiempos. El cambio climático, tan cacareado, estaba alterando las estaciones y, si bien, lo del calentamiento global no estaba teniendo los efectos que algunos pronosticaron, es decir, sequías y hambrunas (quiero decir más sequías y más hambrunas), sí que era cierto que el clima andaba un poco atolondrado. Los inviernos no empezaban cuando se supone debían hacerlo, todo se retrasaba y allí, en toda España en realidad, el frío no llegaba hasta enero o incluso hasta febrero. De todas formas, estábamos rodeados de montañas, y en ese entorno las temperaturas eran sensiblemente más bajas que en Madrid y aunque los cero grados que teníamos en ese momento, no fuese "frío" para estos paisanos, para mí sí lo era, para mí hacía un frío de cojones. No quería imaginar cómo sería el frío de verdad.

Aun con toda la ropa que tenía puesta, seguía estando incómodo y estar allí quieto viendo como la casa se transformaba en pedacitos amontonados dentro de un contenedor, dejó de ser entretenido a los cinco minutos de estar mirando. Es cierto que mi idea era trabajar, ponerme manos a la obra y colaborar, no sólo por hacer algo, también para ahorrar un sueldo y que la obra avanzase con mayor rapidez. Lo pensé, pero en seguida comprendí que allí no hacía más que estorbar y ante el riesgo de acabar descalabrado, decidí dar un paseo. Conocer mejor los alrededores

me serviría para plantear el futuro negocio, necesitaba coger ideas. Cuando Ruiz sugirió hacer un hotel, me proporcionó un estímulo que no imaginaba y puesto que Valentina se iba a ocupar del restaurante y no quería inmiscuirme en su terreno, me tomé esa parte del negocio como algo mío. Mi responsabilidad. A Valentina le pareció bien, bueno, ni bien ni mal, literalmente dijo: tú, a tu bola. Eso quería decir que podía diseñar la parte del alojamiento como yo quisiera. Se supone que un hotel rural en una zona de montaña no puede tener las mismas características que uno ubicado en la playa, y no es lo mismo la montaña leonesa que, pongo por caso, la andaluza. Es una cuestión de estética, de estilo, algo cultural y, ya puestos, hasta etnológico. El único referente que tenía de establecimiento hostelero en la comarca era el Balneario, así que me fui para allá a buscar ideas. También era el único sitio donde me podía tomar un café y una tostada, además tenía wifi y eso me permitiría mirar en internet todo lo referente al turismo rural y la forma de acceder a las posibles subvenciones que en su momento comentó Ruiz.

Busqué un rincón tranquilo cerca de la chimenea para tomar el desayuno y usar mi portátil. Empezaba a recuperar la sensibilidad en la punta de los dedos cuando se acercó el camarero, qué calorcito más rico el del fuego. Pedí la clave de la wifi como si formara parte de la comanda: un café, una tostada, mantequilla, mermelada, zumo de naranja, clave de la wifi...

Mientras esperaba pude observar todo lo que me rodeaba con un interés inquisitivo, mucho más que la primera vez que estuve allí. La decoración era moderna: lámparas, cuadros, esculturas..., mucho diseño y grandes ventanales desde donde se podía contemplar el formidable paisaje. Todo eso unido a las maderas rústicas y a los muros de piedra caliza, daban esa miscelánea tan resultona al establecimiento. El pedido llegó en una bandeja, incluyendo el código alfanumérico para la conexión a internet. El Balneario era un establecimiento realmente bonito, no llegaba a ser de puro lujo, pero era evidente que montar aquello debió costar una fortuna; sumando mis ahorros y el préstamo del lituano no nos llegaría ni para pagar la recepción de este hotel. El planteamiento tenía que ser otro. Empecé a mirar en internet eso tan recurrente que se había dado en llamar: hoteles con encanto, que en algunos casos era sinónimo de hoteles cutres pero con florecitas. Viendo las fotos de algunos establecimientos me di cuenta que era posible hacer algo decente sin gastar demasiado, realmente había cosas muy interesantes, sólo era una cuestión de imaginación, y ese era, precisamente, mi punto débil, una falta total y absoluta de imaginación. Yo nunca había sido muy creativo, en mi trabajo no necesitaba serlo, me bastaba con seguir la rutina, casi todo lo que pasaba por la clínica no revestía gravedad y si alguna vez se presentaba algún caso más complejo, me lo quitaba de encima como si quemara, derivando al enfermo al hospital. Nunca me consideré un buen médico, era prudente, eso sí, que no es poco, pero esa desgana, que fue aumentando con los años, se debía precisamente a mi falta de creatividad. No veía más allá de lo que conocía, y eso sumado al escaso o nulo interés por aumentar mis conocimientos, me fue dejando en ese estado de dejadez en el que me encontraba. Lamentable. No hay

culpables, sólo yo. En cualquier caso, esto no era comparable, aquí no se trataba de extirpar pólipos en busca de algo maligno, no, sólo era una cuestión de saber qué hacer con los recursos disponibles. La casa estaba ruिनosa, cierto, pero tenía su encanto, por fuera era agradable, de una sencillez sugerente, con su jardincito junto al río, un enorme tejo en un extremo y, una vez más, el entorno, el amplio valle rodeado de escarpaduras que se reflejaban en las aguas quietas del embalse como si fuera un espejo. Quizá con eso bastaba. Sin gastar demasiado. Y si no tenía imaginación, otros sí la tenían, cientos de fotos lo confirmaban, tendría que aprovecharme de las ideas ajenas.

Envuelto en todas esas imágenes de fachadas, jardines, muebles, baños..., intentando apropiarme de ellas y trasladarlas a nuestro proyecto, empecé a sentir un agradable sopor. En el Balneario se estaba calentito y aunque me resistía a base de cabezadas al aire, al final el sueño me acabó venciendo.

—Eh, amigo...

—Sííí...

—Amigo, despierte...

—Eh, sí, ah, perdón, creo que me he quedado dormido.

—Tranquilo, no pasa nada.

—Ya, ya me acuerdo, estoy en... sí, en...

Tenía la cara pegada al teclado. Además de notar las teclas tatuadas en el pómulo, las pulsaciones involuntarias de mi cara sobre el *enter*, habían provocado la apertura de un aluvión de páginas publicitarias que, al final, habían derivado en otras cuyo contenido no era para presumir.

Torpemente, intenté cerrar todo aquel desbarajuste para dejar la pantalla con mi fondo habitual, un paisaje campestre con cervatillos. Hasta ese momento no me había fijado en lo hortera que era. A mi lado un señor algo mayor que yo, bien vestido y con gafas de montura fina, esperó pacientemente a que acabara con mis evoluciones. Yo mismo tuve que esperar hasta verme en situación de hablar con un mínimo de coherencia. No era la primera vez que me pasaba, si me dormía a deshoras los despertares eran terribles.

—Permítame que le invite a su desayuno —dijo mi interlocutor tras esperar pacientemente a que me hubiera recuperado.

—¿Nos conocemos?

—Aún no. Pero eso tiene fácil solución. Faustino Romerales —se presentó el desconocido al tiempo que me ofrecía la mano.

—Germán Antolínez —dije yo mientras le tendía la mía.

—Encantado. Soy el director del Balneario, para servirle.

—Lo mismo digo. Un sitio precioso, le felicito.

—Gracias. Sí, estamos muy contentos con nuestro establecimiento.

—No es para menos.

—Somos una franquicia, ¿sabe usted?

—Pues no, no tenía ni idea.

—Del grupo Buenas Aguas.

—Ah...

—¿Y entonces?, ¿usted...?

—¿Yo...?

—La casa del río, el Barecito creo que se llama.

—Sí, el Barecito.

—Pues eso, el Barecito.

—Perdone, no le sigo —estaba seguro de estar bien despierto, pero...

—Tengo entendido que quieren ustedes abrir un hotel.

—Ah, eso. Sí, algo modesto, sin pretensiones.

—Ya, pero, verá, esto es muy pequeño. Dos hoteles en este pueblo, no sé...

—Bueno, es posible —dije yo por decir algo. No entendía muy bien a ese señor.

—Y, entonces, ¿qué piensan hacer? Porque aquí, no va a poder ser.

Tener una conversación tan extraña recién levantado de la siesta (quizá no fue exactamente una siesta) me produjo un gran desconcierto.

Faustino Romerales en su ambigüedad me incitaba a imaginar cosas

raras, tanto que al pensar en él me salía llamarle don Fausto. No es que pensara que su alma ya no era de su propiedad, como en el antiguo mito

germánico, no, yo empezaba a verlo como el mismísimo diablo. ¿Acaso

me estaba diciendo que ese pueblo era demasiado pequeño para los dos?

O sea, ¿me estaba amenazando? O diablo, o pistolero desubicado. No

podía ser, me dije, serían figuraciones mías. Tenía que ser eso y ese señor

tan majo que, además, me invitaba a desayunar no estaba insinuando lo

que a mí me parecía que quería insinuar. Para ser yo poco dado a usar la

imaginación, es posible que en esta ocasión la hubiera dejado volar. O no.

—Si me permite un consejo —dijo mientras se levantaba de la silla—, yo

de usted dejaría las cosas como están. Aquí no hay sitio para otro hotel.

Que pase un buen día.

No le contesté, ni siquiera le di las gracias por la invitación, menos aún

por el consejo. Don Fausto (definitivamente don Fausto) se alejó por un

pasillo largo hacia una parte del hotel restringida a los clientes, supuse

que allí tendría su cubil. Sin ganas de seguir cogiendo ideas ni de dar

paseos, volví al Barecito para reflexionar. Esperaba encontrar a Valentina

ya operativa para que reflexionara conmigo, a ver si aunando reflexiones

encontraba otra interpretación que no fuese la de haber sido invitado a

salir del pueblo. Al llegar se despejaron algunas dudas.

El obrero que ayudaba a Alberto a cargar el escombros salía de detrás de

unos arbustos abrochándose los pantalones. Con la cara aún enrojecida

me dijo que tenía el colon irritable y se veía obligado a realizar frecuentes

paradas. No es que no fuese sensible a una enfermedad tan molesta, pero

iba a pagar un sueldo a un tipo que se pasaba la mitad del día en cucullas,

y seguía sin saber su nombre.

—¿Qué hacéis? —pregunté a Sánchez al ver que guardaba las herramientas en la furgoneta—, apenas son las once de la mañana.

—Han parado la obra.

—Cómo que han parado la obra, ¿quién?

—Los del ayuntamiento, ha habido una denuncia.

Sólo acerté a decirles que debía ser un error y que en cuanto se

solucionara el problema les volvería a llamar. Tendría que hacer una visita al alcalde, si los del Balneario querían guerra, la tendrían.

—Yo también me voy —Valentina ya se había levantado, se había vestido y guardaba su maleta en el coche.

—¿Adónde?

—Me ha llamado un cliente para pedirme un catering, es un buen cliente así que me vuelvo a Madrid, además yo aquí no pinto nada. Tú puedes llevar la obra sin mi ayuda, cuando esté más avanzada volveré.

Me dio un beso de despedida, metió su culo, su magnífico culo, en el coche y se fue. Desde dentro y sin abrir la ventanilla me dio un último consejo:

—Y abrígate, que hace un frío que pela.

Mi amiga, socia, compañera de piso y principal protagonista de mis fantasías sexuales, me dejaba sólo; en ese pueblo perdido, a punto de empezar el frío, más frío, mucho más frío, y con un marrón que no sabía muy bien cómo solucionar.

Y llegó el frío.

Por segunda vez en pocos días, entraba en el ayuntamiento, en esta ocasión solo. El alcalde no estaba, tampoco el conserje, no había nadie. Una mujer que salía en ese momento de una casa cercana me inquirió con gesto huraño: ¿por quién pregunta?, al decir que al alcalde soltó un bufido y dijo: no creo que venga ya, estará con las vacas.

En los pueblos pequeños como aquél, los alcaldes no son como uno imagina, pasaba lo mismo que con los constructores. Y el alcalde, hombre peludo, accesible y de buen trato, cumplía fielmente con sus obligaciones dentro de la alcaldía, sin descuidar las suyas propias, que, como cualquier vecino de Las Caldas tenían que ver, sobre todo, con la ganadería. Nada de grandes explotaciones con animales estabulados y modernos equipos de ordeño, no, allí todos tenían sus cuatro vaquillas, algunas ovejas, conejos, gallinas..., todo en cantidades pequeñas; para el consumo diario, alguna venta ocasional o incluso trueques, si llegaba el caso. Con eso, la caza, y los turistas que en verano lo llenaban todo, los apenas cincuenta habitantes del pueblo, subsistían sin problemas. El alcalde, era alcalde, pero antes que eso era vecino y su forma de vida no variaba un ápice de la de sus paisanos. Lo encontré en la cuadra adosada a su casa, tal y como me dijo la mujer unos minutos antes. Estaba sacando paja sucia con una herramienta de puntas afiladas (luego supe que se llamaba horca, como la ballena pero con "h") y la depositaba en un remolque enganchado a un todoterreno. Un fuerte olor lo impregnaba todo.

—¿Qué, estamos de limpieza? —pregunté. Una de esas cosas que se preguntan a pesar de la evidencia.

—Hombre, Germán. Pues sí, aquí quitando un poco la mierda de las vacas. Éstas no perdonan, hay que estar encima de ellas todo el día. Y casi por amor al arte, ya ni la leche, ni los terneros... esto cada vez deja menos.

—Son malos tiempos —dije yo para empatizar. Aunque lo decía de corazón.

—Oye, siento lo de la obra.

—Precisamente de eso quería hablar.

—Ya, me lo imagino. Faustino no es mala gente, pero claro, ve venir la competencia y se acojona. Se enteró que no tenías el permiso de obra y denunció. No he podido hacer nada.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Pues nada, métele prisa al arquitecto, se presenta el proyecto y en cuanto esté el permiso sigues. Tampoco hay que preocuparse.

—Supongo que no. Espero que la cosa se quede ahí, el tal Faustino se lo ha tomado un poco mal. No quisiera malmeter, pero me ha amenazado para que me vaya, eso sí, con mucha delicadeza.

—Sí —confirmó risueño—, se ha vuelto muy fino el jodido Faustino, ahí donde lo ves, tan elegante, pues antes criaba cerdos en el mismo sitio donde ahora está el Balneario. Buen pelotazo dio, tenía lo de las aguas en la finca de toda la vida, un incordio porque aquello apestaba como un gato muerto, son aguas ferruginosas, sulfatadas y no sé cuantas cosas más. Hasta los cerdos parecían molestos en ese fangal y mira tú por dónde, un buen día vino una empresa que se dedica a abrir balnearios por toda España, dijeron que esa agua era medicinal y le ofrecieron un buen dinero para montar uno de sus hoteles-balneario. Vendió los terrenos, se deshizo de los cerdos y encima le dejaron como encargado. En realidad no hace nada, eso lo llevan directamente desde Barcelona, pero como Faustino es de Las Caldas y conocía a todos los del pueblo les interesaba tenerlo en el Balneario para controlar al personal, así que se pasa todo el día arriba y abajo y va diciendo a todo el mundo que es el director.

La información era valiosa, toda información es buena, aunque en este caso no sabía muy bien cómo utilizarla. Por un lado me tranquilizaba saber que era buena gente, dicho por el alcalde, que se ve le conocía de toda la vida, pero por otro lado, saber que quien me amenazaba se había dedicado hasta hacía poco a la cría de cerdos y que esa imagen de caballero refinado era pura fachada... no sabía que pensar, si hasta las gafas eran de mentira. Ése ve mejor que tú y yo juntos, me dijo el alcalde muerto de risa.

No había nada que hacer. Hablé con Ruiz, ¿el proyecto?, sí, va bien, ¿para cuándo?, pues pronto, una semana. ¿Y no puede ser menos?, ya veremos. Y a eso habría que sumar el trámite del ayuntamiento, por suerte el alcalde prometió agilizarlo todo, allí no había oficina técnica; el papeleo se llevaba a otro pueblo más grande, pero ahora se construía poco y seguro que lo despacharían con premura.

—No te apures, que eso va rápido. Lo malo es que luego se mete el frío... Esos puntos suspensivos me dieron que pensar, ¿qué pasa si se mete el frío? No tenía ánimos para preguntar, así que dejé la conversación en ese punto. Tenía dos semanas de asueto, eso en el mejor de los casos. Podía volver a Madrid, a mi casa compartida. No tenía mucha lógica quedarse, pero me quedé. En esas dos semanas podía acondicionar el karaoke para volverlo habitable, quizá Alberto me podría echar una mano. Me fui hacia su casa para hablar con él, además de su ayuda, necesitaba también una segunda opinión sobre el extraño incidente con el "director" del Balneario, es posible que él supiera cómo encarar el asunto, después de todo, aquél

era un pueblo muy pequeño, se conocían todos y todos eran clientes habituales del Balneario.

—¿Faustino?, buena gente.

—Pero me ha denunciado y sus insinuaciones me han parecido un poco mafiosas.

—No te lo tomes muy a pecho. Son cosas de los pueblos.

Eso debía ser, cosas de los pueblos, y yo, a pesar de ser también de pueblo, no las entendía. Será que esas cosas no son iguales en los pueblos de montaña que en los pueblos de la Mancha. De todas formas, yo llevaba mucho tiempo viviendo en la capital como para saber discernir aspectos de carácter antropológico.

Cuando llegué a Madrid no era más que un chaval, con el instituto recién acabado y la ilusión de ingresar en la Universidad. Sin recursos tuve que sobrevivir a base de becas, insuficientes en cualquier caso para cubrir los gastos que suponía estudiar fuera de casa. Y por si esto no bastaba, tenía que seguir ayudando a mi madre, que, como ya he explicado se quedó en un limbo del que ya no salió. La familia de mi padre le dio la espalda y la suya también, no quisieron entrar en razón ni si quiera cuando descubrí lo del gen regresivo, por aquellos años podía más la palabra de Dios que la de la Ciencia. Cosas de los pueblos (bueno, cada uno tiene las suyas). En Madrid intenté ahorrar todo lo posible. Tuve el apoyo de don Ramiro, el médico de mi pueblo, a quien le hizo ilusión que yo siguiera sus pasos y para ayudarme habló con un amigo que a su vez tenía un hijo estudiando derecho y no le importaba compartir piso conmigo. ¡No me jodas, pero si eres negro! Esa frase la escuché en más de una ocasión, ya me iba acostumbrando. Roberto, desde ese día mi compañero de piso, no era como yo esperaba. Había llegado a tercero de derecho con mucho esfuerzo, tanto que más parecía un profesor que un alumno, tenía veintiocho años, diez más que yo, una barba que le duplicaba la cara en volumen y dos aros de bucanero en la oreja izquierda. Desgarbado, barriga de buen bebedor..., un auténtico crápula que vivía a costa de su padre alargando esa carrera más que una maratón alrededor del mundo. Roberto vivía en una casa antigua con tarima de roble y techos altos en el barrio de Arguelles, buena zona. Me acogió bien, como a un hermano pequeño, adoptado, eso sí, una broma que se repitió mucho, sobre todo al principio, cuando se empeñaba en sacarme de casa a la fuerza para despaletizarme, llevándome a todos los antros que se cruzaban en nuestro camino. Él invitaba siempre y yo le seguía sumiso, decía que le traía suerte, conmigo ligaba más. Las chicas se nos arrimaban con una mezcla de curiosidad y lástima, yo era como un cachorrito, como un Chow chow al que todas querían acariciar. ¡Qué mono...! huy, perdona, que igual eso es ofensivo para vosotros. En el primer año de universidad cambie de casa cuatro veces. Con Roberto estuve tres meses, no tuve queja, ya digo, me trataba bien y nunca me dejó pagar nada, ni de la casa ni de los consumibles, vicios en su mayoría. Cuando llegaron los exámenes y el desastre se hizo patente, comprendí que si me quedaba en esa casa acabaría como él, pero sin un padre rico que me costeara la cojudez. Por suerte en ese tiempo hice amigos y de casa de Roberto pasé a otra menos

céntrica pero más soleada. Florencio vivía en Aluche, barrio obrero, en un piso nuevo, un octavo, con todas las comodidades de una vivienda recién estrenada, calefacción y agua caliente central, suelos de parquet, paredes con gotelé, terraza y lo más importante, dos baños (con Roberto acabé estreñido de tanto aguantar mientras él se recuperaba de sus borracheras agarrado a la taza del váter). Si Roberto era mayor, Florencio lo era aún más. Nos conocimos en la facultad, estaba en primero de medicina como yo, aunque en su caso ésta era su segunda carrera, antes había estudiado microbiología, trabajaba para unos laboratorios farmacéuticos y a base de relacionarse con el mundo de las enfermedades, le llegó una vocación tardía y quiso ser médico. Si Roberto parecía mi hermano mayor, Florencio bien podría haber pasado por mi padre. Era soltero, culto, educado, ordenado, estudioso, aseado, pulcro, refinado, maniático, obsesivo, compulsivo..., a los dos meses de vivir con él me tuve que marchar. Nunca salió de su boca una palabra malsonante, pero era capaz de estar dos días de morros y sin hablarme si encontraba una toalla mal doblada o un tenedor en el sitio de las cucharas. Al menos conseguí recuperar las asignaturas perdidas en el primer trimestre ya que lo único que hacía con él era estudiar. De allí me fui a un piso de estudiantes, éramos cuatro en un piso destartado. Para entonces ya había empezado a hacer algunos trabajos de fin de semana y podía pagar un pequeño alquiler. Vivíamos en la calle San Bernardo, cerca de la Plaza de España, en un ático sin las connotaciones que suelen tener este tipo de viviendas. El nuestro tenía unos tristes ventanucos en el tejado que sólo nos permitían ver una pequeña porción de cielo, tres dormitorios minúsculos sin apenas ventilación y una cocina con una ventana que daba a un patio de vecinos desde donde todos nos podíamos ver si no echábamos las cortinas, como nosotros, además, teníamos la ducha en mitad de esa cocina, nuestras vistas eran de las más demandadas. Compartía casa con dos estudiantes de Bellas Artes y uno que iba para director de cine. Los tres eran gays. Francisco, el único que había salido del armario, era un canario de la Gomera, enjuto y pizpireto, aunque tocaba todas las disciplinas artísticas, lo suyo era la escultura. Pasaba casi todo su tiempo en las galerías de arte viendo exposiciones de reputados artistas, apenas pisaba por la facultad convencido de que la única forma de triunfar en ese mundo era mostrando obras, no títulos. Mientras fingía admirar una exposición, y al menor descuido del galerista, dejaba alguna de sus obras junto a lo expuesto. Sorprendentemente, tardaban bastante en darse cuenta de la intrusión, el record lo consiguió en una edición de Arco, en donde dejó una de sus esculturas en el stand de la prestigiosa Juana de Aizpuru y nadie se percató hasta pasados cuatro días, el mismo día de la clausura.

Otro de mis compañeros de piso, el futuro director de cine, se llamaba Pedro y era manchego como yo. Estudiaba en la Escuela Superior de Imagen, se dedicaba a hacer cortos con una vieja cámara de súper 8 mientras esperaba la oportunidad de dar el salto al largometraje. Apenas nos veíamos, nunca venía al piso, excepto los viernes, día en que convocaba a sus amigos cinéfilos para ver alguna película de culto y

visionar sus cortos, hacía muchos, era tan prolífico como los directores de cine porno aunque claramente más aburrido. Yo solía encerrarme en mi cuarto para estudiar, pero en alguna ocasión me asomé a la proyección para empaparme de ese arte tan completo que es el cine. Un día Pedro anunció sin modestia que había logrado su obra maestra. Preparó el arcaico proyector, apagó las luces y..., durante quince interminables minutos apareció en pantalla, llenándola en su totalidad, un sonrosado pene en diferentes estados: flácido, menos flácido, morcillón, duro, duro con brillo, otra vez flácido. Las diferencias en tersura y tamaño se enfatizaban con un sonido estridente que según dijo estaba producido por un saxo alto, al cabo de un minuto los tímpanos me zumbaban como si alguien hubiese disparado un obús justo en mi oreja. Al acabar la proyección los presentes empezaron a gesticular ostensiblemente, aquello parecía un orgasmo colectivo, algunos le abrazaban con lagrimas en los ojos llamándole genio y cosas por el estilo. Tío, con esta metáfora de la vida, has logrado plasmar la esencia del sufrimiento humano. Esa noche apenas pude dormir, me desperté bañado en sudor. En mi pesadilla un enorme pene que tocaba el saxofón intentaba estrangularme con su propio pellejo circuncidado.

Al último de mis compañeros de piso, ni siquiera recuerdo su nombre, sólo lo vi una vez, el día que trajo sus útiles de pintor: caballete, oleos, pinceles..., quería la habitación para usarla como estudio. En los meses que estuve viviendo allí no vino ni una sola vez, ni a pintar ni a nada. Vivir en esa casa tenía sus ventajas, prácticamente estaba solo y el precio era razonable, pero tampoco duró.

El siguiente cambio estaba justificado, o eso creía yo. Una pareja, amigos de unos amigos, me ofrecieron vivir gratis en su casa a cambio de limpiar y hacer de canguro de su hijita algunos fines de semana. Jorge y Graciela. Acepté sin dudar. La única pega era la distancia, puesto que la casa se ubicaba en Galapagar, a unos veinticinco kilómetros de Madrid, y eso me obligaba a coger un tren para ir a la facultad. Es cierto que rara vez pagaba el billete, Jorge trabajaba en Renfe como maquinista y casi siempre viajaba en la cabina del conductor, con él o con alguno de sus compañeros que no les importaba hacerme ese favor. Yo aprovechaba esos trayectos para estudiar y el trabajo de la casa no me llevaba mucho tiempo, de manera que en esta ocasión el cambio podía considerarse un chollo. Claro que siempre hay un *pero*. La pareja era cuanto menos peculiar. Jorge era bajito y rechoncho y Graciela el perfecto prototipo de mujer jirafa. Aparte de en lo físico, también tenían diferencias en lo personal, se pasaban el día discutiendo. Casi siempre por cuestiones relacionadas con la educación de la niña, pero también por los hábitos de Jorge que nos hacían vivir con el corazón en un puño. Era cleptómano. Esa anomalía, enfermedad, desorden o como coño se le quiera llamar, lo convertía en una bomba de relojería y estar a su lado suponía estar constantemente expuesto a la onda expansiva. Aunque debo reconocer que en algunos aspectos, tenía sus ventajas. Cuando íbamos al súper para hacer la compra llenábamos el carro con todo lo que se considera de primera necesidad: leche, pan, fruta, yogures..., al llegar al coche y como

por arte de magia, Jorge sacaba del forro de su chaqueta una cantidad de productos tan sorprendente que desafiaba las leyes de la física. Salmón ahumado noruego, caviar iraní, quesos franceses, trufas, Carpaccios..., todas las delicatessen a su alcance acababan en aquel pozo sin fondo de su chaqueta, más parecía cuerno de la abundancia que prenda de abrigo destinada a mitigar el severo clima serrano. Nunca logré ver como lo hacía, y eso que procuraba no perderle de vista mientras comprábamos. No hubiera sido un gran problema de haberse limitado a la comida, por cara y exclusiva que ésta fuera, pero como un atleta que intenta superar su propia marca, Jorge quería más y más. Teníamos un gran huerto detrás de la casa, en una primera línea cultivábamos todo tipo de hortalizas para el consumo de la casa y al fondo, buscando una discreción difícil de lograr, crecían con exuberancia selvática una veintena de plantas de marihuana procedentes de dos buenas cepas. Cuando las plantas alcanzaron el grado de maraña y regar se volvió engorroso, Jorge quiso instalar un sistema de riego que nos facilitara el trabajo. Un día, estaba yo estudiando anatomía para un examen, me llamó para que le ayudara a descargar el coche, en el maletero llevaba un sistema de riego con el que se podría regar fácilmente una hectárea de terreno, de hecho se podía pues ese era el tamaño de la urbanización de donde lo había robado. Después de aquello empecé a preocuparme de verdad. Su problema lejos de disminuir, aumentaba. Nunca demostró temor alguno a ser pillado *in fraganti*. A su asombrosa habilidad había que sumar las drogas que le otorgaban la seguridad (o la inconsciencia) necesaria para apoderarse de lo ajeno. Además de la marihuana del huerto, Jorge empezó a consumir opio que el mismo cosechaba en el campo. Por increíble que parezca, las plantas de adormidera crecían de forma natural en los terrenos del Palacio del Pardo por donde pasaba la línea de Cercanías que él conducía. Sin cortarse ni un pelo, detenía el tren en mitad del campo, se bajaba y recogía la goma que brotaba de la planta previamente sajada con un cuchillo afilado. Los pasajeros se preguntaban la razón de esas paradas cada vez más frecuentes y empezaron a poner denuncias en Renfe, nunca supe cómo acabó aquello, ya que viendo venir el problema me largué de su casa sin despedirme antes de que pudiera salpicarme. Una nueva mudanza. La experiencia es un grado y yo empezaba a tener mucha. Aprendí a vivir con lo justo, mis posesiones tenían que entrar en una maleta, todo lo demás (algún mueble que cogía de la basura) se quedaba en la casa de turno como recuerdo de mi estancia en ella. Compartí piso con un modelo retirado antes de tiempo a pesar de su buen porte, porque en una pelea le cortaron la cara y ninguna agencia quiso contratarlo más. Con un matrimonio de ancianos que necesitaban ayuda para pasear a sus ocho perros. Incluso viví un par de semanas con uno de mis profesores de la facultad hasta que una mañana se coló en el baño con una erección de caballo mientras me duchaba. Durante mi época de estudiante compartí muchas veces casa, en ocasiones no pagué nada por la estancia, unas veces por amistad, otras como compensación por algún servicio y en otras..., lo cierto es que ya ni me acuerdo. Es posible que esa circunstancia me llevara a aceptar a Valentina como compañera de piso

sin pensármelo mucho, como una forma de saldar la deuda histórica que tenía con la solidaridad de la gente. También, y por esa misma razón, apreciaba tanto la soledad y ahora a pesar de tener una diosa curvilínea instalada en mi piso, yo prefería quedarme en ese pueblo perdido, helado de frío, viviendo en un puto karaoke.

Alberto me ayudó a colocar una estufa de leña en mi improvisada vivienda. De entre los muchos trastos que había en la propiedad, apareció una de buen uso, una de esas salamandras de hierro que podían funcionar lo mismo con leña que con carbón.

—Esto no tiene mucha ciencia, se hace un boquete en la pared para sacar el tubo y listo.

Efectivamente, no parecía complicado. La pared no era muy ancha y en un arrebato de hombría me ofrecí a picar el muro mientras él preparaba un poco de cemento para, una vez metido el tubo, tapar el agujero. Dicho así: nada, nada, yo lo hago, parecía un juego de niños. La técnica era simple, el cincel en una mano y el martillo en la otra. El martillo golpea el cincel y éste va perforando la pared poco a poco con cada impacto. El proceso se repite una y otra vez hasta lograr un boquete con el diámetro necesario para pasar el tubo. Esa era la teoría. La práctica: al tercer martillazo en la mano comprendí que era mejor usar guantes y a los cinco minutos de repetir lo del proceso, comprendí que había que tomárselo con calma. Tenía que parar para recuperar el aliento, cada vez más seguido y por más tiempo. En un descanso (en todos los trabajos se fuma, aunque yo no fume) Alberto cogió las herramientas y con unos cuantos golpes certeros terminó el trabajo. Para qué negarlo, yo era un alfeñique, sin músculos ni habilidad para los trabajos manuales. Por fortuna, mi amigo sí la tenía, la habilidad y también unos brazos de pocero para aplicarla. En cuestión de minutos los tubos estaban empalmados y el agujero debidamente sellado. Con la estufa instalada probamos su eficacia mientras nos fumábamos un porro (bueno puede que ahora sí fumase un poco). Ya quedó claro la última vez que no tolero bien la marihuana, cuando después de aspirar una sola bocanada emprendí un vuelo que por poco me deja lisiado de por vida. Pero ahora estaba sentado, no había ventanas abiertas cerca y el calorcillo de la estufa contribuía a un confort que ya empezaba a experimentar. Hay que aferrarse al confort.

—Tira bien y sin humo, creo que servirá —mencionó Alberto mientras se escuchaba el crepitar del fuego dentro de la estufa.

—Ya te digo, tronco —me escuché decir a mi mismo claramente afectado por el porro.

Mi opinión sobre las drogas era controvertida. Conviví con ellas en Galapagar, aunque me fui antes de probar aquella cosecha que crecía en el huerto y con el opio del Pardo nunca me atreví. El modelo de la cara cortada se inyectaba heroína de vez en cuando, después de pincharse decía con constricción: he vuelto a pecar. Aunque a veces sus comentarios tras el chute podían ser antagónicos: estoy en el cielo rodeado de ángeles. Su idea de la religión me confundía, era muy devoto de San Pancraccio, sin embargo, la figurita del santo que presidía un altarcito a la entrada del apartamento lucía un capuchón del pato Donald de los que se ponen en

los lapiceros. Así le gustaba más. En mi época de estudiante experimenté con algunas drogas, por lo general pastillas, destinadas a mejorar la atención y soportar las interminables horas de estudio. Durante mi matrimonio con Raquel probé el hachís como ingrediente de diferentes postres. Los amigos naturistas de mi exmujer eran muy aficionados a ese tipo de dulces y yo me dejaba arrastrar por inercia. ¿Falta de personalidad? Seguramente. Resumiendo, algo he probado, sí, pero poca cosa. Les cogí miedo una vez que vi sus efectos en un paciente, vivía cerca y entró en la clínica buscando ayuda. El tipo había fumado una marihuana muy potente y tuvo una reacción alérgica. En ese momento yo estaba solo y la recepcionista lo mandó a mi consulta. Su corazón retumbaba como un tambor, tenía la tensión por las nubes y todo el conjunto amenazaba con un colapso inminente. Tuve que administrarle un potente cóctel de tranquilizantes antes de mandarlo al hospital en una ambulancia. Estuvo a punto de morir. Uno supone que esas cosas sólo les pasa a los yonkis, que hartos de todo se meten pura mierda, o una cantidad suficiente para acabar de una vez, muchas veces las sobredosis son suicidios, pero ese tipo simplemente se fumó un canuto y casi se va al otro barrio. Aunque llevaba unos años ejerciendo la medicina, era la primera vez que me encontraba con un caso realmente grave. Como proctólogo, mis pacientes sólo precisaban tratamientos paliativos, cremas hemorroidales, anestesia local para alguna intervención y poco más. Es cierto que de vez en cuando me llegaban casos que se salían de mis competencias, pero nunca revestían gravedad. Un día llegó un paciente con el ombligo inflamado, le sobresalía como una pelotita por fuera de la barriga. Después de examinarlo, y al no ver nada raro, le pedí que se hiciera una analítica completa y mientras esperábamos los resultados le receté unos antiinflamatorios. El paciente con gesto compungido me preguntó si no le podría recetar también algún antidepresivo; dijo estar muy triste como consecuencia de la inflamación. No veía la conexión y pregunté el motivo. Me contó que tenía el ombligo redondo y perfecto, un hoyuelo que dominaba el centro de su barriga. Todas las mañanas al despertarse lo primero que hacía era mirarse el ombligo para recoger las pelusas que desprendidas de su ropa terminaban en aquel vórtice natural. Ese acto íntimo le proporcionaba un placer indescriptible y cuanto mayor era la cantidad de pelusas, mayor era su gozo. Desde que su ombligo se inflamó proyectándose hacia afuera, estaba sumido en una profunda depresión. Su relato me dejó perplejo. En esos momentos me alegraba de no haberme dedicado a la psiquiatría.

Qué extraña historia la del ombligo, pero ¿era real?, ¿sería el canuto?, ahora tenía dudas.

—Tío, deja de tocarte el ombligo —dijo Alberto—, me estás dando grima. Solucionado el problema más acuciante, morir congelado, el resto fue adaptándose a mis necesidades con el temple de un pragmático puro. Una cama, una mesa, dos sillas, un sofá... Ese vasto espacio que sirvió de salón de baile y karaoke, y que serviría en breve para, al menos, dos habitaciones del futuro hotel; servía ahora de casa. Mi casa hasta que la obra estuviera terminada.

—¿Cómo lo llevas?

—Igual. Esperando, ¿y tú?

—Bien, me han pedido otros dos catering, en esta época hay muchas celebraciones. Por cierto, tu cocina funciona estupendamente, está como nueva.

—Sí, yo no soy muy de cocinar. Cuida de la casa.

—Sin problemas.

Nos despedimos con un beso y tras apagar el móvil pregunté a Alberto si faltaba mucho. Habíamos salido de excursión, a falta de otra cosa que hacer, mi amigo se ofreció para enseñarme los alrededores. Claro que no me imaginaba que esa palabra tuviera un significado tan amplio.

—Pues media hora, más o menos, eso hasta la cumbre, luego una hora más de bajada hasta el otro lado del pantano y volveremos bordeándolo, en total unas tres horas.

Cuando me dijo *alrededores* pensé que se refería a las afueras del pueblo, no a toda la puta montaña.

—¿Qué tal con Valentina? —preguntó Alberto.

—Supongo que bien, ¿por qué?

—Por nada, sois una pareja poco convencional.

—Valentina y yo no somos pareja. Sólo socios.

—No me jodas. Entonces, ¿no te la tiras?

No quise contestar. Nunca me gustó hablar de intimidades, menos aún alardear y su consecuencia directa: mentir. En este caso prefería callar acogiéndome al axiomático *quien calla otorga* y también, para que negarlo, callaba porque me faltaba el resuello subiendo por aquellos cuestolones.

Ruiz entregó el proyecto terminado y visado en el ayuntamiento. Todo estaba en orden. Unos días más tarde me avisaron para recoger el permiso de obra. Sentí una ligera euforia al ver ese papelito en mi mano. En un arrebató que no se correspondía con mi carácter me fui al Balneario para tomar un café, esperaba encontrar allí a don Fausto. Había varias personas sentadas en las mesas, supuse que eran clientes alojados en el hotel, algunos llevaban puesta el típico albornoz blanco de toalla con el logotipo del establecimiento bordado sobre el bolsillo. Los tratamientos que se ofrecían iban desde las aguas sulfurosas, a los barros de diferentes texturas, masajes con piedras calientes, con aceites esenciales, con algas marinas traídas del cantábrico..., se podían recibir tantos tratamientos que algunos clientes no se quitaban el albornoz en todo el día. Me gustan los balnearios. Una vez estuve en uno cerca de Zaragoza. Recién separado quise darme un homenaje para celebrarlo, o para compadecerme de mí mismo, no lo recuerdo bien. En aquel lugar las aguas brotaban directamente de la roca a una temperatura de cincuenta grados, al pie mismo de unos acantilados rocosos de imponente altura, una pared rojiza con numerosos agujeros en donde anidaban todo tipo de pájaros, los mismos que revoloteaban por todo el recinto inundándolo todo con colores y trinos. El balneario disponía de unas piscinas pequeñas con pececillos que se alimentaban de la piel muerta de los bañistas, un método de esfoliamiento natural que gozaba de gran aceptación entre la clientela. Al

principio el procedimiento me pareció un poco asqueroso (unos bichos que te mordisquean los pies después de comerse las callosidades del vecino), pero al cabo de un rato de sentir ese cosquilleo entre los dedos, empecé a experimentar un placer que no había imaginado. Sentados en el borde de la piscina nos remojábamos al mismo tiempo media docena de personas, cuatro eran ancianos artríticos (casi todos los clientes lo eran) y una mujer joven que parecía fuera de lugar, es posible que ella pensara lo mismo de mí. La chica, tendría poco más de veinte años, se colocó a mi lado, metió los pies en el agua y casi instantáneamente una nube de pececillos plateados surgieron de un lateral arremolinándose a su alrededor. El estanque de los peces se hallaba en un extremo del jardín, bajo una espesa fronda vegetal, rododendros, madreselvas y jazmines que dejaban un olor dulzón en el ambiente, un lugar tranquilo que favorecía un goce tan epicúreo. Los ancianos ronroneaban como gatitos con el trabajo de los peces, ése, junto al canturreo de los jilgueros, era el único sonido en aquel remanso de paz, hasta que, de pronto, la chica empezó a mover rítmicamente las piernas, primero con suavidad, luego con más energía, al mismo tiempo que se iba metiendo cada vez más en el agua hasta quedar sentada en el fondo con el agua por la cintura, los pececillos fueron subiendo de los pies a los muslos mordisqueando cada centímetro de su piel. Entonces, el casi silencio fue cediendo terreno a los gemidos, al principio leves, la chica respiraba a trompicones dejando que esos suspiros crecieran hasta convertirse en gritos. Los ancianos me miraban con espanto, como si yo fuese el responsable de aquello, seguro que la culpa es del negro, parecían pensar: qué más quisiera yo. Escandalizados, se levantaron torpemente mientras mascullaban entre dientes algo que no llegué a entender, sus comentarios no me importaban demasiado, teniendo como tenía toda mi atención puesta en el espectáculo que se representaba a mi lado. No sabría decir cuánto duró, yo me quedé inmóvil, no me atrevía ni a respirar, estaba turbado, pero al mismo tiempo encantado de asistir en directo a un orgasmo tan hermoso, pues así me lo pareció cuando por fin llegó al clímax. Permaneció un par de minutos en silencio, quieta, sumida en lo más profundo de sus pensamientos, con una sonrisa beatífica adornándole el rostro todavía arrebolado. Después se levantó, me dijo hasta luego y salió del estanque dejando un vacío que no he conseguido llenar en todos estos años, hasta los peces parecían tristes con su ausencia. Desde entonces me gustan los balnearios.

—Veo que sigue usted por aquí.

—Sí, le he cogido cariño a este sitio —don Fausto se sentó a mi lado como hiciera la primera vez.

—Me alegro. Esto es muy tranquilo y ahora, en cuanto llegue el frío, verá qué bonito se pone todo con la nieve.

¿Sería que don Fausto volvía a ser Faustino?, ¿quizá se trataba de un caso de doble personalidad y tendría que empezar a llamarlo Jekyll o Hyde según procediera? Fuese lo que fuese, ese cambio de actitud me gustaba, ni siquiera tuve que mostrarle el permiso de obra como método coercitivo para frenar sus impulsos mafiosos. Lo había llevado por si acaso. ¡Qué

coño, lo había llevado para restregárselo por la cara!, pero no hizo falta. Asimilando el nuevo *estatus quo*, quise corresponder su gesto dando pie a una conversación amistosa, sin mucho contenido, trivial, sí, pero ante todo civilizada.

—Entonces, aquí nieva mucho.

—¿Qué si nieva? Claro. Muchísimo. Más de medio metro puede caer, eso aquí en el pueblo, en la montaña más. Las ramas de los árboles se doblegan ante el peso de la nieve, de los tejados cuelgan, amenazantes como espadas de Damocles, los carámbanos de hielo, un espectáculo digno de verse, créame. Y cuanto más frío hace, más caliente se ponen las aguas del Balneario. Por eso tenemos siempre lleno en invierno. En verano es al revés, la gente se retrae con el calor.

—Bueno, es normal. Pero seguro que alguien vendrá.

—Sí, venir, viene gente. Aunque no se hacen tantos tratamientos, es comprensible.

Estuvimos un rato charlando, como dos viejos amigos. No salía de mi asombro, no sólo por el cambio en el trato, también al comprobar cómo ese hombre que antaño fuera porquero, se expresaba ahora con la elegancia de un poeta. Desconcertante. Cuando salí aludiendo tener muchas cosas que hacer, él se despidió cortés, me invitó al café y se ofreció para ayudar en todo lo que estuviera en su mano. Vivir para ver. De allí me fui derecho a casa de Sánchez, el alcalde me dijo que estaría atendiendo los animales (Sánchez también tenía unas vacas). Al llegar lo encontré subido a una escalera, arreglando las tejas sueltas del pajar. El hijo le alcanzaba los materiales que necesitaba aupado en equilibrio sobre unos paquetes de paja. Los saludé, ellos me saludaron y tras mostrar el permiso y mi disposición a seguir con la obra, Sánchez me dijo sin bajarse de la escalera que en cuanto parase podríamos continuar.

—¿En cuánto pare de qué? —pregunté sin entender a qué se refería.

—De qué va a ser, hombre, de nevar.

—Pero, si no nieva —dije divertido mirando un hermosísimo cielo azul.

Al día siguiente me asomé a la ventana, tuve que limpiar el vaho que cubría el cristal. No serían más de las ocho, el sol apenas había remontado lo más alto de la montaña. Aun así, un inesperado fulgor me cegó momentáneamente los ojos. No había visto tanta nieve junta en mi vida.

Nieve.

Pero, si no nieva. Eso dije. Una afirmación que hice en base a lo que veía, o, en este caso, a lo que no veía, es decir: nubes. No había ni una. A eso se le llama objetividad. Levantarme por la mañana y ver todo blanco podría haber sido una sorpresa mayúscula de no ser por lo que me dijo Sánchez ¿Tendría el constructor el don de predecir el tiempo? ¿Se basaría en hormigueros, avisperos o colmenas que, según su disposición, desvelan la dureza del invierno? ¿Serían las cabañuelas?, un arte más que una ciencia que se resiste a desaparecer. Sánchez me miró y leyendo en mi cara tantos interrogantes se adelantó diciendo: lo he visto en internet. Cuando parecía que volvíamos a empezar, un nuevo parón, paréntesis, interludio, entreacto, intermedio. Un nuevo recuerdo (no necesariamente relacionado con la nieve).

Antes de comenzar, quiero que sepa que no tengo nada en contra de los negros. Esta frase la escuché en numerosas ocasiones, casi siempre en el mismo escenario, mi consulta de proctología. Es posible que en otras circunstancias mis pacientes no hubieran mencionado algo así, ¿por qué iban a hacerlo? Y no es que yo tuviera la costumbre de preguntar: ¿tiene usted algo en contra de los negros? No, no es eso. Al contrario, siempre fui parco en palabras. Pero ante la inminencia de que un negro te meta el dedo por el culo, todo el mundo se pone a la defensiva y, *motu proprio*, suelta esa frase, o cualquier otra que se le venga a la cabeza, con tal de minimizar los efectos del procedimiento al que se van a someter. Esa misma frase, o muy parecida, la escuché previo doblaje, de boca de un personaje de ficción llamado Peligro. Haré un pequeño resumen por si a alguien le interesa. El joven Peligro, algo corto de luces, quiere ser campeón mundial de los superwélter, su improvisado entrenador es Morgan Freeman, el destinatario de la frase. El personaje de Freeman es un exboxeador tuerto que trabaja como asistente en un gimnasio cochambroso regentado por Clint Eastwood. Million Dollar Baby, ¡qué gran película! El exboxeador escucha la frase con resignada condescendencia y responde al joven Peligro: y yo lo celebro. En aquella época yo no hubiera sabido qué contestar. La razón es muy simple, en aquella época yo no me consideraba negro. Un momento, que nadie saque conclusiones precipitadas. Quiero aclarar que no reniego de esta raza, ni muchísimo menos, lo que sucede es que nací y crecí entre blancos, mis padres, mis abuelos, mis tíos, mis primos, mis vecinos, mis maestros..., todos eran blancos y yo me veía exactamente igual que ellos. Me costó mucho tiempo identificarme con la imagen que me devolvía el espejo, ¿quién es ese negro y que hace en mi cuarto de baño? Un amigo escribió una curiosa historia sobre una cabra. Aunque mi amigo por lo general escribe ficción, su historia es real. Si no me refiero a él como escritor es porque mi amigo no se considera a sí mismo como tal, a pesar de tener un total ocho libros escritos y haber publicado tres. La razón que esgrime es no haber conseguido vivir de la literatura. Tiene su lógica. En fin, la historia de la cabra la vivió en primera persona cuando pretendía ser cabrero (eso tampoco lo consiguió). Una cabra parió gemelos, a veces pasa, y la madre, o sea, la cabra, rechazó a una de las crías. En estos casos lo normal es sacrificar al cabritillo rechazado y hacer con él un buen guiso, pero mi amigo no quiso matarlo y lo crió a biberón al margen del rebaño. La cabritilla, pues era hembra, se crió con los perros compartiendo una zona de la granja, comía con ellos, bebía con ellos y jugaba con ellos en un patio adosado a la casa. A fuerza de estar con los perros, la cabritilla creció creyéndose uno más de los canes, tanto era así, que cuando salían al campo y los perros correteaban detrás de las cabras para cumplir con sus labores pastoriles, ella también corría y lanzaba bocados a diestro y siniestro a sus congéneres, lo único que le faltaba era ladrar. Esta historia sirve para ilustrar lo que yo sentía. Ya sé que es confuso. Al final, el tiempo nos pone a todos en nuestro sitio, la cabra acabó aceptando su condición y yo he hecho lo mismo. No tener nada en contra de los negros es normal, al menos en este país, y ahora lo celebro cada día. Los años

que trabajé en la clínica tuvieron sus momentos, no voy a decir que todos fueron malos. En alguna ocasión me planteé seguir estudiando para sacar la especialidad, en España no es obligatorio tenerla para ejercer la proctología. Pero entre los médicos existe un clasismo soterrado que a veces no se ve desde fuera y puede ser tan dañino como el que más. Cuando un colega especialista en lo que sea, te dice: ah, que tú no tienes la especialidad, es como si te dijera: que pasa, ¿no has tenido huevos para seguir, o es que no vales para estudiar? ¿Te conformas con ser un simple médico de cabecera? ¿Es que no aspiras a nada más? ¿Y te llamas a ti mismo profesional? Casi todas las especialidades en medicina tienen en común la terminación *ólogo*: Dermatólogo, traumatólogo, neurólogo..., también en otras disciplinas: arqueólogo, entomólogo, antropólogo... Esa terminación parece bastar para otorgar a su portador de un total reconocimiento. Sin embargo, ser proctólogo es como ser espeleólogo, se puede realizar sin tener un diploma en la pared. En la práctica es como no ser nada, incluso tienen algo en común: en ambos casos hay que adentrarse en oscuridades fangosas. No, en contra de lo que pudieran pensar algunos colegas, yo no me jactaba de nada y, es más, después de trabajar en este campo se le quitan a uno las ganas de especializarse. En cualquier caso, siempre realicé mi trabajo con profesionalidad. Lo uno no quita lo otro. Entre las funciones de un proctólogo se encuentra el tratamiento eficaz e indoloro de las hemorroides en condiciones ambulatorias. Diagnóstico y tratamiento de enfermedades inflamatorias del recto y del ano. Tratamiento de fisuras anales y perianales. Tratamiento de trombosis perianal (hemorragia con coagulo sanguíneo bajo la piel perianal). Verrugas y comezón en..., sí, lo habéis adivinado, en el culo. ¿Quién querría seguir estudiando y especializarse en esto? A diferencia de otros profesionales, los proctólogos sólo somos tratados con respeto por parte de nuestros pacientes cuando ven cómo nos ponemos los guantes y nos untamos de lubricante. Si la exploración es más profunda y se requiere instrumental, entonces el respeto es absoluto. Sin embargo, y a pesar de ese respeto un tanto interesado, al acabar todos se sienten incómodos, no lo digo sólo por las molestias derivadas de la exploración, es una incomodidad que trasciende lo puramente fisiológico. Normalmente los pacientes se visten en silencio, cabizbajos, evitan cruzar la mirada con el médico y salen de la consulta como si hubieran sido víctimas de una violación. Y si no es así, es decir, si un paciente se muestra encantado con la prospección, entonces, el que se siente incómodo es el médico. En todos los caso el proctólogo sale perdiendo. Cómo decirlo sin parecer grosero: es una mierda. Hasta eso está relacionado. Todos los chistes sobre el gremio son escatológicos y, por lo general, no tienen ninguna gracia. Es posible que lo de montar un hotel en un pueblo perdido de León haya sido un error, puede que me haya metido en un tremendo lío, que me haya precipitado. Pero, por algunas razones que empiezan a ser evidentes, estoy contento de estar aquí, admirando la nieve, la puta nieve que no para de caer imposibilitando cualquier intento de reanudar la obra.

Ahora comprendo que aunque tuviera la oportunidad de recuperar mi antiguo trabajo, ya no lo haría.

Después de cuatro días de nevadas ininterrumpidas, el quinto amaneció con un sol espléndido. Un precioso día que, sin embargo, trajo consigo importantes heladas; con la retirada de las nubes las temperaturas cayeron en picado. ¡Ahora sí hacía frío!, y si antes ya pensaba que mi ropa no abrigaba lo suficiente, ahora sabía que de no ponerle remedio moriría congelado. Mis zapatos de hipermercado tampoco eran el calzado más adecuado para la nieve. Sólo me permitían dos pares de calcetines al mismo tiempo, intenté ponerme más, pero la presión se hacía insoportable y temí que reventaran por las costuras. La suela no ofrecía el agarre necesario en un medio tan patinoso y cada dos pasos resbalaba incontroladamente, eso me obligaba a caminar como un pato cirrótico agarrando todo lo que se ponía a mi alcance para no acabar en el suelo. Para colmo a los diez minutos de andar pisando nieve empezó a calar el agua, los calcetines quedaron empapados y los pies completamente helados. El resto del atuendo también tenía deficiencias, los vaqueros no impedían el paso del frío, ni siquiera con el pijama debajo. En la parte de arriba no tuve dudas, me puse toda la ropa que había traído: cuatro camisetas, dos jerséis y por encima de todo, rematando el embutido en el que me había convertido, el abrigo liviano; ideal para salir a tomar unas copas por una calle de bares en Madrid, pero absolutamente ridículo en la montaña con una nevada de esta magnitud. Estaba jodido, helado y jodido. Me dirigí a casa de Alberto y Petra con la esperanza de que pudieran prestarme algo más adecuado, aunque sabía que iba a ser difícil, sin ser yo un gigante, la diferencia de tamaño con Alberto era notable. El intenso frío dejó el camino hasta su casa convertido en una pista de patinaje, parecía un cristal. Sujetándome como pude a los árboles ribereños alcancé un muro de piedra, me aferré a él como si fuera una barandilla y en seguida comprobé que también necesitaría unos guantes; nunca imaginé que las piedras pudieran estar tan frías. Cuando llegué por fin a la casa temblaba como las hojas de un sauce al viento, el sonido de unos golpes secos me guiaron hasta el otro lado, allí estaba Alberto, cortando leña con un hacha. Mi amigo jadeaba por el esfuerzo y su respiración se congelaba en el aire apenas salía de su boca formando pequeñas nubes. No entendía cómo podía trabajar con ese frío, para colmo, estaba en mangas de camisa.

—¿No tienes frío? —pregunté al verlo así.

—No hay nada como un poco de ejercicio para entrar en calor.

Con un golpe certero clavó el hacha en un tocón de árbol que le servía de apoyo y se puso a apilar la leña cortada en un cobertizo adosado a la vivienda.

—¿Tú como vas de leña?, la estufa que montamos el otro día chupa lo suyo y allí tienes poco para quemar.

—Puesssss... —otra cosa en la que no había pensado.

—Bueno, puedes cogerlo cuando quieras para que trocear unos troncos

—dijo indicando el hacha con la mirada—, aquí detrás de la chopera hay

un par de árboles caídos que te pueden hacer el apaño hasta que vayas a comprar un camioncillo.

—¿Un camioncillo?

—Aquí para pasar el invierno hacen falta tres o cuatro mil kilos de leña, nosotros la compramos en Tornos, el pueblo que está al otro lado del valle. No te preocupes ellos te la traerán hasta la casa. Ahora, eso sí, tienes que ir personalmente, es gente chapada a la antigua y no aceptan pedidos por teléfono.

—Pues supongo que tendré que ir —dije con resignación.

—En cuanto se pueda —matizó Alberto—. Pero no estés ahí parado, sube a casa o te quedarás como un pajarito. Petra está horneando galletas. Alberto terminó de apilar la leña y subió delante de mí, estuve a punto de pedir que me lanzara una cuerda, tenía las manos congeladas y apenas notaba los peldaños de la escalera al agarrarme a ellos. Esa maldita escalera iba a acabar conmigo. Al entrar en la casa noté un agradable olor a galletas y un, aún más agradable, golpe de calor, abajo tenían la chimenea a tope. Ciro me recibió con su habitual inocencia infantil.

—El señor no tiene pelo —eso me recordó que también iba a necesitar un gorro.

—Bonito día —dijo Petra saliendo de la habitación contigua con un plato en la mano.

—Precioso —asentí con una dosis justa de ironía.

—¿Qué, vas a seguir con la obra? —preguntó colocando el plato frente a mí.

—Eso mismo me pregunto yo —acepté una galleta—, hum..., qué buena.

—El señor no tiene pelo.

—Sí, cariño. No tiene pelo.

—Yo tengo pelo —Ciro se agarró la cabeza con ambas manos.

—Sí, mi amor. Tú tienes mucho pelo.

—¿Y tú?

—Yo también tengo mucho pelo.

—Supongo que Sánchez querrá seguir ahora que ha parado de nevar —dije retomando la conversación. Ciro tironeaba el pelo de su madre.

—Primero hay que limpiar las calles —dijo Alberto asomando por la ventana-puerta, había vuelto a bajar con una mochila para llenarla de leña para la chimenea.

—Claro, claro. Y, aquí, ¿cuándo limpian las calles?

—En cuanto llegue la máquina quitanieves.

—Y, ¿eso será...?

—... —Alberto se encogió de hombros.

—Unas veces tarda más y otras menos —dijo Petra cogiendo al niño del suelo —huy, qué olooor ¿quién tiene caca?, ¿el nene tiene caca?

—No, no tiene.

—Sí, sí que tiene y vamos a quitarla ahora mismo.

—No, no, no tiene —protestó Ciro mientras Petra se lo llevaba a la otra habitación en volandas.

—Bueno —insistí—, entonces, ¿cuándo viene la máquina quitanieves?

—Depende.

- —enarqué las cejas
- Depende de la cantidad de nieve.
- Y, ¿en este caso?
- Hay bastante.
- ¿Entonces?
- Tres, cuatro días, no sé sabe.

Tres o cuatro días. Primero nieva, luego para, luego hay que esperar a la quitanieves y luego, supuse que luego volvería a nevar y regresaríamos al principio, me dio la sensación de estar atrapado en un bucle. Ahora entendía lo que significaba estar incomunicado, todos los inviernos salía en los noticiarios algún pueblo perdido en la montaña que se quedaba aislado por la nieve. Pero nunca pensé que yo estaría en uno de esos pueblos. Decidí no preocuparme por la nieve ni por la obra y dar prioridad a lo más urgente: la ropa.

—¿Tienes algo de ropa para prestarme? Me temo que no he traído nada adecuado para este clima.

—Ya me había fijado —dijo Alberto.

—¿Tienes algo?

—No creo que te valga nada de lo que tengo, lo siento.

—No te apures, lo suponía —dije resignado. Miré mi corpachón y luego miré su cuerpecillo de titiritero.

—En el pueblo de al lado hay una tienda que vende ropa técnica, Goretex, Thinsulate y cosas así. Prendas de alta montaña.

—Estupendo —dije mirando la capa de nieve—, eso si pudiéramos llegar hasta allí.

—Bueno, podemos ir esquiando.

—Yo no sé esquiar.

—Puedo enseñarte.

—No tengo esquís.

—No te preocupes, yo tengo algo de material para alquilar, te puedo dejar unos.

Una vez estuve en el puerto de Navacerrada. Unos amigos me convencieron para pasar un día en la estación de esquí de la sierra madrileña. No había mucha nieve, aquél fue un invierno especialmente seco. No obstante, la estación disponía de cañones especiales con los que se podía fabricar nieve de forma artificial. Las manchas de tierra y hierba proliferaban por toda la montaña, excepto en las pistas, allí las máquinas habían dejado una especie de carretera blanca por donde bajaban en tropel un millón de personas (quizá no había tantos, pero lo parecía). Era un espectáculo lamentable. No sé cómo me dejé convencer para sumarme a la fiesta. Mis amigos alquilaron esquís, botas, bastones y toda la parafernalia necesaria para la práctica del deporte blanco. Unos minutos más tarde estábamos inmersos en la vorágine de esquiadores, apenas tocábamos a unos pocos metros de superficie blanca para poder deslizarnos ladera abajo. No se apreciaba mucha pendiente, pero ésta fue suficiente para que, una vez puestos los esquís, la fuerza de la gravedad me impulsara hasta alcanzar una velocidad considerable. De haber sabido girar, derrapar y frenar, esa velocidad habría resultado perfecta para

disfrutar de la experiencia, pero yo no sabía ni girar ni derrapar y para cuando descubrí que tampoco sabía frenar, ya me había estrellado. El poste que me paró tenía un cartel en el que se podía leer: "fin de la zona esquiable". Me desperté en un dispensario con un terrible dolor de cabeza y muy pocas ganas de volver a probar eso del esquí. Sí, es cierto, tengo cierta propensión a despertar en los dispensarios tras recibir un golpe.

—No creo que sea buena idea.

—Venga, ya verás cómo te gusta. No puedes quedarte todo el día pegado a una estufa, además, el ejercicio al aire libre te sentará bien.

Llevaba unos cuantos días sin correr, Valentina y yo habíamos mantenido nuestro habito saludable y salíamos a trotar todos los días, pero desde que regresó a Madrid, me dejé llevar por la vaguería. En cualquier caso, tenía que reconocerlo, echaba de menos el ejercicio.

—Supongo que tienes razón —dije con una leve sonrisa.

Era la segunda vez que accedía a probar el deporte blanco, un deporte en el que los negros no habían destacado nunca. ¿Alguien recuerda un campeón de esquí negro? Si exceptuamos a los jamaicanos que participaron en unas olimpiadas practicando el bobsleigh, las incursiones de los negros en los deportes de invierno habían sido mínimas. Aunque la globalización había roto muchos tópicos y no era raro ver negros en los países nórdicos (en países como Canadá la población negra es notable), por alguna razón que los antropólogos no han logrado desvelar, y si lo han hecho yo no me he enterado, los descendientes de africanos no tenemos la destreza necesaria para resbalar de una forma controlada. Podemos correr y saltar mejor que nadie (bueno, no todos), pero en cuanto nos ponen una superficie deslizante bajo los pies somos como el dibujo animado de un pingüino. Ese atavismo tan incrustado nos retrotraía continuamente a la sabana y al mismo tiempo nos alejaba de los glaciares. No se puede tener todo.

—Creo que éstos te pueden valer —dijo Alberto entregándome un equipo de esquí.

—Pero, estos esquís son muy finitos, y las botas tampoco....

—Son esquís de fondo.

¿Esquís de fondo? Si ya me parecía difícil esquiar con unos esquís normales, anchos y sólidos y que, además, se utilizaban con unas botas rígidas que al menos garantizaban que no te partieras un tobillo; y de repente, me encontraba con unos esquís como palillos que había que usar con una especie de zapatilla tan liviana como mis zapatos de supermercado. No quise decepcionar a Alberto y me entregué con resignación al aprendizaje convencido de acabar en lo más profundo de un barranco. Para mi sorpresa, el esquí de fondo resultó más sencillo de lo que esperaba. Se trataba de hacer resbalar el esquí hacia delante con un movimiento similar al caminar, primero uno y luego otro, la suela tenía unas escamas que impedían que resbalara hacia atrás, lo que resultaba muy útil. Así, paso a paso, se podía avanzar con una agradable sensación de control. Utilizábamos la propia carretera como pista, la capa de nieve era tan espesa que ni los todoterrenos podían circular por ella. Disponíamos de todo el recorrido para nosotros solos y tenía que

reconocer que me encantaba. La naturaleza era apabullante, las montañas, los bosques, los acantilados. El río que más abajo alimentaba el pantano discurría paralelo a la carretera abriéndose paso entre las rocas mientras mostraba su ímpetu, en sus márgenes el hielo servía de transición entre la nieve y el agua, allí dejaba una superficie irregular repleta de reflejos, formas caprichosas que parecían esculturas en constante transformación. ¿Qué había sido del urbanita adicto a la tele y a internet? Con cada paso me sentía más seguro, eso nos permitía ir más rápido, ris, ras, ris, ras..., deslizaba rítmicamente los esquís por la superficie lisa que cubría la carretera. Pronto el ejercicio me hizo sudar copiosamente y tuve que desprenderme de algo de ropa. No había duda, ésa era una buena forma de entrar en calor. El pueblo estaba a unos quince kilómetros, una distancia que me pareció tremenda, sobre todo al saber que luego tendríamos que regresar por el mismo camino. Un paseo, eso fue lo que dijo Alberto, que estaba habituado a distancias mucho mayores y también más complicadas. De todas formas no me podía quejar, la carretera era casi llana, apenas una ligera pendiente de subida muy suave que se mantenía durante los primeros doce kilómetros, claro que, todo lo que sube, baja. Ahora viene lo divertido. Ese comentario de Alberto tendría que haberme puesto sobre aviso, sin embargo, yo, como un perfecto ignorante contesté: genial, y ¿por qué? La respuesta vino sola. Al coronar un pequeño collado pudimos ver el pueblo a lo lejos. Comprobé que la carretera por nuestro lado del valle ascendía a lo largo de doce kilómetros los mismos metros que luego, al otro lado, descendía en apenas tres. Hice un esquema mental del perfil de la etapa y la línea resultante me hizo tragar saliva. Al otro lado, la pendiente era terrorífica, una bagatela si vas en coche, desde luego, incluso andando, y podría estar de acuerdo con Alberto en lo divertido que resultaría si la bajada la realizáramos en bici, que sin ser yo un experto, me parecía un medio de locomoción fiable, pero no podía decir lo mismo al enfrentarme a esa pendiente en unos esquís de fondo. Si en su día ya me pareció difícil maniobrar con unos normales, prueba de ello fue mi experiencia en Navacerrada, con aquellos esquís finitos el control se me antojó imposible. Alberto se situó delante de mí para frenarme en caso de apuro, eso dijo, y a continuación me explicó que tenía que colocar los esquís en forma de cuña: así, sólo tienes que hacer esto. Luego se lanzó ladera abajo animándome a que le siguiera. Vamos, es fácil, mira cómo lo hago, gritaba. A los dos minutos ya le había perdido de vista, ¿mira cómo lo hago?, yo estaba demasiado ocupado levantándome del suelo cada instante como para mirar cómo lo hacía. ¿Fácil?, fácil era romperse todos los huesos y, desde luego, fácil era quitarse los esquís y bajar aquella pendiente andando, que fue justo lo que hice. No estaba mal para el primer día, pero tampoco había que excederse. Media hora más tarde alcancé la entrada del pueblo, Alberto me estaba esperando junto al totémico campanario de la iglesia. Me jaleaba como si estuviese a punto de cruzar una meta imaginaria.

—Muy bien, tío, lo has logrado.

Mueca de agotamiento que quiere parecer una sonrisa.

—Tranquilo que la vuelta es mucho más fácil, ya verás.

Mueca de incredulidad.

La tienda era pequeña, apenas veinte metros cuadrados para albergar todo tipo de cachivaches, desde bicis de montaña a las que sólo les faltaba un motor para reinventar la moto, a piraguas que a falta de espacio colgaban precariamente del techo. Al entrar Alberto saludo cordialmente al dueño, un tipo más o menos de su edad, con un aspecto similar y con el que era evidente compartía su afición por los deportes de montaña a juzgar por sus comentarios:

—El otro día hice la canal en la norte del Pico del Águila.

—Ah, sí, ¿y cómo está?

—Perfecta, Un hielo muy compacto en toda la canal con un par de resaltes que se ponen en 90 grados.

—Cojonudo, a ver si me puedo escapar para hacerla. Y cuando quieras vamos a la cascada, ya está formada y tiene una pinta buenísima.

—Pues, la semana que viene si quieres...

No entendía nada de lo que estaban hablando, usaban una jerga incomprensible para mí: tengo que afilar los pinchos, yo llevo los cacharros, he pillado unos Aliens súper pequeños... Los dejé con su charla mientras echaba un vistazo perdido en ese maremagno sin encontrar la sección de ropa de caballero, por un momento pensé que había estado a punto de estrellarme contra un árbol para nada, sin embargo, me equivoqué. En la pequeña tienda tenían todo tipo de prendas para combatir la dureza del clima de montaña, además del material con el que los osados montañeros las desafiaban, aparatitos mecánicos de los que ignoraba su uso y que Alberto acariciaba como si fuesen joyas. La ropa de montaña era muy colorida, con parches más coloridos aún para reforzar las partes sensibles al rozamiento, la denominaban ropa técnica, y según pude comprobar viendo los posters que adornaban la tienda, era la misma que usaban los más afamados alpinistas: chaquetas y pantalones hechos con materiales impermeables y aislantes, ropa interior térmica, botas para la nieve..., después de una breve selección asesorado por Alberto, adquirí todo lo necesario para afrontar el invierno. No tuve reparos en pagar un elevado precio por esas prendas, me constaba que eran de calidad y, por tanto, podrían durar muchos años, de todas formas, había pasado tanto frío en los últimos días que me hubiera dejado extirpar un riñón para conseguirlas. Empezaba a asimilar mi vida futura en ese lugar, no tenía muy claro si lograríamos nuestro sueño de montar un hotel-restaurant, pero no sé por qué, tenía el presentimiento de que no volvería a Madrid. Siendo así, no me importaba gastar un poco de dinero en algo tan importante como la ropa de abrigo. Es cierto, empezaba a pensar en el futuro, pero para tener un futuro, primero teníamos que terminar la obra, bueno, en realidad primero teníamos que empezarla, ya que no habíamos hecho prácticamente nada. Hasta ese momento no me había planteado la urgencia de las obras, pronto tendríamos que pagar la primera mensualidad al lituano y luego vendría otra, y otra..., era necesario acabar las obras y poner el negocio en marcha cuanto antes, de lo contrario acabaría con las piernas rotas y todo ese esfuerzo habría sido en vano.

Alberto no me engañó, una vez superados los tres kilómetros de subida, los doce restantes fueron en bajada suave, tan sólo había que dejarse llevar por los esquís. Resbalaban por aquella carretera cubierta de nieve sin llegar a coger una gran velocidad, suficiente en cualquier caso como para disfrutar de esa sensación y llegar en un periquete a Las Caldas. Mueca de felicidad.

Tonto es el que hace tonterías.

Me gusta Forrest Gump, una excelente película, y me gusta su protagonista, para mí uno de los personajes de ficción más entrañables de todos los tiempos. En un momento de la trama Forrest le dice a Bubba: tonto es el que hace tonterías. Es una definición perfecta que me viene como añillo al dedo, hago tonterías y como consecuencia de ello: soy tonto.

—Bueno, tú sigue con la obra, ya sabes que confío en ti al cien por cien. Por cierto he conocido a un tío majísimo y se va a quedar unos días aquí, en tu casa, ¿no te importa, verdad? Un beso, chao.

Esa es la cara que se le queda a uno cuando su socia le llama por teléfono.

Siempre me gusto el cine, es una de las pocas aficiones que he mantenido a lo largo del tiempo al margen de en qué situación me encontrase.

Cuando llegué a Madrid, en mi época de estudiante, era lo único que hacía aparte de estudiar. Como andaba siempre justo de dinero y el cine no era precisamente barato, utilizaba todos los recursos a mi alcance para poder costearme la adicción: el carnet de estudiante, el día del espectador, las jornadas cinéfilas y las ofertas de los cinestudios. Por suerte en aquellos años y en Madrid (ignoro cómo era en otras ciudades), se podía ver cine de calidad por poco dinero. El cine comercial solía ser más entretenido, pero las salas que las proyectaban no tenían ofertas, excepto el día del espectador, y, aun así, eran cines tirando a caros. Descartado. La asociación entre cultura y pobreza era un hecho y una vez se empieza a ser consciente de ello, incluso se podía presumir. Siempre había algún capullo que utilizaba el apelativo *cultureta* con connotaciones peyorativas, pero por lo general los pobres con inquietudes culturales éramos aceptados como un mal menor. Tiene que haber de todo. ¿Rambo? Por favor... Yo prefiero ir a los cinestudios, a ver buen cine, ¿sabes? El cine americano no me interesa, eso se lo dejo al populacho (los culturetas también podíamos ser unos bordes). Así que, para ser consecuente con lo pregonado había que tragarse jornadas de cine coreano, pero coreano del norte, cine iraní, senegalés, balcánico, indio..., hasta español. Y por sorprendente que parezca llegó a gustarme. Una de las pocas veces que asistí a un estreno comercial, en el cine Gran Vía si no recuerdo mal, fue para ver "Memorias de África", una película un poco pastelosa, pero, salvando las distancias, no se le podía negar cierta calidad. El esfuerzo económico estaba justificado; acababa de empezar a salir con una chica, y no paraba de decirle lo mucho que me gustaba el cine, y ante su: ah, ¿sí?, pues podíamos ir a ver la última de Robert Redford. No podía decir que no. Ni siquiera pude evitar ir en domingo en lugar del miércoles que es cuando se ofertaba el día del espectador. Allí me vi, inmerso en la

marabunta, como uno más, dispuesto a dejarme engullir por la enorme pantalla rodeado de cientos de personas (no recuerdo el aforo de ese cine, pero quizá eran miles). Yo estaba acostumbrado a cines pequeños, en los que apenas cabían cincuenta personas, y eso cuando se llenaban. "Memorias de África" tenía cosas buenas, aunque de eso me enteré mucho después, cuando la repusieron en televisión. En día del estreno estaba demasiado ocupado haciendo mimos a la chica mientras ella lloraba a moco tendido sin parar de decir, pero qué guapo, qué guapo, obviamente no se refería a mí. Me costó bastante tiempo superar mi aversión hacia Robert Redford, creo que no se me pasó hasta que, pasados unos años, me enteré que el famoso actor y director era también el creador de Sundance, uno de mis festivales de cine favoritos. Entonces y sólo entonces lo perdoné ¿La chica?, no duró mucho. Yo era bastante soso y aunque tuve unos cuantos rollitos, no fue gracias a mis habilidades. La fama de amantes superdotados que tenían los negros jugaba a mi favor, y al principio las chicas se metían solas en mi cama. Cuando descubrían que tenía una polla del montón y encima le daba un uso de normalito a torpe, reculaban con cualquier excusa y se largaban; poco a poco, o de golpe, hubo una que nada más acabar el folleto se vistió malhumorada y dijo: para este viaje no hacía falta echar alforjas; incluso en unas circunstancias tan poco propicias hay quien tira de refranero popular, sobra decir que no la volví a ver. El boca a boca no me benefició. Al menos esa brevedad en mis conquistas me dejaba mucho tiempo para estudiar, de haber sido un amante más completo es muy posible que no hubiera conseguido licenciarme. Mientras, seguí con mi afición por el séptimo arte. Al disminuir las citas, la necesidad de complacer a las mujeres asistiendo a los estrenos más sonados también disminuyó, algo que agradeció mucho mi siempre escuálida cuenta corriente. Una fórmula que utilizaba a menudo era la sesión continua, por el precio de una sola entrada se podían ver cuatro películas seguidas. Normalmente eran películas de género, casi siempre comedias antiguas; de Billy Wilder o de los Hermanos Marx. En esas jornadas maratónicas tenía como compañeros de butaca a otros culturetas tan sosos y aburridos como yo ¿Qué si había chicas en ese ambiente?, lo ignoro. Y si las había, yo desde luego, nunca las vi. Tuve que vivir con ello.

El cine nunca me decepcionó, y yo le correspondí manteniéndome fiel a sus dictados. Con mayor o menor entusiasmo, dejándome llevar por unos o por otros. Excepto en aquellas reuniones de cinéfilos con mi compañero de piso en las que se proyectaban cintas inclasificables, siempre disfruté con las películas. Más tarde, con la carrera acabada y ya incorporado al mercado laboral, mi situación económica me permitió asistir a todo tipo de salas para ver todo tipo de películas. Paradójicamente, el cine americano del que tanto renegué en un principio, empezó a ser mi favorito, y por el contrario, el europeo, asiático y africano, salvo honrosas excepciones, empezó a aburrirme soberanamente. Me hice incondicional de directores como: San Mendes, Woody Allen, Clint Eastwood, Alejandro Iñárritu, Quentin Tarantino, Los hermanos Cohen, Guillermo Arriaga, Night Shyamalan... y tantos y tantos más que si los nombrase a todos la lista se

haría interminable. De algunos me gustaba casi todo, de otros sólo algún film especialmente brillante. Es cierto que la americana es una industria enorme que produce cientos de películas al año, y con un volumen semejante siempre hay algo bueno que ver. Para los detractores del cine americano: tenéis razón, el porcentaje de buen cine sigue siendo bajísimo. Pero eso da igual, lo importante es tener donde elegir. El único paréntesis que tuve fue durante mi matrimonio, mi exmujer y los místicos de sus amigos renegaban de todo lo superficial y para ellos el cine lo era y mucho. Ya he comentado lo poco que duró aquello. Sí, me perdí algunos estrenos, pero casi todos los acababan poniendo en televisión. Más tarde, con la llegada de internet, todo cambió. Podía ver cine sin salir de casa, compraba las películas para disfrutarlas en la intimidad, sentado tranquilamente delante del ordenador, sin depender de horarios, sin tener que desplazarme y sin el incordio de la gente que se sienta a tu lado como si estuvieran en el salón de su casa. Todo era ventajas, a cambio, sólo tenía que esperar a que estuvieran disponibles en la red. Puede que el aislamiento no sea mentalmente sano, puede. Pero, autoexcluirse de lo establecido por nuestra sociedad dejó de ser un problema en el momento que, autoexcluirse pasó a ser lo establecido por la sociedad.

Una mañana apareció la máquina quitanieves. Entró como el séptimo de caballería por un lado del pueblo, dio un par de pasadas y se marchó dejando tras de sí la posibilidad de seguir con la vida, ¿quién podría decir lo mismo? Reanudamos las obras ese mismo día. Sánchez llevó todo lo necesario para afrontar la obra, incluso pidió algunas cosas a un almacén de materiales de construcción, el único que había en la comarca, situado a unos treinta kilómetros de allí: arena, grava, cemento..., decidimos acumular un remanente en el jardín de la casa en previsión de futuras nevadas, incluido el "camioncillo" de leña para mi estufa. Si en algún momento pensé que mi constructor era un poco desastre, me retractaba. Sánchez resultó ser previsor y un magnífico profesional y las obras, pese al clima en ocasiones despiadado, empezaron a avanzar a buen ritmo. ¿Qué más quería?, tenía ropa de abrigo, leña suficiente para pasar el invierno y la compañía de los obreros. De vez en cuando me quedaba con ellos ayudando en lo que podía, acabé haciendo trabajos sencillos: acarrear ladrillos, retirar escombros, limpiar de nieve los andamios, aprendí a hacer cemento con una vieja hormigonera que funcionaba con un motor de gasoil; una parte de cemento y tres de arena, el agua para la mezcla podía variar un poco dependiendo del uso que se le fuese a dar. Me estaba convirtiendo en todo un albañil. Almorzaba con mis compañeros al calor de una hoguera hecha en el interior de un bidón: pan de hogaza con tocino, chorizo y torreznos. Todo regado con vino peleón de bota. Como quería ser un jefe enrollado, después del almuerzo preparaba carajillos de coñac para todos. Era la única forma de trabajar con ese frío, comidas hipercalóricas y bebidas calientes con una buena dosis de alcohol. Tan sólo había que procurar no caerse del andamio. Empezaba a acostúbrame a esa vida, tan distinta de la que llevaba en Madrid, y si bien era cierto, que al perder el trabajo en la clínica, mi vida se desbarató,

algo se estaba enmendando. Lo que tenía ahora no se parecía en nada a lo vivido con anterioridad, y me gustaba.

Las nevadas no cesaron en un mes, se producían en intervalos más o menos regulares, nevaba durante un día entero, paraba dos o tres días y vuelta a empezar. Por fortuna no llegaron a ser tan copiosas como las primeras y el ritmo de trabajo no se vio muy afectado. Es cierto que yo ignoraba como sería ese ritmo en condiciones normales, pero me fiaba del buen hacer de Sánchez y compañía. La parte más urgente era el tejado, se cambiaron vigas de madera, se colocaron nuevas bovedillas, tela asfáltica y por último se retejó todo aprovechando las mismas tejas, fue necesario sustituir algunas que estaban rotas, no tuvimos problemas para conseguirlas ya que todas las casas del pueblo tenían el mismo tipo de teja. Eso garantizaba la estética de las casas en su conjunto y convertía el pueblo en una bonita postal enmarcada por el magnífico paisaje. Hace apenas dos meses no me hubiera fijado en nada de eso, ¿estética?, ni siquiera sabía de qué color era la fachada de mi edificio en Madrid, o cómo eran las baldosas del rellano... Nunca me pareció importante, yo siempre dije ser un pragmático, pero creo que era simplemente un apático. Allí, sin embargo, aprovechaba el tiempo libre para mirar en internet páginas de arquitectura y decoración, revestimientos, pinturas, solerías..., me sorprendía a mí mismo al ver cómo habían cambiado mis búsquedas en *la red*. Seguía bajándome algunas películas para ver por la noche en el karaoke, aunque el trabajo físico en la obra me dejaba agotado y apenas me ponía a verlas caía redondo. Para aguantar un poco más y dar uso a las relaciones humanas, me acercaba hasta el Balneario para tomar unas copas con los vecinos del pueblo. Su resistencia a la bebida no dejaba de impresionarme; debe ser algo que da el clima, pensé en más de una ocasión; quizá por eso los habitantes de regiones especialmente frías como la estepa rusa, tenían fama de buenos bebedores. Era casi un don, claro que me costaba entender las ventajas de estar dotado en algo así. Yo, en cambio, con dos cervezas empezaba a sentirme mareado y si quedaba con Alberto y fumaba un poco de hierba, el resultado podía ser catastrófico, y con ellos era así todos los días! Es por eso que cuando vi el tejado terminado apenas me lo podía creer. Empezamos a trabajar en el interior de la casa. Imaginé que sería más cómodo y menos frío, pero había varios cristales rotos en las ventanas y las corrientes de aire dejaban la casa como un témpano. Sánchez marcó los muros maestros y dijo que todo lo demás se podía derribar, ya me estaba acostumbrando a que ignorase los planos sistemáticamente, incluso Ruiz, en una visita que hizo para ver cómo iban las obras, pasó por alto este detalle. Una vez a la semana llamaba a Valentina para ponerle al corriente de la reforma, ella fingía estar muy interesada y en seguida me contaba lo bien que estaba: su nuevo novio era un encanto. No sabes cómo me alegro, decía yo fingiendo el mismo entusiasmo que ella mostraba por el estado de las obras. Decidí no pensar mucho en ello y centrarme en la restauración del Barecito. En nuestra última conversación, Valentina me anunció la inminente visita de Leo, ¡joder!, Leo, casi me había olvidado de él. Al parecer su hermano quería supervisar el trabajo que estábamos

realizando, después de todo era el dueño de la casa por lo que tenía su lógica. O eso creía yo.

Leo llegó, vio, y me desconcertó. Tenía esa habilidad. Yo quise ser cortes y dejé caer algunas preguntas bienintencionadas.

—¿Qué, cómo va la poesía? Y los estudios, ¿para cuándo el debut en ese concurso televisivo?

Leo me miró con los ojos muy abiertos, también abrió la boca, pensé que iba a contestar, pero en el último momento se giró para dirigirse a Sánchez.

—¿Este tabique es maestro?

Leo parecía muy interesado en conocer el desarrollo de las obras.

Preguntó por el número de habitaciones, tamaño de los pasillos... Sánchez le dijo que mirase los planos, algo que no dejaba de ser sorprendente dado el escaso interés que él mismo mostraba por ellos. Después de un curioso escrutinio, Leo se volvió hacia mí.

—Estoy trabajando en nuevas poesías, he pensado escribirlas sobre reproducciones de cuadros famosos, como una forma de homenajear a los artistas que los pintaron —hizo una pausa para mirar a su alrededor y continuó—. Vamos a tener muchas paredes para decorar y nada mejor que una simbiosis de arte para que la clientela se sienta como en casa. ¿Vamos a tener? Esboqué una media sonrisa y le dije que me parecía una idea estupenda, ¿qué otra cosa podía hacer? Todavía no sabía si se medicaba y si lo hacía, ¿con qué? No podía arriesgarme a llevarle la contraria. Su incursión no se limitaba a eso de la simbiosis, Leo traía consigo una lista de sugerencias, tanto de la forma en la que se debían ejecutar las reformas como de la futura gestión del negocio. Empezaba a preocuparme. Para animarme pensé que el tiempo jugaba a mi favor y como aún faltaban unos tres meses para poder abrir, y eso siendo optimista, confiaba que ese lapso fuese suficiente para que se olvidara del tema ¿Quién sabe?, quizá lo llamasen para el concurso, o ¿qué tal un ingreso en un psiquiátrico?, todo era posible. No quise preguntar el motivo de su interés, tampoco quise recordarle su compromiso de cedernos la casa gratis hasta que el negocio estuviera en marcha. Tendría que hablar con Valentina para que mediara en el asunto, a pesar de sus diferencias, era su hermano y ella era la persona más indicada para dejarle las cosas claras, por si acaso él se había planteado algo diferente. Ya me parecía aventurado asociarme con Valentina, muy maja, sí, y que voy a decir de su culo. Sabía de sobra que mi socia era algo díscola, y que últimamente estaba muy dispersa, en fin, lo de Valentina pase, pero me negaba a incluir en esta sociedad a Leo, y si alguien, quien fuese, tenía otra cosa en mente, que se fuera olvidando porque por ahí no pasaba. Ni hablar. Mientras yo estaba con estas reflexiones, Leo se escabulló. Pregunté a Sánchez, ¿Leo?, cualquiera sabe, va a su aire, no sé, se habrá marchado a dar un paseo. ¿No se ha despedido?, vaya pregunta; no, no se había despedido, al parecer no tenía costumbre de hacerlo. No es que a mí ese detalle me preocupase mucho, aunque prefería tenerlo controlado por si las moscas. Salí a la calle por si realmente estaba paseando, la tarde estaba despejada y los últimos rayos del sol hacían brillar la nieve

acumulada en los tejados, algunos carámbanos de hielo colgaban de las cornisas goteando por efecto del tenue calor del sol. La verdad es que la tarde invitaba al paseo, antes de que el sol se ocultara definitivamente y la temperatura volviese a los cero grados. Sánchez y los demás empezaron a recoger dando por finalizada la jornada. Yo hice lo propio y en consecuencia con lo que opinaba de la tarde, me fui a dar un paseo, estirar las piernas me vendría bien. Subí calle arriba dejando que el rumor del río, que corría con buen caudal al otro lado de la carretera, me guiara en el recorrido, casi sin darme cuenta llegué hasta el Balneario, dudé si entrar o no, últimamente pasaba mucho tiempo allí. Puede que luego, más tarde, así que pasé de largo, pero al hacerlo eché un vistazo al interior a través del amplio ventanal. Sentado en una mesa estaba Leo en animada charla con Faustino; al principio no me sorprendió, allí todo el mundo le conocía, no tenía nada de raro, es posible que lo que vino a continuación sí me dejara un poco confundido. Al lado de Faustino, medio oculto por una columna, había otra persona. El desconocido puso un maletín sobre la mesa, sacó unos papeles de su interior y los dejó delante de Leo, éste, bolígrafo en mano los fue firmando uno a uno. Tras estampar la rúbrica estrechó la mano del desconocido con una efusión que..., pero ¿qué estaba pasando?

Las vueltas que da la vida.

No supe que hacer. Aquello parecía lo que parecía. Estuve a punto de entrar, irrumpir de improviso exigiendo una explicación. Pero tenía dudas, ¿y si me estaba dejando llevar por la paranoia?, quién me aseguraba que en esa firma había algo conspiratorio y no algo totalmente inocente, que sé yo..., quizá el desconocido fuese un corredor de seguros que casualmente se hospedaba en el Balneario y Leo aprovechaba esa coincidencia para formalizar un seguro de vida, o de coche, o de..., tenía que ser eso, ¿por qué no? Decidí seguir con mi paseo intentando olvidar lo que había visto, además, estaba justo debajo de un reguero que caía del alero y el agua me entraba por el cuello, me corría por la espalda y culminaba más abajo empapándome los calzoncillos, estaba helada. Leo se fue al día siguiente, no vino a despedirse, tampoco lo esperaba. Él y yo, bueno..., no acabábamos de encajar.

Las obras seguían avanzando, después de todo, algo iba bien. Se levantaron nuevos tabiques, se construyeron baños, se colocaron suelos, electricidad..., dicho así, de una forma tan somera, parece fácil. Sin embargo, fue un arduo trabajo. Tras un mes de intensas nevadas, el invierno fue cediendo, se mostró más amable y al final dejó paso a una primavera lustrosa plagada de colorido, como tiene que ser. Paralelamente, el Barecito se iba transformando en un lugar habitable, con una sencillez no exenta de buen gusto. Se dejaron vigas de madera a la vista; algo de piedra, algo de ladrillo. Esa mezcla de nuevo y rústico tan de moda y que tanto gusta a los que van en busca de lo rural. A veces no es más que un eufemismo, pues, a juzgar por los precios que se manejan, es puro lujo con unas vacas pastando al otro lado de las cristaleras; si fueran de plástico nadie notaría la diferencia. En nuestro caso, rural, significaba rural, y de lujo había poco o nada. En cualquier caso habíamos

conseguido dejar la casa muy bonita, funcional y con un encanto que al principio ni me imaginé. Las habitaciones eran acogedoras y los baños coquetos. La parte de abajo, la correspondiente al restaurante, corrió la misma suerte, una transformación sorprendente. Había llegado el momento de llenar los espacios con sillas, mesas, camas, y toda la parafernalia propia de un establecimiento de esas características. Para ese trabajo conté con Valentina, que después de sufrir un desengaño amoroso con el tipo que vivía gratis en mi casa regresó a Las Caldas para no sentirse tan sola, todo un detalle por su parte. Aproveché su llegada para tener una reunión, la creí necesaria dadas las circunstancias. Ya hablamos en su momento del extraño capítulo de la firma que presencié en el Balneario con Leo como protagonista, Valentina no se anduvo por las ramas y le preguntó directamente, su hermano dijo no recordar nada de haber firmado unos papeles y ahí quedó la cosa. No recordaba nada, lo más grave es que probablemente fuese verdad. No sabía que pensar y opté por lo menos sensato, no pensar. Volviendo a la reunión, tenía que tratar con mi socia de asuntos económicos. Aunque la obra había ido bien, se nos fue más de la mitad del dinero prestado, y aún quedaban por comprar muchas cosas antes de poder abrir el hotel-restaurante. Cada mes pagábamos la cuota correspondiente al préstamo más los intereses impuestos por el lituano, a ese ritmo calculé que, una vez abierto, podríamos afrontar el pago un par de meses como mucho y eso con suerte. Hablar de ajustarse el cinturón era ridículo, esa no era la cuestión. Teníamos que seguir gastando lo quisiéramos o no. Cuando Valentina sugirió que con el negocio en marcha sería más fácil pedir un préstamo bancario, pagar al lituano, y seguir endeudados pero vivos, la creí. Supongo que todavía andaba un poco obnubilado con su presencia, o también podía ser, como ya he dicho en varias ocasiones, que me daba todo igual, o que era tonto, que viene a ser lo mismo. Pero después de unos meses de obras, de estar solo, de pasar frío, de sentirme más arraigado a ese lugar de lo que nunca estuve a mi Albacete natal..., no sé, empezaba a ver las cosas de otra manera, podría decir que era más objetivo, aunque sería más acertado decir que era menos memo. Hice algunas consultas y para entonces sabía de sobra que ningún banco nos iba a prestar dinero sin un aval, daba igual lo bonita que hubiera quedado la casa. Un negocio recién abierto no puede presentar números para convencer a nadie y menos aún a una institución tan seria como la Banca, que había convertido el término usura en una fruslería. No sabía cómo, pero a falta de bancos, tendríamos que llegar a un acuerdo con el lituano para prorrogar la deuda (al menos con él podíamos llamar a las cosas por su nombre). Si venían muchos clientes y empezábamos a ganar dinero nos podríamos salvar, si no..., esperaba que el agua del pantano no estuviera demasiado fría cuando me arrojaran allí atado a la rueda de un tractor.

—Camarada Petras, ¿cómo van los negocios? —el lituano me miró con cara de pocos amigos y obviando la mano que le tendía contestó:

—¿Qué hacéis vosotros aquí?

No sabía si su pregunta era retórica, pero supuse que en ningún caso le interesaría saber qué hacíamos realmente allí (que era ir de compras al Ikea). Tampoco era una visita de cortesía, tan sólo aprovechábamos nuestra estancia en Madrid para exponer la delicada situación en la que nos encontrábamos, teníamos la esperanza de que el prestamista lo comprendiera. Y así se lo explicamos con detalle.

—Así que queréis un aplazamiento.

—Veo que nos entendemos.

—Y supongo que sabréis que eso tiene un recargo.

—Pues

Petras levantó de sus ojos las enormes gafas de sol, dejándolas encima de su cabeza, sobre ese grasiento flequillo cortina que la cubría. Lo primero que dijo fue que no éramos amigos ni camaradas ni nada, y añadió que seguían sin gustarle los negros. Me gustaba su sinceridad, nada de retórica exenta de contenido. Por último dijo que nos daba otros seis meses. Había sido más fácil de lo que parecía, ni siquiera nos amenazó con rompernos alguna parte importante de nuestra anatomía, nos pidió un pequeño incremento en el porcentaje, y nada más. Al parecer el lituano era razonable y se hacía cargo de nuestra situación. Un problema menos. Con una sensación de paz interior embargándonos nos fuimos derechos al Ikea. Gracias a la benevolencia de Petras podíamos comprar todo lo necesario para equipar el hotel y el restaurante, por suerte allí había de todo y a buen precio. A pesar de la euforia debíamos continuar con el régimen de austeridad, así que seleccionamos los artículos más económicos o bien aquellos que estuvieran de oferta: camas con mesillas y armarios a juego modelo *Ängsskära*, mesas y sillas modelo *Stockholm*, alacenas *Klassthäng*, lámparas, cuberterías, juegos de café, espejos..., llenamos un camión previamente contratado para colmar nuestro negocio con aquella variedad de objetos bautizados con nombres impronunciables. Tras seis horas recorriendo pasillos, seleccionando artículos y apuntando códigos: acabamos agotados. Valentina, que aún se resentía de su reciente ruptura, parecía estar más animada, eso me animó a mí también y por eso le propuse celebrarlo con una buena cena, nos lo podíamos permitir. Buscamos un restaurante por el centro, uno lo suficientemente bueno como para disfrutar de la celebración, y al mismo tiempo coger ideas: siempre pensando en el negocio. Valentina me dijo que había un restaurante al que acababan de conceder la tercera estrella Michelin, Diverxo se llamaba; tranquilo, añadió, por unos doscientos euros se puede cenar muy bien. Me lo imagino, pensé, después de estar todo el día haciendo malabares con el dinero, nos íbamos a pulir en una cena lo mismo que nos había costado un dormitorio completo para nuestro hotel. Pero, ¡iqué coño!, pensé, un día es un día. Además, ese gasto se podía considerar una inversión, Valentina pensaba que ese restaurante era el mejor de Madrid y su artífice, David Muñoz, un auténtico genio, y aunque una cena no daba para mucho, esperaba empaparse algo de su talento. Conseguir mesa en ese restaurante no era nada fácil, pero mi socia conocía a uno de los chefs que trabajaban con el genio; de mi época de

estudiante, añadió sin yo preguntar. Gracias a la intervención de su amigo nos colaron aprovechando una cancelación de última hora.

—Aunque se trata de uno de los restaurantes más selectos de Madrid, creo que no son muy exigentes con el vestuario.

Detecté un ligero sarcasmo en el comentario de Valentina, al cual no hice yo replica alguna. Vale, tenía razón, bastaba echarme un vistazo para darse cuenta de mi nulo interés en seguir las tendencias de la moda masculina. Exceptuando la reciente renovación de vestuario que realicé en aras de mi integridad física, no había comprado ropa desde hacía más de diez años. Lo más curioso es que yo tenía eso que denominan algunos, fondo de armario. Mi espartana forma de vestir no obedecía a una manía recurrente ni a la tacañería, yo lo llamaba simplemente, comodidad.

Antes, yo vestía como todo el mundo, sin alardes, sí, pero siguiendo las modas como el que más. Durante mi matrimonio acumulé un vestuario considerable que tenía como fin último vestir conforme dictaban las leyes del universo primigenio, o sea, todo confeccionado con fibras naturales. Mucho más caro que lo sintético pero de mayor agrado al tacto. Después, ya separado, cambié mi vestuario por otro menos natural con la idea de acercarme de nuevo al mundo real, aún tenía esperanzas de rehacer mi vida y a ser posible, con alguien menos alternativo que no le hiciera ascos a un poco de fibra en los pantalones. Entre una etapa y otra la ropa se fue acumulando en el armario y en un proceso inversamente proporcional, yo fui dejando de usarla, tan sólo lo estrictamente necesario para cumplir con el decoro. En los últimos diez años me había vestido con la misma ropa de una forma sistemática; a ver, que nadie se confunda, no soy un guarro.

Me ducho todos los días y del mismo modo me cambio de ropa. La cuestión es, que una vez encuentro algo que me gusta, casi siempre por su comodidad y no tanto por su estética, me lo pongo hasta la saciedad, y para evitar adquirir un lustre de indigente, tengo repetido todo aquello que uso a diario. Los vaqueros, ni muy gruesos ni muy finos, la cintura ni muy alta ni muy baja, ni muy anchos ni muy estrechos, si es de mi gusto, me da igual si es de marca o de mercadillo, compro tres pares o cuatro o los que sean. Las camisetas, lo mismo, nunca uso camisas, jerséis, calcetines, calzoncillos..., todo del mismo color, todo por duplicado o triplicado. Puro pragmatismo, ya digo.

Entendía la gracia de Valentina, íbamos a cenar a un restaurante de nivel y había que estar a la altura, algo cuestionable en mi caso. Ella, sin embargo, estaba guapísima, como siempre. Es cierto que después de estar todo el día pateándonos el Ikea y de cruzar luego medio Madrid engullidos por un tráfico caótico, su aspecto se podía haber resentido un poco, pero ni por esas. Cuando llegamos al Diverxo nos miraron de arriba abajo, puede que por motivos diferentes, y tras avisar al chef amigo de Valentina, que nos recibió con un afecto sincero, nos acomodaron en una mesa. El amigo se disculpó aludiendo motivos de trabajo no sin antes asegurarnos que seríamos tratados de una manera especial, todo un detalle, quizá se lo decía a todo el que entraba, pero seguía siendo de agradecer. El local era pequeño, apenas para treinta personas, muy acogedor. Pedimos unas cervezas para ir abriendo boca, llegaron rápido

acompañadas de unos entrantes, al mismo tiempo ya nos estaban enseñando la carta de vinos. Valentina escogió un Ribera del Duero de buena añada; no quise mirar el precio. En cuanto acabamos las cervezas llegó el vino en perfecta sincronización, y tras él, otro surtido de platos, eran como los cuadros de un artista, no sabía si comérmelos o colgarlos en la pared. Mi socia me fue ilustrando de todo lo que llegaba, que si las texturas, que si las mezclas..., japonés y mediterráneo en perfecta sintonía. La verdad es que todo estaba muy rico. Yo me dejé llevar por el ambiente y como no tenía que conducir, al acabar la primera botella pedí la segunda, nada como una ligera embriaguez para lanzarse al derroche, el arrepentimiento suele llegar al día siguiente, acompañado de una buena resaca. Valentina tomaba notas, eso me gustó, muy profesional, yo en cambio era incapaz de fijarme en los detalles, de manera que me fui abandonando a ese goce tan epicúreo que hace rezumar las papilas sin pensar en nada más. Es posible que yo no fuera precisamente un gourmet, para alguien que come igual que viste, es decir, si algo me gustaba podía repetir durante años, tuve que reconocer lo mucho que estaba disfrutando con aquellos platos tan elaborados. Cuando llegaron los postres ya había caído la segunda botella de vino y estaba un poco borracho, lo suficiente como para no poder apreciar ni texturas ni mezclas ni nada, aunque seguía pensando que todo estaba muy rico. No suelo emborracharme y si lo hago rara vez se me nota, yo lo sé, claro está, pero por lo general los que están a mi alrededor no se dan cuenta, siempre he sido muy discreto en esas cosas. No soporto a los borrachos y sólo pensar que bajo los efectos del alcohol, me puedo comportar de una forma inapropiada, me avergüenza enormemente. Además, en mi caso tenía que ser doblemente discreto, por mucho que éste país no sea especialmente racista y mi tono de piel sea del tipo Obama, tirando a café con leche, un negro borracho siempre será un negro borracho y estará peor visto que un blanco borracho. No, nadie lo notó, ni siquiera Valentina. Me limité a hablar poco, a esforzarme por vocalizar y a asentir a todos los comentarios que hacía mi acompañante sobre tal o cual cosa con ligeros movimientos de cabeza y sonrisas, así hasta que llegó el momento de salir. Entonces, ante la perspectiva de cruzar el local hasta la puerta, lo mejor era curarse en salud diciendo: este vino es fantástico, pero creo que he abusado un poco de él. Es algo cursi, lo sé. Tras ese comentario, si al salir trastabillaba más de la cuenta siempre podía fingir que me hacía el gracioso, y una vez estuviéramos en la calle confiar en que el relente me fuera despejando.

—¿Podrás llegar hasta el coche? —preguntó Valentina claramente divertida. Al parecer no era tan bueno disimulando la borrachera como yo pensaba.

—Bueno, espero que entre tú y tu hermana gemela me podéis ayudar.

—Vaya, sigues siendo muy gracioso, incluso en tu estado.

—Especialmente en mi estado, creo que me debería emborrachar más a menudo.

Valentina se reía con ganas con mis tonterías. Dicen que la mejor forma de conquistar a una mujer es haciéndola reír, así que seguí hasta que

llegamos al coche. Nada más ponerse en marcha el contenido de mi estómago se empeñó en buscar una salida. Tuve el tiempo justo de bajar la ventanilla. Valentina estuvo ágil y con una maniobra rápida aparcó junto a un parterre que recibió de lleno el vómito.

—Ahí van más de cien euros de exquisiteces —dije en cuanto conseguí articular palabra.

Tras mantener un rato la cabeza fuera del coche me fui recuperando, el frescor de la noche ayudó bastante y el hecho de haber expulsado de mi cuerpo todo lo que había ingerido también. Como médico me hubiese prescrito una inyección de vitamina B12, pero tampoco era cuestión de ponerse a buscar una farmacia a esas horas, pasaban las doce y, además, odiaba las inyecciones sobre todo si era yo el inyectado. En cuanto mi sangre se fuera oxigenando un poco estaría en condiciones de seguir, con eso bastaría. Valentina se mostró paciente, sin duda mi amiga tenía mucha experiencia tratando con gente pasada de rosca.

Media hora más tarde estábamos aparcando frente a mi casa, aunque ligeramente mareado, se podría decir que controlaba la situación, o al menos eso creía yo, comprobé con cierta congoja que no era capaz de meter la llave en la cerradura.

—A ver, cariño, que todavía no coordinas muy bien que digamos —tenía razón en lo de la coordinación. Pero me gustó lo de: *cariño*. Así que dejé que probara ella.

—Qué raro, yo tampoco puedo.

—Prueba con tu llave —le dije mientras me apoyaba en la pared, el pasillo se empeñaba en no estarse quieto.

—Nada, tampoco entra.

En ese momento se abrió la puerta desde dentro, de haber podido habría dado un respingo.

—¿Es que no timbre? —una mujer de unos cuarenta años muy mal llevados, vestida con una especie de manga pastelera de color rosa y pintada como un cuadro de Renoir nos reprendió. Acto seguido esbozó una amplia sonrisa y con un acento difícil de identificar nos invitó a pasar.

—Pero no *quedarse* en pasillo, chicas muy guapas, todas muy limpias y sanas.

Es posible que en mi estado me hubiese equivocado de piso, o de portal, incluso de barrio, pero no, no podía ser, Valentina no había bebido apenas, ella estaba en perfectas condiciones. Algo estaba pasando.

—Oiga, aquí hay un malentendido. Ésta es mi casa.

—Ah, ya, yo *entiendo*. Un *momento*.

La mujer se metió en mi cocina, o al menos eso era apenas unas horas antes. Todo estaba cambiado, mi espartano mobiliario había desaparecido y en su lugar había otro recargado y tirando a hortera: luces rojas, alfombras de pelo largo, sillones de terciopelo y en las paredes cuadros japoneses con parejas follando en posturas imposibles vestidos con ropas de Samurai. Sí era mi casa, pero...

—Otra vez vosotros —el que hablaba era el guardaespaldas del lituano, el tipo que tenía que ponerse de lado para pasar por las puertas.

—Perdone don... —me di cuenta que no sabía su nombre así que improvisé —caballero, ésta es mi casa y me parece que aquí debe haber un error, si fuese tan amable de hablar con su jefe, el señor Petras.

—Jefe no desea ser molestado, todo está bien, cuando tú pagas préstamo, tú otra vez casa. Ahora éste nuestro negocio ¿algún problema?

Discutir con ese mastodonte era un ejercicio inútil además de peligroso. Mi casa se había convertido en un lupanar a juzgar por las señoritas tan monas y tan ligeras de ropa que pude ver pululando por el pasillo. Volver a ver a Petras no parecía una opción, y quedarnos a dormir allí compartiendo cama con las meretrices nos iba a salir inusualmente caro, así que decidimos irnos a un hotel y esperar al día siguiente para intentar solucionar el problema, aunque no hacía falta ser muy listo para saber que aquello no tenía arreglo.

Hacer uso de los tópicos es a veces inevitable, por eso cuando después de que al día siguiente el lituano no se dignara a recibirnos (era de suponer), le dije a Valentina: bien, volvamos al pueblo, nada nos retiene aquí, lo que quería decir es que estábamos jodidos, no teníamos casa y las posibilidades de recuperarla pasaban por poner cuanto antes en marcha nuestro negocio. Y puesto que un camión repleto de muebles de fabricación sueca viajaba hacia Las Caldas, lo mejor sería ir allí y ponernos manos a la obra.

—¿No te has planteado nunca aprender a conducir? —me dijo Valentina cuando ya circulábamos por la autovía.

—Puede que alguna vez, pero hay cosas que si no se hacen cuando eres joven...

—Vamos, hombre, ni que fueras un anciano.

—Bueno, técnicamente estoy más cerca de la senectud que de la pubertad

—lo de dar pena nunca me funcionó para ligar, pero no se me ocurría otra cosa.

—Tonterías, estás fenomenal.

El comentario me pilló por sorpresa, así que dejé un silencio deliberadamente largo para pensar, no sabía cómo seguir ese diálogo.

Aproveché para mirar el paisaje, que en esa parte del recorrido era especialmente insulso.

—Gracias, tu tampoco estás mal —decidí resolverlo con un nuevo tópico, aunque aquél en concreto era de lo más cutre y después de una pausa tan larga quizá ya no tuviera mucho sentido, aun así Valentina pareció agradecida.

—Qué rico eres.

La conversación podría haber seguido por esos derroteros, pero el flirteo adolescente me avergonzaba, tenía que reconocerlo, las relaciones humanas no eran mi fuerte. Seguí mirando el paisaje manteniendo ese incómodo silencio hasta que Valentina cambió de tema.

—Oye, aunque técnicamente no seas negro, en la práctica, ya sabes... ¿cómo lo llevas? —era una pregunta sencilla, pero aun así me sorprendió.

Hubiera preferido seguir con el flirteo.

—Digamos que se han ido sucediendo diferentes etapas en mi vida. De niño no me enteraba demasiado, era más grave no saber nada de mi

padre y tener una madre rara que el hecho de ser diferente al resto de los niños. Luego fui creciendo y ya en la Universidad las cosas se volvieron casi normales, en esa época no había muchos negros y la gente me trataba de una forma especial, a veces se podía percibir incluso cierta discriminación positiva.

—Sospecho que ahora viene la parte del: *pero*... —dijo Valentina demostrando un alto grado de perspicacia.

—Sí, siempre lo hay. En mi caso el *pero* es ver cómo poco a poco me voy sintiendo desubicado. En la consulta podía tener algún paciente receloso, incluso había quien se atrevía con comentarios de esos que quieren ser amables, aunque en realidad son bastante ofensivos: ¿y, en su país las universidades son como las de aquí?, en esos casos ni me molestaba en contestar. Con el resto y por lo general el respeto solía ser mutuo y no tenía nada que ver con el color de la piel, sin embargo, desde que me quedé sin trabajo, bueno, puede que el respeto se halla diluido un poco. Hay de todo, aunque cada vez es más normal encontrar gente que piensa que los negros vienen a Europa para robarles el trabajo y los sentimientos racistas crecen día a día —creo que nunca había hablado con nadie de esos temas y estaba lanzado—. Sólo tienes que ver el incremento de los partidos políticos de extrema derecha en los países supuestamente civilizados, proliferan como las setas, la sociedad occidental se está preparando para un rechazo masivo contra el inmigrante en general y los africanos en particular. Yo mismo, a veces, no sé en qué lado estoy, por un lado me siento tan español como el que más, incluso algo pueblerino, un manchego de pura cepa, y por otro me ofende ver cómo los europeos tratan a los africanos. No son diferentes, sólo buscan algo mejor y se juegan la vida tratando de encontrarlo, de salir de la miseria. Sí, ya sé que algunos luego se desmadran un poco, pero, ¿qué otra opción tienen?

—Es duro ver lo que sucede en las fronteras de Ceuta y Melilla, o en otras —apuntó Valentina.

—Muy duro, y probablemente no sabemos ni la mitad de lo que pasa realmente. Muchos de esos muchachos que literalmente se dejan la piel hecha jirones en las vallas son la única esperanza de sus familias, son auténticos héroes que han tenido el valor de emprender esa aventura y mira como acaban..., es humillante, muchos de ellos tienen estudios, pero en sus países de origen no les sirven para nada. Guerras, hambrunas, desigualdades abismales. Gobiernos corruptos auspiciados por los estados ricos del primer mundo para hacerse con sus preciosas materias primas... De repente me quedé callado, me sorprendí a mi mismo hablando con vehemencia de temas a los que rara vez me enfrentaba, creo que en algunos momentos me sentía más cerca de ese antepasado remoto africano, que de mi familia manchega de toda la vida. Valentina mantuvo un mutismo severo hasta que intentó bromear para sacarme de mi soliloquio.

—Bueno, a mí siempre me han gustado los negros, es más, una vez tuve un novio cubano guapísimo. Tú te pareces un poco a él, aunque su acento era más sabrosón.

Le dediqué una amplia sonrisa dando a entender que aceptaba su conato de halago y después pensé que mi discurso sobre los derechos humanos había llegado a su fin, en el fondo no había sido más que un arrebatado, no tenía madera de activista y aunque me hubiese gustado poder cambiar el mundo, en ese momento lo prioritario era cambiar el mío y nuestro hotel empezaba a ser una realidad. Era obvio que Valentina me seguía gustando, pero mis fantasías con ella iban remitiendo y cada vez me sentía más relajado. A veces la clave está en simplificar.

Los placeres de la vida.

Antes de casarme con Raquel tuve una novia, creo que fue la única que se podía considerar como tal, tampoco duró mucho, pero sí lo suficiente como para que fuese algo más que una simple aventurilla. Era dominicana y mulata, en seguida nos sentimos atraídos el uno por el otro. A pesar de los extraños rodeos que habían dado nuestros respectivos orígenes, existía un atavismo subyacente que nos acercaba. Era guapísima, tanto que nunca supe qué vio en mí. Al margen de lo ya mencionado, nuestra relación se asentó gracias a un nexo común que en nuestro caso se podría definir de inusual: el vino. Se hace necesaria una explicación. El ser negro, o de color, no significa que no se puedan apreciar los placeres que tenemos a nuestro alcance y el vino es uno de los mejores. Además, yo era de una tierra famosa por sus caldos. Pero no, no era eso, en este caso la peculiaridad no radicaba en el color de la piel, sino en el hecho de ser jóvenes, pues estos placeres se suelen adquirir con los años, cuando se tiene algo más de madurez. No sé por qué, pero así es. ¿Alguien ha salido de marcha con dieciocho años y al llegar a la discoteca a pedido un Rioja? Sea como fuere, Gladis, así se llamaba la gran belleza, disfrutaba como nadie de los buenos vinos, y yo, aunque me costó un poco al principio, le seguí en gustos con el ansia del que quiere aprender. Cada vez que teníamos una cita, ésta venía acompañada de una botella de buen vino, concretamente un Mayor de Castilla gran reserva que costaba un dineral y que yo pagaba con gusto sabiendo lo que acontecía tras su degustación. Probablemente..., bueno, probablemente no, con toda seguridad, los mejores polvos que he echado en toda mi vida y aunque no se debe descartar nunca nada, dudo mucho que algo así se vuelva a repetir. Soy realista. Esa costumbre se prolongó durante un par de meses y puesto que, como ya he dicho, éramos jóvenes y fogosos, las botellas de ese excelente vino fueron vaciándose al mismo ritmo que mis testículos. Con lo que invertí bien podía haberme hecho accionista mayoritario de la bodega, pero, a quién quiero engañar, fue el dinero mejor gastado de toda mi vida. Para soportar ese gasto me harté de hacer trabajos a compañeros de la facultad adinerados y vagos, casi siempre lo uno va asociado con lo otro. Las noches que no follaba con Gladis, las pasaba haciendo trabajos de todo tipo: anatomía humana, citología y citogenética médicas, bioquímica..., el resultado no se hizo esperar, perdí más de ocho kilos y a punto estuve de pillar una anemia de caballo ya que apenas comía. Nada de eso me importó, disfruté del amor tanto como del vino, y como siempre degustábamos la misma marca, durante años me fue

imposible pasar por un supermercado sin tener una erección en cuanto veía una botella de Mayor de Castilla gran reserva en los estantes. La inauguración del Hotelito se celebró con la asistencia de todo el pueblo, tampoco eran tantos, y, por cierto, no, no me he equivocado con el nombre, el Barecito pasó a llamarse el Hotelito: lógico. Una especie de hinchazón en el pecho empezó a ser notable, al principio pensé que se trataba de una anomalía, y en realidad lo era, pero no médica: era orgullo. Sí, me sentía orgulloso de lo que habíamos logrado. No era más que un pequeño hotel rural sin muchas pretensiones en un bonito pueblo, pero era nuestro. Y de lo que más orgulloso me sentía, y debo reconocer que en algún momento tuve dudas, fue del trabajo de Valentina, el restaurante era fantástico. La carta equilibrada, ni muy amplia ni muy escasa, las presentaciones sofisticadas, y los sabores, que puedo decir: increíbles. Valentina era una excelente cocinera y se manejaba perfectamente en la cocina, funcionaba como un reloj suizo. Yo aprendí a multiplicarme por dos y aunque no llegué a dominar plenamente aquello de la ubicuidad, atendía las mesas y la recepción con diligencia, aun así, era evidente que necesitábamos ayuda. Tuvimos que ampliar la plantilla con un pinche para ayudar en la cocina, un sobrino de Sánchez que no sabía cocinar ni un huevo frito pasó a formar parte del equipo, otra adquisición fue uno de los peones que ayudaron durante la obra, Regino (el del colon irritable), que hasta ese momento sólo había trabajado en la construcción, no sabía mucho de servir mesas, pero era capaz de llevar una bandeja llena de platos sin apenas esfuerzo, y por último una limpiadora que lo único que había limpiado en su vida eran cuerdas, todos del pueblo (importante para ser plenamente aceptados). Los gastos se disparaban y aún quedaban un par de meses hasta que llegase la temporada alta, hasta entonces y con suerte podríamos trabajar bien los fines de semana. Saber que mi casa se había convertido en un prostíbulo no me hacía mucha gracia, pero si después de tanto esfuerzo el Hotelito acababa como barra americana sería un auténtico desastre. Puede que fuese más rentable, no digo que no.

—Publicidad, eso es lo que necesitamos —dijo Valentina una noche al acabar una jornada especialmente tranquila.

Después de la inauguración mantuvimos un mínimo de clientes los fines de semana, apenas un par de habitaciones ocupadas y cuatro o cinco mesas en el restaurante. Era evidente que con eso no podríamos aguantar, el lituano nos tenía cogidos por lo huevos y era de los que no se conformaba sólo con apretar.

—¿Qué sugieres? —pregunté.

—Pues lo típico, lo que hace todo el mundo. Página web, posicionamiento en Google, anuncios en revistas, no sé. Todo lo que se nos ocurra.

—Ya sabes que mis conocimientos informáticos se limitan a..., bueno, que no sé ni por dónde empezar.

—Yo tengo un exnovio que trabaja en ese campo —por qué no me extrañaba —, él fue quien me ayudó con mi web de servicio de catering. Esto es un poco más complejo, pero no creo que nos cobre demasiado, no terminamos demasiado mal.

Genial, más gastos. Aunque tenía que reconocer que Valentina tenía razón, si no nos dábamos a conocer la gente no vendría. En esa región había decenas de alojamientos rurales y el restaurante por bueno que fuera necesitaría algún tiempo hasta que el boca a boca surtiera efecto. No quedaba más remedio que darse a conocer a través de los canales habituales.

—Bien, habla con tu amigo y que se ponga con ello. Hemos llegado muy lejos y ahora no podemos quedarnos de brazos cruzados esperando a que los turistas pasen por delante de nuestra puerta. Hablaré también con Alberto para proponerle algún tipo de acuerdo con sus clientes del Turismo de Aventura, quizá algún paquete que incluya sus actividades con nuestro alojamiento y algún menú económico.

—¿Crees que conseguiremos salir adelante? —dijo de pronto Valentina cambiando de tema. Noté un tono de preocupación en su pregunta y eso era realmente preocupante ya que Valentina siempre había sido la optimista, un eufemismo para definir a la “viva la virgen” que realmente era. Así que en ese momento tuve que asumir yo el papel de animador.

—Claro que sí, mujer, ya lo verás. Tenemos un bonito negocio. Lo único que necesitamos es que venga la gente. Puede que nos cueste un poco hacernos con una clientela, pero todo llegará.

Pues sí, eso dije, es como si hubiéramos intercambiado los papeles. De repente yo era el que lo veía todo de color de rosa y ella la pesimista. Puede que los antidepresivos que me había autorecetado me hicieran tener otro talante, mis niveles de serotonina jugaban a mi favor proporcionándome una visión de la realidad menos agorera. Me hubiese gustado consolar a mi socia de otra manera, sobre todo cuando se acurrucó junto a mí en el sofá de la salita que habíamos habilitado para los clientes. Todavía refrescaba por la noche y la chimenea estaba encendida. El fuego se mecía en ondas arrítmicas dejando escapar de vez en cuando un chisporroteo suave junto a pequeñas volutas de humo espeso. Con Valentina apoyada en mi pecho me entraron ganas de besarla, pero me las aguanté, siempre había sido muy torpe para las señales y estaba seguro de que si me equivocaba, y seguro que lo haría, nuestra relación podría deteriorarse significativamente, más por mi vergüenza que por su reacción, ella se lo tomaría medio a broma, de todas formas no quise arriesgarme. Lo único que me faltaba era crear un ambiente de incomodidad en el trabajo.

—Mañana mismo hablaré con él —supuse que se refería al informático, o lo que fuese el exnovio—. De momento habrá que conformarse con los del pueblo y los cazadores que vienen los fines de semana.

Exacto, estábamos haciendo justo aquello que dijimos que no íbamos a hacer, justo lo que había hecho Leo. Pero qué remedio, en ese pueblo la gente bebía como una esponja y aunque les tiraba más el antiguo Barecito, empezaron a acudir a nuestro local para variar un poco. Los cazadores tampoco estaban muy contentos con el cambio, preferían los platos de churrasco, las lentejas con chorizo y las tortillas de patata que les servía Leo, a los sofisticados platos de Valentina, pero con algunas concesiones en su cocina conseguimos un equilibrio que nos compensaba

a todos. Los cazadores siempre me parecieron una raza aparte, ya lo dijo Juan Ramón Jiménez: "Herido está de muerte el pueblo que con sangre se divierte", creo que el verso iba dirigido a los que disfrutaban con la tauromaquia, pero se podía hacer extensible sin problemas a los que lo hacen con la cinegética. Después de todo, y aunque no comulgase yo con esa afición que algunos llamaban deporte, tenía que reconocer que sus practicantes en muchos casos eran gente de mucho dinero y claramente influyentes. Sin ir más lejos ahí estaba el monarca que le pegaba tiros a todo lo que se movía sin importarle si era un oso, un elefante o un gorrión. Y la lista seguía con: presidentes de gobierno, banqueros, empresarios... Lo quisiéramos o no, teníamos que lidiar con los cazadores tal y como hizo Leo en su día. En lo único que no transigimos fue en aquella absurda costumbre de dejar dormir la mona a los parroquianos permitiéndoles subir a las habitaciones, ahora esto era un hotel y si alguien quería una habitación tenía que pagar por ella. Algunos lo encajaron mal, para intentar contentar a los más picajosos instalamos unas hamacas en el jardín que suplieron en parte el problema, Leo nos presionó, decía que no podíamos desvirtuar el espíritu de un negocio ancestral. Hablaba como si llevaran generaciones de tradición en lugar del año y medio escaso que lo tuvo abierto. No tuve el ánimo ni el valor de llevarle la contraria, creo que ya he mencionado lo que opino de los tarados. Imaginé que cuando volvieran los intensos fríos invernales habría algún borracho que palmaría de hipotermia, pero hasta que eso llegara ya se nos ocurriría algo.

Eso mismo dije cuando Raquel decidió abandonarme, ya se me ocurriría algo, quizá al describir la brevedad de mi matrimonio he dejado una impresión errónea de lo que pasó en realidad, lo cierto es que fue ella la que se largó, y no se me ocurrió nada. ¿Qué cómo lo superé? Fácil, como hace todo el mundo, como estaba haciendo en ese mismo momento para paliar el estrés que me estaba suponiendo toda esta locura: antidepresivos, ansiolíticos, tranquilizantes, todo un arsenal de fármacos que dejan la mente obtusa pero apta para seguir funcionando, y por la noche, el peor momento, con ayuda del vino, bendito vino. Pues sí, la combinación de fármacos con Rioja, Valdepeñas, Ribera..., cualquier vino vale; como decía, la mezcla es mágica, el pedo es monumental. Pero en los peores momentos, ni con esas incongruentes y poco recomendables soluciones conseguía mitigar la pena, para que negarlo a estas alturas, lo pasé fatal, fatal, fatal. No conseguía dormir más de dos horas seguidas y eso a pesar de meterme de todo en cantidades que ningún médico se atrevería a prescribir, es realmente jodido superar una ruptura, da igual que estés harto de tu pareja y que hayas pensado mil veces en dejarla, cuando pasa, y sobre todo si hay una tercera persona de por medio (léase cuernos), no hay botiquín ni camello capaz de solucionararte el problema, estás jodido y punto. Yo, que siempre fui de lágrima fácil, de los que lloran con las películas sensibleras, ¡joder!, si a veces se me saltaban las lagrimas incluso viendo los informativos, cuando daban noticias de desastres de cualquier tipo; pues en lo más profundo de mi dolor, ese que desgarrar por dentro y hace que tu mente sea un torbellino de

pensamientos negativos: ni una lagrima. Era incapaz de llorar, no había forma, por más que me regocijase en mi desgracia, por más que rememorara los momentos de felicidad (no es que fueran muchos, pero alguno hubo) para que aflorara ese fluido denso que se desliza hasta la comisura de los labios dejando el característico sabor salado, nada. Ese sabor extraño que sabe a consuelo, ¡qué bien se queda uno tras una llantina!, pero al parecer hasta eso me era esquivo, cuando la desgracia se ceba lo hace con saña. Vale, el tiempo lo cura todo, pero que lento va en esos momentos. Es como si los relojes y calendarios se empeñasen en hacer que todo transcurra a cámara lenta con el único fin de hacerte la puñeta. Así fue, lo reconozco, estaba hasta las narices de mi querida esposa, pero cuando me dejó lo pasé tan mal que pensé que no podría superarlo. Los amigos tratan de apoyarte con frases hechas: que de todo se sale, que nadie se muere por nadie, que hay más peces en el mar (esa siempre me pareció especialmente estúpida), muchos consejos y muchas palmaditas en la espalda, pero a mí no me valió en ese momento, ni después, creo que a nadie le vale, se agradece, por supuesto, pero en el fondo el refugio más seguro tiende a ser la soledad. Qué le vamos a hacer soy de los patéticos y por lo visto así seguiré. Mi mujer me dejó por un biólogo, ornitólogo para ser exactos, dejó de contemplar las musarañas para, levantando la vista, mirar águilas, cernícalos y buitres leonados, había muchos más bichos voladores pero no recuerdo sus nombres, desde entonces les he cogido un poco de tirria a los putos pájaros. Ya sé que dije que no volvería con lo de mi ex, pero quién puede, ¿Quién renuncia al placer de poner a bajar de un burro a la persona que te ha jodido la vida? De todas formas esto no tenía nada que ver con Valentina, no es que pensara pedirle matrimonio. Era mi miedo a volver a meter la pata lo que me anulaba, sobre todo con una chica guapa y mucho más joven que yo, y lo de su promiscuidad lejos de ser un acicate me resultaba una traba, yo estaba algo chapado a la antigua, hombre, a mi edad no es que quisiera encontrar una virgen, pero su pasado me abrumaba bastante, para que voy a decir otra cosa.

Dentro de lo que cabe la cosa no iba tan mal, nos llevábamos de maravilla, en el trabajo y fuera de él, en el fondo seguía siendo lo mismo ya que los dos vivíamos en un pequeño apartamento que habilitamos como vivienda dentro del propio hotel. Nos habíamos acostumbrado a vivir juntos y así aprovechábamos al máximo el espacio para que el negocio fuese más rentable. Estábamos sobreviviendo y gracias a la tregua del lituano (a costa de mi casa) quizá llegásemos al verano que era cuando realmente podríamos trabajar en condiciones y empezar a saldar nuestra deuda.

Valentina habló con el informático, por lo visto sí que lo era, y éste empezó a trabajar en nuestra página web. Tuvimos que mandarle un buen puñado de fotos para que quedara más vistosa. Una vez más Alberto nos echó una mano, él solía hacer fotos de las actividades para sus clientes y disponía de un equipo fotográfico bastante decente y los conocimientos suficientes como para hacer unas buenas fotos. Sala de estar, restaurante, habitaciones, jardín, terraza..., todo pasó por su objetivo

desde diferentes ángulos y atrevidas perspectivas. Quedó muy bien. También hicimos fotos de los sofisticados platos de Valentina para incluir en la parte del restaurante, fotos sugerentes que invitaban a degustar aquellos platos magníficamente presentados. Entre unas cosas y otras todo empezó a cuadrar y la página estuvo lista antes de lo previsto, era vistosa, muy intuitiva y de fácil acceso, aparte de la página en sí, el informático consiguió posicionarla entre las primeras en Google, algo que por lo visto era muy difícil y solía tener un coste económico. No sé qué clase de relación tuvo Valentina con el fulano en cuestión, pero lo cierto es que no nos cobró nada por el trabajo; no quise preguntar, el pasado de Valentina seguía teniendo rincones oscuros en los que prefería ni asomarme. Aunque parezca mentira, y a mí me lo pareció, empezamos a tener reservas todos los fines de semana, internet funcionaba. El restaurante también iba viento en popa gracias a los clientes del hotel, ya que entre las ofertas que ofrecíamos en temporada baja estaba la pensión completa que incluía comida y cena, una carta sencilla, pero que servía para dar a conocer el resto de las sugerencias. Si la cosa seguía así, para el verano tendríamos lleno todos los días.

—Veo que el negocio va estupendamente —el que hacía ese comentario no era otro que nuestro vecino, el bicéfalo Faustino, el del Balneario.

—Pues sí, no nos podemos quejar, ha costado un poco al principio pero parece que todo marcha bien.

—Me alegro —dijo apurando la copita de pacharán que se estaba tomando—, me alegro mucho.

Faustino salió del local tocándose el ala de un sombrero imaginario. Es cierto que nuestras diferencias se habían disipado, aun así, tanta amabilidad me confundía. Faustino era un tipo enjuto, con grandes orejas de soplillo y cara sonrosada, se parecía al príncipe Carlos de Inglaterra, de esa clase de personas que si les quitas el traje y les pones un pantalón de pana y una camisa remangada parecen un campesino, un destripaterrones de los de toda la vida apoyado sobre el mango de una azada con el pañuelo anudado en la cabeza para aligerar la crudeza del sol, algo importante en el caso del príncipe Carlos dada su británica palidez. ¿He mencionado que Faustino antes era porquero? Sí, verdad. Es increíble lo que un buen traje puede hacer en una persona.

El buen tiempo se fue instalando en el valle, flores y pajarillos lucían sus colores por doquier mientras las aguas del río que alimentaban el pantano rugían con las crecidas del deshielo. La climatología acompañaba y con ella empezaron a proliferar los excursionistas. Alberto reabrió su negocio de deportes de aventura después del parón invernal y empezó a tener una actividad frenética, el sol activaba los cuerpos y todo el mundo andaba como loco por subir montañas, hacer recorridos en bicicleta o surcar las oscuras aguas del pantano a bordo de inestables canoas. Con esa afluencia de público nosotros no parábamos, el hotel se nos llenaba cada fin de semana, incluso los días no festivos teníamos alguna habitación ocupada. El restaurante del hotel empezó igualmente a tener su reconocimiento, lo del boca a boca, tan importante en este tipo de negocio llegó a las ciudades más cercanas y eran muchos los que venían hasta Las

Caldas simplemente para comer en nuestro restaurante y disfrutar luego de un sencillo paseo por los alrededores. Apenas podíamos creerlo, estábamos funcionando mucho mejor de lo esperado. Ya no me acordaba de mi pasado como médico, aquello había quedado atrás lo mismo que tantas otras cosas que vamos dejando en el camino. Unas porque las queremos olvidar y otras porque nos han dado esquinazo y ya no hay forma de recuperarlas, así es la vida, un continuo transitar, unas veces con paso firme y otras tropezando y cayendo, levantándose, volviendo a tropezar hasta que de nuevo alcanzamos el ritmo adecuado para seguir avanzando.

Valentina se aficionó al cine gracias a mi insistencia. Todas las noches después de acabar agotados por el trabajo, nos acurrucábamos en el sofá para ver en el ordenador alguna novedad recién descargada de la red. Mantenía una parte de mi ecléctico pasado cinéfilo, que fue pasando del cine asiático al europeo, otra vez al asiático, africano, y por último al americano, con el que me asenté una buena temporada. En este momento mis gustos habían cambiado ligeramente y la nacionalidad ya no me importaba tanto con tal de que la película me aportase algo. Así que me fijaba más en directores, guionistas y actores, sin menospreciar a músicos, directores de fotografía, etc. En este negocio trabaja tanta gente que a veces los créditos del final duran tanto como la propia película. Nos poníamos el pijama, en el caso de Valentina un pantalón suelto de color rojo con muñequitos de Hello Kitty estampados en toda la superficie y en la parte de arriba una camiseta de tirantes que llevaba sin sujetador, sobra decir lo atractiva que estaba. Yo por mi parte llevaba puesto un cómodo chándal, el mismo con el que empecé a correr y en parte el responsable de haber conocido a Valentina. Allí hechos una pelota en el sofá (Valentina era de las de pegarse mucho y a mí me encantaba, claro), nos tomábamos una botella de vino con algo para picar, mientras veíamos las películas más prestigiosas según la crítica especializada.

Por nuestras retinas pasaron obras como "Un profeta" del francés Jacques Audiard, "Stoker" del coreano de Park Chan-wook, Winter`s Bone de la norteamericana Debra Granik, "Amores perros" del mexicano Alejandro González Iñárritu, "Ciudad de Dios" del brasileño Fernando Meirelles. La verdad es que la lista podía ser interminable, tendemos a pensar que el cine actual es lamentable (y en parte lo es), pero a poco que nos preocupamos de buscar y seleccionar, podemos encontrar películas fantásticas con las que pasar un buen rato, sobre todo en buena compañía. Del mismo modo quise mostrar a Valentina algunos clásicos de prestigio que ella incomprensiblemente no había visto: "La reina de África" con Humphrey Bogart y Katharine Hepburn, "Ciudadano Kane" de Orson Welles, "El Padrino", de Coppola, aunque con ésta en concreto descubrí con sorpresa que la mítica primera parte, de repente había dejado de gustarme, una especie de extraña revelación. Me fallaba el guión, hasta las interpretaciones me parecieron forzadas y faltas de credibilidad, en fin, supongo que es como un cura que después de dedicar toda una vida a la devoción, de pronto descubre que ya no cree en Dios. Debo decir, sin menoscabo del interés de mi amiga por el cine, que ella a veces caía

rendida durante la proyección (aunque fuese un ordenador portátil lo denominábamos así), y apoyando su cabeza en mi pecho dormitaba mientras yo, algo más insomne, terminaba de ver la película de turno. A veces los placeres de la vida son así de simples y después de los varapalos que había sufrido en mi medio siglo de existencia, por fin parecía estar a gusto (y eso que no follábamos, eso habría sido lo más).

Una de cal y otra de arena.

Mi vida había cambiado de una forma radical. Haciendo un pequeño resumen se podría decir que después de muchos años instalado en un trabajo monótono que sólo me proporcionaba apatía, de repente todo cambió: perdí el trabajo, la monotonía y me quedé exclusivamente con la apatía, una apatía que estuvo a punto de llevarme al abandono, un abandono total y absoluto que conduce en muchos casos a la indignancia. Por suerte tuve un retazo de cordura y reaccioné a tiempo, lo demás es bien sabido, mi extraña relación con Valentina me había llevado hasta un pueblo leonés perdido entre montañas, en donde juntos regentábamos nuestro Hotelito rural, ni en mis mejores sueños podría haber imaginado un cambio semejante con el que, además, me encontraba tan a gusto; tanto que me atrevería a denominarlo: felicidad, si es que semejante concepto existe realmente. Pero...

Todo es efímero y los conceptos..., esos los que más. Pasó lo que tenía que pasar, lo que en el fondo ya sospechaba, pero que por alguna extraña razón preferí obviar, quizá porque en ese momento no tenía ningún concepto en el que refugiarme. Aquella visita de Leo y aquel encuentro en el Balneario, ipues claro! la firma de unos papeles. ¿Qué si soy jilipollas?, efectivamente, el mayor de los idiotas, no se puede ser más grande. A pesar de la sospecha inicial y del interrogatorio de Valentina, Leo dijo no recordar nada de una firma, ya mencioné en su momento que probablemente eso fuese cierto. A veces cuando hablaba con él tenía la sensación de hacerlo con la pared, se quedaba con los ojos fijos en punto y permanecía callado un rato para luego salir con algo que no tenía nada que ver con lo que estábamos hablando, creo que Leo no era de este planeta, o al menos lo abandonaba de vez en cuando. La cuestión que nos importa es que el tarado de Leo firmó la venta de la casa a nuestras espaldas, y como vivía en su mundo, un lugar muy alejado de la realidad, no nos dijo nada. Los dueños del Balneario compraron la casa de Leo para anexionarla a su negocio, todo con la mediación de Faustino, que volvía a ser Fausto, de hecho estaba claro que nunca dejó de serlo. Los muy canallas dejaron que terminásemos la obra y abriésemos el negocio, y cuando funcionaba como un reloj, nos hicieron llegar la notificación por mediación de un abogado de mejillas pulcramente afeitadas y fuerte olor a Varón Dandy. Valentina quería matar a su hermano, yo también quería matarlo, por supuesto, y lo más seguro es que pronto habría más gente dispuesta a matar a otra gente: concretamente a nosotros.

Las crisis hay que afrontarlas con gallardía, pero como se enfrenta uno a esto. Nos habíamos empeñado hasta las cejas (yo más que mi socia), mi casa era ahora un prostíbulo (por cierto, la comunidad de vecinos me había denunciado), y como ya no podríamos pagar la deuda con el lituano

y éste no podía arrebatarnos el Hotelito porque no era nuestro, pues la ecuación era simple, estábamos jodidos. Intentamos localizar a Leo, para pedirle explicaciones mientras le rompíamos las piernas, pero con el dinero que había trincado se marchó unos meses de retiro espiritual a un monasterio, según nos enteramos buscaba un clima de estudio más adecuado para preparar su participación en el concurso de la tele. Legalmente no había nada que hacer, así que buscamos apoyo en los vecinos para ver si podían hacer entrar en razón a Faustino para replantearse semejante puñalada trapera. El alcalde dijo que era un tema que se salía de sus competencias y añadió: ¡Este Leo, qué chiquillo! Su cuñado Sánchez, preguntó: ¿pero la obra ha quedado bien, no? Y Alberto, algo más locuaz dijo que Leo siempre había sido un poco imprevisible. ¿Pero es que en ese pueblo estaban todos locos? ¿A nadie le importaba que nos hubieran estafado de una manera tan miserable?

Una vez más mi acceso al recetario nos fue muy útil, una buena dosis de tranquilizantes nos ayudó a mantener la cabeza fría mientras pensábamos qué hacer. La solución no era asunto baladí. Podíamos intentar algún tipo de acción reivindicativa, buscar un canal de televisión de corte sensacionalista y denunciar los hechos. La cadena de balnearios era poderosa y era posible que no quisieran verse envueltos en un escándalo, pero después de hablar con algunas televisiones nos dimos cuenta de que no había nada que hacer, todos coincidieron en lo mismo, si no hay un famoso metido de por medio, eso no vende. Descartado. Siguiente opción: atrincherarnos en plan okupa en el Hotelito, encadenarnos a la barra del bar, poner pancartas..., todas las ideas se fueron cayendo por su propio peso. En ese momento lo único que nos valía era hacer algo de caja y con esas acciones espantaríamos a la clientela. Si reuníamos algo de dinero quizá pudiéramos largarnos del país para, al menos, salvar el pellejo. ¿Qué hacer?

—Con el dinero que tenemos no podemos llegar ni a la frontera —dijo Valentina haciendo un cálculo rápido.

Justo unos días antes habíamos pagado al lituano la correspondiente “letra”, con ella nos habíamos pulido todas las reservas, viendo cómo marchaba el negocio éramos optimistas y pensábamos que podríamos afrontar la siguiente sin problemas, sin embargo...

—Todo es inútil, en cuanto Petras se entere que ya no tenemos negocio ni forma de pagarle vendrá a por nosotros.

—Me dan ganas de ir al Balneario y pegarle fuego —dijo Valentina sin poder contener su rabia.

—Bueno, si nos meten en la cárcel, quizá sobrevivamos una temporada —ironicé sin muchas ganas.

Dicen que lo bueno de tocar fondo es que después ya sólo se puede ir hacia arriba. Que cuando todo sale rematadamente mal lo siguiente tiene que ser por fuerza algo bueno. Incluso el refranero popular hace gala de un buen puñado de frases que infunden ánimo en estos casos: Dios aprieta pero no ahoga, cuando una puerta se cierra una ventana se abre, no hay mal que por bien no venga... Claro que también hay otra clase de

dicho que en nuestro caso se ajustaba como anillo al dedo: todo lo que va mal es susceptible de empeorar.

Un todoterreno de alta gama aparcó en la puerta del Hotelito, no es que eso nos pareciera raro, a pesar de ser el nuestro un establecimiento rural y no demasiado caro, teníamos una clientela variada y entre ella se encontraba la gente adinerada. En este caso concreto la sorpresa vino por sus ocupantes, al primero en bajarse del coche no lo conocíamos, pero el segundo era inconfundible, una especie de armario ropero de tres puertas embutido en un traje y detrás de él, una figura contrahecha con la cara semioculta por unas enormes gafas de sol.

—No puede ser, ¡Petras!

Al oír lo que acababa de decir Valentina dio un salto desde la cocina y vino corriendo para asegurarse de que no bromeaba.

—Pero, ¿cómo ha podido enterarse? —dijo mi compañera con voz temblona.

—No tengo ni idea, aunque supongo que eso ya da igual.

Miré de soslayo un cuchillo de cortar pan, como si ésa fuese un arma eficaz frente a los tipos que estaban a punto de entrar. Con una flojera en las rodillas que me obligaba a sujetarme en el mostrador vi como se abría la puerta. A pesar de no ser muy creyente pensé que sería bueno encomendarse a alguien, en realidad me daba igual a quién: Cristo, Buda, Ala o Manitú.

—Vaya, veo que habéis empleado bien mi dinero —dijo el lituano nada más entrar en el local con su marcado acento del Este.

Ni Valentina ni yo acertamos a decir nada. Petras se paseó por el bar, se asomó al comedor y miró con un giro de cuello la escalera que conducía a las habitaciones.

—Si señor, ha quedado muy bonito, sencillo, pero agradable.

—No te esperábamos —conseguí decir—, ¿a qué debemos este honor?

—En realidad estoy de paso, tengo unos asuntos que atender en Vigo y he pensado en haceros una visita para ver cómo va mi inversión.

Valentina y yo nos miramos incrédulos, al parecer no sabía nada, tan sólo era una casualidad. No es que eso nos fuese a librar más tarde, pero al menos podríamos posponer el inminente final. Con una renovada energía y algo de color en las mejillas nos dispusimos a agasajar a nuestro invitado.

—Ha sido una buena idea, precisamente tenemos unas habitaciones libres y eso que últimamente estamos casi siempre llenos —dije con una sonrisa bobalicona inducida por el nerviosismo.

—Vale, vale. Pero antes nos vamos a tomar un pelotazo, estamos secos. Pon unos cubatas de Bacardí bien cargados —dijo señalando con la mano el espacio que ocupaban en la barra.

Algunos de nuestros clientes miraban al trío con recelo, no era para menos, además de su aspecto, que no encajaba mucho con el tipo de gente que frecuentaba el valle, se iban a meter en el cuerpo unos cubalibres a la dos de la tarde, justo cuando el resto de clientes se preparaba para comer algo.

—Bueno, pues nada, yo me voy a la cocina que empieza a llenarse el comedor —Valentina me guiñó un ojo dando a entender que me las apañara yo solo.

El trío se quedó acoplado en un extremo de la barra, por suerte para mí, a Petras seguían sin gustarle los negros y no se molestó en darme conversación. Empezaron una especie de discusión en su lengua vernácula, en realidad era difícil apreciar si discutían o hablaban de toros, usaban un tono áspero y gritón para casi todo. Se mantuvieron en lo suyo durante casi una hora, en ese tiempo tan sólo se dirigieron a mí para que les rellenase las copas. Era impresionante ver cómo bebían, ni siquiera pidieron unos cacahuetses para picar. El comedor estaba casi lleno, de manera que con un gesto le dije al lituano que iba a echar una mano con las comidas, él apenas movió una mano, era su forma de decir que hiciera lo que tuviera que hacer. Aproveché para entrar en la cocina a ver cómo estaba mi compañera.

—Definitivamente, no parecen saber nada.

—Tenemos que pensar algo —dijo Valentina.

—¿A qué te refieres?

—No sé... —dejó correr un tenso silencio y añadió.

—Y si les pongo algo en la comida.

—¿Quieres envenenarlos?

—No es que quiera, pero algo habrá que hacer, esos tipos acabarán enterándose más tarde o más temprano.

—No puedo pensar con claridad —era verdad, estaba bloqueado—, de todas formas de momento lo único que hacen es beber. Además, no creo que entre el surtido de condimentos tengas cicuta o algo así.

—Tú eres médico, no se te ocurre nada, no sé, alguna pastilla mezclada con algo...

—Aunque parezca mentira no es nada fácil matar a una persona. ¡Joder!, no puedo creer que estemos hablando en serio de esto.

Regino, nuestro camarero, entró en la cocina para entregar una comanda cortando de golpe nuestras intrigas homicidas. Al salir con unos platos ya preparados añadió:

—Ah, se me olvidaba, hay tres tíos muy raros sentados en una mesa que preguntan por "el negro".

Las piernas volvieron a temblarme y me costaba tragar.

—Diles que ahora salgo —le dije a Regino con un hilo de voz. En cuanto salió me volví hacia Valentina—. ¿Tenemos matarratas?

Entré en el comedor con mi mejor sonrisa, el lituano y sus compinches estaban sentados en una mesa del rincón apurando sus cubatas, los terceros o cuartos, había perdido la cuenta. Armándome de valor me acerqué a ellos.

—¿Todo bien por aquí?

—A ver, que tenéis para comer —dijo Petras. Hablaba con normalidad, el alcohol no parecía hacer mella en su organismo.

—Pues, además de la carta, hoy tenemos un hígado encebollado que está para chuparse los dedos —seguíamos alternando los platos de la nueva cocina con lo más tradicional.

Petras compuso una mueca de asco ante mi sugerencia y mirando la carta con aire desdeñoso pidió tres ensaladas de la casa y tres chuletones. Ignoró todos los platos sofisticados que se incluían en el menú para decantarse por lo más clásico, aunque a mí me encantaba la cocina creativa de Valentina, debo reconocer que la elección de Petras me pareció un acierto, esos chuletones de buey eran de la mejor calidad. Le sugerí un Ribera del Duero para acompañar y de nuevo volvió a ignorarme, esta vez airadamente.

—Déjate de mariconadas, echa aquí más de lo mismo —me espetó señalando los vasos de cubata vacíos.

Estuve a punto de decir que hacían bien en no mezclar bebidas alcohólicas, pero me abstuve porque suponía lo que les importaba mi opinión. Regresé a la cocina para preparar el pedido y para ver si a Valentina se le había ocurrido algo.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—Pues aparte de que siguen bebiendo como esponjas y de que quieren unos chuletones con ensalada, poca cosa. ¿Y tú, tienes alguna idea?

—Nada, estoy en blanco.

—No te obsesiones, nosotros somos gente de bien, es normal que no sepamos qué hacer ante este tipo de situaciones.

—Bueno, habla por ti, yo una vez me cargué a un tío y no tuve ningún remordimiento.

A pesar de estar en un momento de extrema gravedad, se hace necesario un inciso. ¿Cómo qué: una vez me cargué a un tío? Pregunté, porque tenía que hacerlo y ella contestó porque era cierto que no tenía ningún remordimiento. Valentina me explicó lo que había pasado sin hacerle ascos a los detalles. Resumiendo (y omitiendo algunos detalles) sería algo así:

Ya sabemos que durante su periplo por el sudeste asiático tuvo ciertos devaneos con el mundo de las drogas y su peculiar forma de distribución, eso que algunos puntillosos llaman narcotráfico. En ese ambiente se llega a conocer a mucha gente, probablemente más que en un club de lectura o en una ponencia sobre física cuántica, pero con drogadictos y traficantes rara vez se consiguen amistades duraderas. Es posible que la gente que pulula por allí no sea la más recomendable, pero es lo que hay. Valentina todavía estaba con el libanés y éste la metió en el lío del holandés y el belga, lo más probable es que se metiera ella sola, puede que incluso fuese ella la que metió al otro que por lo poco que sé, y en el fondo, debía ser un pánfilo enamorado. Con tanto chanchullo y ese calor agobiante con humedades del 99%, todo el mundo andaba un poco soliviantado, sobre todo los extranjeros que no se acostumbraban fácilmente a un clima tan pegajoso. Fue entonces cuando se cruzó en su camino Michael, un americano de Los Ángeles, de treintaitantos, prematuramente calvo, con la piel tan blanca y delicada como la de un bebe. El americano llevaba un año viviendo en un pequeño bungalow junto a la playa. Se pasaba el día bajo una sombrilla para evitar el fuerte sol tropical, fumando marihuana y bebiendo Coca Cola. Tenía un padre rico que le financiaba el estilo de vida y un cerebro poco exigente que le proporcionaba una idea confusa de

bienestar. Con esos hábitos, al cabo de unos meses su laxo cerebro se reblandeció aún más. Quiso ir un paso más allá y empezó a meterse heroína en vena, como tantos a pesar de estar totalmente prohibida por las autoridades tailandesas que imponían severísimas penas a los consumidores de tales sustancias. Por lo general los colgados que las consumían (incluida Valentina) hacían caso omiso de las amenazas gubernamentales y se metía de todo sin más preocupación que la de cómo conseguir la siguiente dosis. Justo cuando Michael se había enganchado al caballo como un pañuelo de seda a un clavo que sobresale, le llegó la noticia de la muerte de su padre. Fue en ese duro trance cuando salió a relucir el verdadero talante del americano, era un cabrón con pintas. La muerte de su progenitor sólo le afectó por su consecuencia más directa, acababan de cerrarle el grifo. La segunda mujer del padre, su madrastra, se encargó de dejarlo fuera de la herencia. De pronto el americano se vio sin recursos y con una dependencia que no era precisamente barata, con ese panorama intentó reaccionar y se metió en lo mismo que Valentina y el libanés, con una diferencia, éste, como ya he dicho, era un cabrón sin escrúpulos. Antes de la maniobra que llevó a mi ahora socia y a su amigo mediorienta (léase de oriente medio) a la cárcel, se asociaron con Michael en lo de traficar, eran tres descerebrados, eso era obvio, pero el americano quiso jugársela y tras un trapicheo se quedó con todo el caballo fingiendo ser él el engañado. El libanés supo de la artimaña y en un arranque de..., lo que sea, le reclamó lo estafado, sin atender a razones, si es que las hubo, se enzarzaron en una pelea de yonkis, ese tipo de peleas eran habituales entre los drogatas y no solía ser un espectáculo recomendable. El americano sacó una navaja de generosa hoja, la blandía con torpeza pero decidido, parecía estar dispuesto a todo, y así fue. Tras un tropezón inoportuno el libanés cayó rodando por el suelo, Michael, sin temblarle el pulso se preparó para asestarle la puñalada mortal, entonces llegó Valentina que hasta ese momento gritaba histérica sin poder intervenir y le arreó un golpe certero con un trozo de balaustrada de su bungaló que providencialmente estaba suelto. De haber estado en otro país el bungaló se habría construido con una madera más blanda y el golpe hubiera resultado menos contundente, pero en Tailandia la teca era de uso común y sobra decir que esa madera, además de hermosa, es tan dura como una piedra. Un sonido sordo precedió al reguero de sangre que empezó a manarle de la cabeza, estaba muerto. Defensa propia, cualquiera lo hubiera visto así, ya que el americano no hubiera dudado en matar al libanés y probablemente también a Valentina. Mi amiga lo narró con cierta aflicción, pude que ahora sí la tuviera, pero en aquel momento de su vida, esa muerte no le causó más problema que el que hubiera tenido al aplastar una araña de un pisotón. El holandés y el belga, que ya andaban por medio y debían ser dos pintas de cuidado, se deshicieron del cuerpo. Nadie se enteró, nadie denunció la desaparición y con el tiempo, todo quedó en un mal sueño. ¿Por qué, después de tanto tiempo, Valentina me contaba algo tan siniestro?, no lo sé, tampoco quise saber más. Lo atribuí a la tensión del momento y aunque, evidentemente, aquello pasó hace mucho y en unas circunstancias muy especiales, el que

me lo contara ahora podía tener un claro significado, la confesión se traduce en muchos casos en liberación.

Yo sabía que Valentina había cambiado y no tenía cuerpo para matar a nadie, mucho menos a tres individuos de la catadura de los lituanos. Yo tampoco, eso ya lo sabía, de manera que sin hacer nada nos encomendamos al santo patrón de Las Caldas, fuese quien fuese. Es posible que nadie se lo mereciera menos que nosotros, poco dados a rezos y a reverencias de esa índole, pero por alguna carambola del destino fuimos bendecidos con una prebenda que habrá quien no dude en calificar de divina. Esto fue lo que pasó.

Petras y sus amigos terminaron de comer, si bien demostraron ser buenos bebedores, en lo de comer le iban a la zaga, se zamparon un chuletón de más de medio kilo cada uno, con patatas fritas y ensalada, pan de hogaza y de postre unos flanes con bola de helado incluida. Todo regado con sendos cubatas. Al acabar les ofrecí un café que rechazaron y sin más, y sin pagar, claro, se prepararon para seguir con su viaje. Yo salí a la calle para despedirme del trío, no me pidieron que lo hiciera y, en realidad, no sé por qué lo hice, pero fue providencial. Justo cuando Petras se disponía a subir al todoterreno, una abeja errante se le fue derecha picándole en el cuello, de pronto vi como le cambiaba el semblante, que pasó de la arrogancia al horror. Vi como perdía pie y casi al instante se desplomaba, lo único que acertó a decir con su fuerte acento del Este distorsionado por los estertores fue: soy alérgico a las abejas. Unos segundos después entraba en shock anafiláctico y dejaba de respirar. Los matones gritaban a su jefe, le agitaban como a una marioneta y se tironeaban del pelo (quizá exageraban un poco) sin saber qué hacer. Todo fue muy rápido ¿Que qué hice yo?, lo que tenía que hacer. Nunca me tuve por buen médico, y lo de la vocación, como que no iba conmigo, sin embargo, en ese momento, puede que uno de los más críticos de mi vida, en un momento en el que no podía dudar puesto que todo dependía de unos pocos segundos, en ese momento no dudé. Entré como una exhalación en el hotel y cogí un pequeño cuchillo muy afilado que usaba para cortar los limones, lo poco que quedaba en la botella de ron Bacardí y unos paños limpios. Al volver junto a Petras confirmé lo que ya imaginaba, se le habían cerrado las vías respiratorias debido a una fuerte inflamación en la garganta. Sin pensármelo dos veces y ante el estupor de los dos compinches, rocié la tráquea del lituano con ron y también el cuchillo y con una hábil maniobra le practiqué *in extremis* una traqueotomía. Una pequeña incisión horizontal de apenas un centímetro y con una profundidad similar, a pesar de la aparente simpleza podía ser muy peligroso si se practicaba mal. Contuve la pequeña hemorragia y comprobé que había un ligero borboteo, con la cánula de un bolígrafo insertada en el agujero resultante accedí a las vías respiratorias. Petras había perdido el conocimiento, pero el suave movimiento de su pecho me indicó que volvía a respirar, les dije a los matones que metieran a su jefe en el coche para ir zumbando a un hospital y yo me subí detrás para controlar sus constantes vitales durante el trayecto. Y así, de la manera más estúpida, perdimos la oportunidad que la naturaleza nos brindaba. ¿Cómo le iba a explicar a Valentina que

había salvado la vida de nuestro más que probable asesino?, porque, sí, se salvó.

Llegamos al hospital más cercano al cabo de media hora. No puedo entender que no acabáramos despeñados en el fondo de un precipicio, con un conductor que debía triplicar la cantidad de alcohol en sangre permitida y conduciendo a 150 kilómetros por hora por una carretera secundaria que tenía el límite en 80. En el hospital le suministraron adrenalina subcutánea y le atiborraron de antihistamínicos y corticoides vía intravenosa, a continuación sanearon la traqueotomía de emergencia que le había practicado. Una vez estabilizado pude relajarme un poco, no mucho ya que al haberlo salvado el que seguía estando en peligro era yo. Con los cuidados pertinentes, Petras se recuperó más rápido de lo imaginado. Cuando los responsables del hospital certificaron su mejoría y con la incisión que le practiqué cerrada con dos puntos de sutura, le dieron el alta, el médico que lo atendió le aconsejó permanecer un día en observación, yo le aconsejé lo mismo, pero Petras insistió en pedir el alta voluntaria desoyendo ambos consejos; un tipo duro. Salimos del hospital con gesto serio, había sido un susto grande y los rostros de los lituanos, ya de por sí poco amistosos, lo reflejaban. Yo tenía la cara que tenía que tener. Un poema. En lugar de mostrarme orgulloso por haber salvado una vida, lo que reflejaba mi rostro era el semblante de un completo jilipollas, aunque no duró mucho, un par de minutos después mutó a total y absoluto desconcierto. Lo mismo que un león al que le quitan una espina clavada en la pata, pasa a ser fiel compañero de su benefactor (al menos en los dibujos animados), Petras sufrió una transformación increíble. Al llegar al coche se vino hacia mí y me abrazó largamente, al deshacer el abrazo me cogió la cara con ambas manos y me estampó dos sonoros besos en las mejillas.

—Te debo la vida —masculló—, pídemelo lo que quieras, lo que sea.

—Amigo Petras, sólo hice lo que tenía que hacer, nada más.

—De momento nuestra deuda queda saldada y mañana mismo salen las putas de tu casa.

—Bueno, debo reconocer que es un gran gesto por tu parte, te lo agradezco de verás.

—Eso no es nada comparado con lo que tú me has dado —Petras me zarandó cogiéndome por los hombros—. Tengo que insistir, estoy en deuda contigo y como prestamista que soy, no me gusta deber nada a nadie. Pídemelo lo que sea.

Ante la insistencia de Petras tuve que pensar en algo, por si acaso esa bonhomía era un efecto secundario por los medicamentos suministrados y al cabo de unas horas se le pasaba y la cosa se quedaba en agua de borrajas. Era una oportunidad de oro, sin buscarla. Petras me miraba fijamente a los ojos, suplicante, insistía en devolverme el favor, y yo, a pesar de que la escena parecía desarrollarse a cámara lenta, sólo necesité un minuto antes de decir:

—En fin, ya que insistes, sí que hay algo que puedes hacer por mí.

Equilibrio universal.

Volví al Hotelito esa misma tarde. Petras se empeñó en llevarme de vuelta ignorando mis negativas; habiendo autobuses, para qué te vas a molestar, le dije, pero ni caso. Me dejó en la misma puerta y se marchó, tenía que seguir con su viaje, ése que interrumpió para hacernos una visita con tan imprevisibles como oportunas consecuencias. Allí, de pie junto a la puerta, vi cómo se alejaba el todoterreno a toda velocidad. Al entrar, Valentina me miró inquisitivamente, estaba en ascuas y no era para menos. Se había armado un pequeño revuelo con lo de la traqueotomía, incluso un curioso que se acercó a ver el espectáculo sufrió un desmayo por la impresión (hacer un agujero en la garganta de una persona con un cuchillo puede tener ese efecto). Mi socia escuchó el jaleo desde la cocina y al llegar a la puerta sólo alcanzó a ver el todoterreno arrancando a toda velocidad conmigo dentro, en primera instancia se pensó lo peor, hasta que un testigo le explicó a grandes rasgos lo que había pasado. Como Valentina permanecía en silencio fui yo el que habló. —No te imaginas lo que ha pasado.

No se lo imaginaba, ni ella ni nadie. Con una teatralidad deliberada le conté todo lo sucedido, ni yo mismo me lo creía según avanzaba en la narración. Y puesto que, efectivamente, me parecía increíble necesitaba ver hasta qué punto podía fiarme de la palabra del lituano, así que llamé a mi amigo Ruiz para que se pasara por mi casa. Hubiese ido yo personalmente, pero teníamos el Hotelito lleno y trasladarme a Madrid suponía perder casi dos días entre ir y venir. No podía dejar sola a Valentina. Como siempre, Ruiz renegó un poco y después accedió.

—En tu casa no hay nadie, pero... —me soltó Ruiz nada más descolgar el teléfono cuando le llamé para preguntar.

—Perfecto —dije yo, cortándole porque sabía lo que venía después.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —preguntó Ruiz un poco subido de tono. Él no sabía nada del uso que había tenido la casa últimamente aunque ya estaba haciendo cábalas.

—¿Por qué lo dices? —me hice un poco el despistado.

—Pues no sé, puede que porque al llamar al timbre ha salido una vecina hecha un basilisco y me ha increpado llamándome pervertido, sinvergüenza y no sé cuantas lindezas más que no repito por decencia. Luego me ha tirado una zapatilla y ha dicho que iba a llamar a la policía.

—No le hagas caso, en ese edificio la gente se automedica mucho y luego pasa lo que pasa.

Le agradecí el favor sin darle demasiadas explicaciones y colgué. Ruiz estaba con la mosca tras la oreja, algún día tendría que explicarle todo lo sucedido. De momento prefería mantenerle al margen, era un buen amigo y no quería involucrarle en una historia tan rocambolesca. Bueno, eso significaba que Petras estaba cumpliendo su palabra. La noticia era esperanzadora, si había cumplido lo de mi casa llevándose a las putas, era de esperar que cumpliera también lo de condonarnos la deuda, y ya puestos, esperaba que también cumpliera mi última petición. Sólo faltaban unos días para que se consumara el plazo impuesto por el abogado de Faustino para que abandonáramos el Hotelito.

El tiempo era excelente, sol, temperaturas agradables, todo invitaba al disfrute de la naturaleza y también al de la buena cocina que ofrecíamos en nuestro restaurante. El negocio marchaba de maravilla, llevábamos varios días con el cartel de completo colgado en la puerta. A pesar de tener más trabajo del que habíamos imaginado apenas un par de meses atrás, y que eso suponía pasar mucho tiempo al pie del cañón, Valentina y yo procurábamos sacar un par de horas para disfrutar de ese privilegiado entorno. Alberto también estaba a tope de trabajo, pero siempre estaba dispuesto para pasar un rato con nosotros realizando alguna de sus actividades. Hicimos excursiones en kayak por el pantano recorriendo rincones escondidos que no se podían alcanzar más que navegando. Rutas en bicicleta de montaña por los montes circundantes, ascendiendo por senderos empinados que nos obligaban a echar pie a tierra en más de una ocasión. Incluso realizamos escalada en las vertiginosas paredes de caliza que rodeaban el pueblo, una experiencia única que nos puso la adrenalina por las nubes. Barranquismo, tirolina, tiro con arco..., me sentía como un adolescente jugando a los aventureros. Valentina disfrutaba tanto o más que yo, ella era más joven y estaba en mejor forma, aun así, también sufría las consecuencias de tanto deporte. Acabábamos agotados por la actividad física y luego todavía teníamos que atender el negocio hasta bien pasada la medianoche. Había pasado de la desidia y el sedentarismo, a la hiperactividad, nada como sudar para combatir la depresión. La mía, que ya parecía cómodamente instalada en mi vida, se fue diluyendo hasta desaparecer; puede que la compañía de Valentina y el habernos librado del lituano influyera en ese cambio de estado. Bueno, del lituano no nos habíamos librado realmente, pero en esta ocasión su presencia podía beneficiarnos, se habían invertido los términos y mientras él pensara que por salvarle la vida su deuda conmigo era enorme, podríamos mantener la esperanza.

No teníamos ni idea de lo que preparaba Petras, pero era seguro que algo iba a pasar. Lo supimos cuando llamó por teléfono para que le reserváramos una habitación, pero no en el Hotelito, no, quería alojarse en el Balneario. El bueno de Petras venía a Las Caldas con varios amigos, ocho para ser exactos. Justo el día en que nos vencía el plazo apareció. Valentina no podía disimular su nerviosismo, yo lo mismo, era un sentir extraño, pues, a pesar de la intranquilidad, intuíamos que Petras estaba lo suficientemente loco como para tener un plan, o como para no tenerlo, que en este caso venía a ser lo mismo.

En condiciones normales y teniendo en cuenta el contenido de la misiva del abogado, Valentina y yo habríamos recogido nuestras cosas y con mucho pesar estaríamos camino de Madrid después de echar el cierre al Hotelito. Pero no lo hicimos, Petras insistió en ello, sus palabras textuales fueron, vosotros no vais a ninguna parte, de esto me encargo yo. Vaya con el lituano, al final iba a resultar un buenazo. Es posible que lo de buenazo fuese un concepto un tanto ambiguo y no se pudiera interpretar por igual en según qué casos. ¿Y a qué caso me refiero?, al caso de los gerentes del Balneario, a los que no tenía el gusto de conocer, y sus esbirros, incluyendo al abogado y, cómo no, al viperino Faustino. De todas

formas, su suerte me traía sin cuidado, aunque, como es lógico, tenía cierta curiosidad por saber cómo pensaba resolver Petras un asunto tan delicado. Pronto nos enteraríamos.

El enorme todoterreno americano con aspecto de tanqueta militar entró por la única calle del pueblo seguido de otro todoterreno de parecidas hechuras, puede que incluso más hortera, llamas pintadas en el capó, neones en los bajos, llantas cromadas y una fila de luces en el techo que hubieran servido para iluminar un campo de fútbol. Lo que venía dentro tampoco tenía desperdicio. Los amigos de Petras parecían salidos de un gimnasio de lucha libre mejicana, sólo que estos no llevaban máscaras. La comitiva pasó por delante del Hotelito sin detenerse y se fue directamente al Balneario. Dejaron los vehículos en el parquin del hotel y entraron avasallando a todo el que se ponía en su camino, al llegar al mostrador preguntaron al recepcionista por las habitaciones reservadas, el pobre hombre se quedó paralizado y sólo pudo balbucear un tímido: ¿a nombre de...? Dos minutos más tarde el grupo subía a la primera planta como si hubieran soltado una manada de búfalos por el pasillo, de camino no tuvieron problemas en intimidar al resto de clientes con gestos obscenos, romper parte del mobiliario, escupir en la moqueta después de haber arrojado en ella las colillas de sus cigarrillos y como guinda, en lugar de abrir las puertas haciendo uso de las tarjetas-llave, decidieron probar quien era más bruto abriéndolas de una patada. El recepcionista dudó en si llamar a don Faustino o a la Guardia Civil, al final optó por adoptar la técnica del avestruz y meter la cabeza en su propio culo. Yo entré disimuladamente para ver en directo el espectáculo, esto iba a ser mejor que acudir a una final de la Champions, acodado en la barra del bar pedí un refrigerio para amenizar la espera. Apenas un minuto más tarde, pude ver a dos matrimonios de edad avanzada protestando por el atropello de unos vándalos, el recepcionista les dijo que el director se ocuparía de todo y siguió con lo suyo dejando a los airados clientes con la palabra en la boca. Era evidente que barruntaba los problemas y trataba de minimizar el impacto que aquello podía tener en su persona, desde mi punto de vista una postura muy inteligente, claro que yo tenía información privilegiada. Muy pronto se hizo ostensible la intención de los lituanos. Una vez dentro de las habitaciones se entretuvieron redecorándolas, puede que sus gustos difirieran ligeramente de quienes decoraron el hotel en primera instancia, pero no se podía negar el sentido práctico de sus aportaciones. Sin cristales se ahorra mucho en limpiadores y productos de limpieza, además, la ventilación está asegurada; eliminando lámparas y apliques la factura de la luz se reduciría considerablemente; ¿la tele?, por favor, todo el mundo sabe que es mejor leer un buen libro. En resumen, se evita el despilfarro y se fomenta la cultura, ¿quién se atrevería a recriminar algo así? Desde el taburete del bar convertido en atalaya y mientras saboreaba una cervecita bien fría, pude ver la cara del recepcionista descomponerse poco a poco. Cada golpe, cada sonido de cristales rotos, favorecía su metamorfosis; no fueron pocos los clientes que bajaron a protestar por el ruido, alguno incluso llevaba un ojo con un color que ya tendía al morado. Con todo ese jaleo acabó por salir Faustino de su cubil, y, qué casualidad,

con él venía el abogado, a quién yo saludé con una respetuosa inclinación de cabeza que él no me devolvió porque probablemente no me recordaba. Una vez interrogado el recepcionista, Faustino subió a ver qué estaba pasando. Siendo honesto, había que reconocer que el antiguo porquero los tenía bien puestos. El abogado se quedó esperando junto a la puerta, así que me acerqué para decirle que quizá sería conveniente que subiera y se anunciara, la presencia de un letrado suele achantar a los alborotadores. Además, le dije, usted es de esas personas que impone respeto. Usted exuda justicia por todos los poros de su piel, añadí. Él inspiró inflando ostensiblemente el pecho y enfiló decidido las escaleras para apoyar a Faustino. A partir de ahí ya no supe nada más. No miento, en ese momento no supe nada más de Faustino y su abogado, aunque me llegaron apagados por la distancia algunos gritos esclarecedores.

Debo decir que a día de hoy, Valentina y yo seguimos con el Hotelito, gozamos de una clientela fiel que ha sabido apreciar nuestra labor al frente de este establecimiento. Todos nuestros clientes alaban la tranquilidad de las habitaciones, la belleza del entorno y la buena cocina que prepara mi compañera. Y añadiré que últimamente también disfrutaban con la presencia de un renacuajo mulato que corretea entre los comensales con pasos todavía titubeantes: nuestro hijo. ¿Sorprendidos?, no más que yo mismo. Pues sí, ¿quién lo iba a decir? Valentina y yo terminamos juntos, juntos ya estábamos, pero a buen entendedor..., dicen que el roce hace el cariño. Pese a este aforismo de uso tan extendido, nadie podía imaginar que nuestra historia acabaría así, y mucho menos al saber cómo se precipitaron los hechos. Una de esas noches en que nos acurrucábamos para ver una película Valentina me confesó lo que sentía. Harta, según me dijo, de mandar señales que yo no captaba (ya he mencionado lo torpe que soy para esas cosas), dio rienda suelta a sus sentimientos. Yo le gustaba desde el día que me vio en el portal de nuestro edificio en Madrid, ¿cómo?

—¿Cómo?

—Me pareciste muy atractivo, y con esa timidez tuya tan encantadora.

—Yo pensaba que era patético.

—Pero que poco conoces a las mujeres, hijo.

No dije nada, era obvio que no las conocía en absoluto.

—En ese momento no te dije nada porque yo estaba en una relación, ya sabes —añadió.

—Sí, ya sé. El cretino.

—El cretino, tú lo has dicho. Me encantó el día que bajaste a mi casa para tratar de consolarme tras la bronca de turno.

—Tuve la sensación de estar haciendo el ridículo.

—Pero, ¿qué ridículo?, fue muy bonito, eras tan atento y delicado.

—De todas formas, no lo acabo de entender —tenía que preguntar—, si sentías eso por mí, ¿por qué no me dijiste nada?

—Aunque no lo creas, yo te veía como alguien inalcanzable, maduro, atractivo, culto. Con otros tíos no tenía problema, pero tú me intimidabas. Deseaba que dieras el primer paso. Hasta que te conocí, todos los

hombres se abalanzaban sobre mí sin excepción, y de repente llegas tú, y ni caso.

Estaba confuso. Ni en un millón de años hubiera sacado esas conclusiones. El caso es que después de todo lo que habíamos pasado juntos me había acostumbrando a nuestra relación platónica, y, en cierto modo, la daba por buena. Así que el día que se sinceró conmigo apenas lo podía creer. Supongo que del mismo modo que todo puede empeorar, también todo puede mejorar. Es posible que en eso consista la vida, en una noria que no para de girar, unas veces estamos arriba y otras abajo. Al poco tiempo de iniciar la convivencia propiamente dicha, es decir, desde que empezamos a follar que fue el cambio más significativo, Valentina me anunció muerta de risa que estaba embarazada, ésta sí que fue una sorpresa inesperada, más aún que la primera. No lo buscábamos, es verdad que tampoco tomamos muchas precauciones y aunque yo no era precisamente un abuelo, pensaba que mis soldaditos ya estaban de retirada, además, mi reloj biológico hacía tiempo que se había parado (si es que los hombres tenemos tal cosa). Yo había observado que a Valentina le cambiaba la cara cuando estábamos con Ciro, el niño de Alberto y Petra, pero pensé que las mujeres tienen otra sensibilidad y en presencia de niños pequeños afloran emociones que en el caso de los hombres son impensables. Con sólo mencionar que íbamos a ser papas, su rostro se iluminaba como el sol al mediodía, yo por mi parte, tardé un poco en asimilar la noticia, pero en cuanto lo hice me sentí el hombre más feliz del mundo. Vale, esta historia está sufriendo una transformación radical, se está convirtiendo en una novela romántica al mejor estilo de Corín Tellado (nunca dije que no fuera romántica) y a estas alturas la mayoría pensará que sí, que todo esto está muy bien, el negro se liga por fin a la rubia, muy bonito, pero qué coño pasó en el Balneario con Faustino, el abogado y los putos lituanos. Pues bien:

Habíamos dejado a nuestros protagonistas en la primera planta del Balneario, los lituanos con Petras a la cabeza, entregados a la labor de destrozar todo lo que se les ponía por delante. Faustino subió a poner un orden necesario y el abogado a instancia mía hizo lo propio por si se hacía necesaria alguna artimaña legal. Para completar el elenco, aparecieron algunos clientes que a medida que aumentaba la algarada fueron haciendo mutis por el foro asumiendo un papel de meros extras, y lo mismo pasó con el personal del hotel, a las primeras de cambio buscaron refugio en cuartos de calderas, mantenimiento, lavandería... o, directamente se fueron a sus casas sin esperar el finiquito. La cosa pintaba mal.

Faustino irrumpió en una de las habitaciones justo cuando uno de los lituanos se entretenía rasgando las cortinas con una navaja bien afilada, Faustino al verlo le increpó y sacando su teléfono móvil comenzó a marcar el número de la Benemérita al tiempo que decía a voz en cuello, ¡ios vais a cagar! No tuvo tiempo de acabar la marcación, una mano convertida en martillo pilón se precipitó sobre su cabeza dejando al antiguo porquero completamente noqueado. Un minuto más tarde hizo acto de presencia el abogado, subía dispuesto a soltar alguna verborrea cargada de latinajos

para intimidar a los alborotadores, pero al ver el espectáculo se quedó momentáneamente mudo. Recuperó el habla en cuanto se vio izado del suelo por uno de los miembros más voluminosos del grupo, un mastodonte de cabeza afeitada, tatuajes de presidiario y cuello de toro. El abogado no paraba de repetir, ¡a mí no, a mí no...! En eso apareció Petras y sin más preámbulos le preguntó por los papeles de la compraventa.

—¿Papeles?, ¿qué papeles?

—No te pases de listo conmigo, los papeles del Hotelito.

—Lo siento caballero, pero no estoy autorizado para hablar de ese tema

—el mastodonte le alzó un poco más haciendo que el abogado patalease como una marioneta—, pero tampoco hay que ponerse tiquismiquis, si me dice exactamente lo que quiere...

—Para empezar, vamos a recomprar el negocio.

—Bueno, si la oferta es interesante, estoy seguro que los clientes a los que represento la considerarán.

—Para que los vamos a molestar. Encárgate tú mismo del papeleo. Me gustaría resolver este asunto cuanto antes.

Petras se expresaba con gran claridad, a diferencia de sus paisanos, él hablaba un castellano correcto, en cualquier caso, si en algún momento el abogado daba muestras de no entender, era el otro el encargado de aumentar su percepción apretándole el cuello un poco más. En esas circunstancias, el abogado empezó a ser más locuaz. Mientras tanto, Faustino fue recuperando la consciencia, aunque era evidente que todavía estaba un poco confuso.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Quiénes son ustedes?

—Tranquilo, hombre, estamos entre amigos —contestó Petras pausadamente.

—¿Amigos?, pero si no les conozco de nada.

—No te preocupes, ya nos iremos conociendo —dijo el lituano mientras le paseaba la punta de su navaja por la garganta.

Como corresponde a una transacción de estas características, la compra del Hotelito tuvo un trámite obligado. El dueño actual no era persona física, sino una sociedad limitada con sede en Barcelona, por suerte el abogado tenía poderes para firmar todos los papeles necesarios y así, el Hotelito volvió a nuestras manos por un precio simbólico. Nuestro buen amigo Petras había ampliado sus negocios y últimamente se dedicaba a las falsificaciones, resultaba sorprendente lo fácil que era falsificar firmas de notarios, registradores de la propiedad y todo aquello que se hace necesario para que una compraventa parezca a todas luces legal. Del mismo modo y para evitar futuras injerencias, Petras y sus amigos se encargaron de aleccionar a Faustino y al abogado para que dejaran las cosas como estaban, porque en caso de acudir a las autoridades, sus vidas se volverían muy incómodas. Captaron el mensaje a la primera. De esta manera quedó resuelto el problema. El abogado no volvió a aparecer por Las Caldas, y Faustino..., vaya con Faustino, aquí sigue, pero no al frente del Balneario. Después del suceso, la sociedad Buenas Aguas S.L. le puso de patitas en la calle, lo mismo que al abogado que, acusado de fraude, espera pacientemente su comparecencia ante la justicia, Petras

le llama regularmente para saludarle, por si alguna vez se le pasa por la cabeza contar la verdad. Faustino, como decía, sigue aquí, pero aquí, aquí. Trabaja con nosotros en el Hotelito como recepcionista. Después de lo que pasó, era lo mínimo. Y ha resultado ser un excelente profesional, amante de su trabajo y muy atento con la clientela.

Antes de terminar con esta historia, me gustaría contar lo que pasó con Leo, mi cuñado. Después de años preparándose para el concurso por fin fue llamado por los de la tele. Nadie apostaba por él, y no era para menos. Con sus antecedentes lo menos que nos esperábamos era un ridículo espantoso en cuanto hiciera acto de presencia ante las cámaras, pero no, Leo demostró que los años de estudio junto al retiro espiritual que hizo gracias a la venta del Hotelito, podía dar sus frutos. Fue pasando jornada tras jornada contestando a todo cuanto se le preguntaba y para sorpresa de todos, sigue haciéndolo. Se ha convertido en el concursante más longevo de la televisión batiendo todos los records habidos y por haber. Apenas puede salir de casa sin ser reconocido y se le va el tiempo en atender a los medios y firmar autógrafos.

Todo lo que ha pasado en mi vida, desde mi azaroso nacimiento, ha sido una broma, a veces divertida a veces pesada. Lo que pueda pasar a partir de ahora no lo sé, nadie puede saberlo, pero dejaremos que siga su curso como ha hecho hasta ahora.

FIN